



*¡Préstame a tu
novio!*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 1

Terralgnota
EDICIONES

Iris Boo

¡Préstame a tu novio!



1ª edición en ebook: diciembre 2017

© Iris Boo

© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: ImatChus

Terra Ignota Ediciones
c/ Bac de Roda, 63, Local 2
08005 – Barcelona
info@terraignotaediciones.com

ISBN: 978-84-947861-7-4

IBIC: FR FA 2ADS

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor...

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

—¡¿QUEEEEEEEÉ?! ¿Estás loca?

—Por favor.

Ni de coña. Por mucha cara de pobrecita niña abandonada iba yo a hacer lo que Jane me pedía. Sí, vale, venía siendo mi mejor amiga desde hacía 6 años, vivíamos juntas y compartíamos la leche corporal de después de la ducha y el alquiler, pero hasta ahí. Yo no iba a hacer esa locura que me pedía.

—¿Tú te has escuchado?, ¡me estás pidiendo que te preste a mi novio!

—Lo sé, suena raro, pero lo necesito. Porfi, porfi, porfi.

Cuando Jane se ponía a suplicar era una auténtica bola de chicle en el pelo. Se pegaba a ti y no había manera de quitártela. Solo las medidas drásticas funcionaban con ambas, y en el caso de Jane era doblegarse a lo que pedía, aunque la idea me diera ganas de salir huyendo. Lo único que podía hacer era negociar y buscar alternativas. A veces funcionaba, otras, no.

—¿Por qué Noah?, conoces a cientos de chicos que estarían encantados de ser tu novio. ¿Qué pasó con ese tan mono de la semana pasada? Este... Phil, eso, Phil. ¿Por qué no él?

—Pues... porque ya se lo dije a mi mami.

Su mami. No entiendo cómo una mujer de 24 años aún sigue llamando a su madre así, pero en fin, cada uno manifiesta su lado infantil de la forma que quiere. Y Jane estaba sacando todo su armamento, de cuando tenía 10 años, para conseguir lo que quería. Estaba sentada en nuestro sofá, con las piernas metidas debajo de su cuerpo, y aferraba con fuerza uno de los cojines con forma de corazón que alguno de sus ex le había regalado. Tenía los ojos

abiertos en demasía, la cabeza ladeada, el labio inferior mordido y esa expresión de niña desatendida que conseguía que los corazones más duros se reblandeciesen. Y yo no era inmune a esos ojazos azules que me rogaban. Solté un suspiro y me senté frente a ella. Como siempre, me tocaba ser la que le sacara del lío en el que se había metido ella solita.

—¿Qué le dijiste a tu madre? —Jane volvió a mostrar aquella sonrisa de un millón de dólares con la que los chicos caían a sus pies tantas veces, que ya ni las contaba.

—Oh, sabes que mami se preocupa mucho por mí. Y que quiere que siente la cabeza y eso.

—Sí, lo sé.

Estaba cansada de escucharle hablar con su mamá cada domingo por la mañana. Se tiraban casi dos horas de charla. Que qué tal con los estudios, que qué tal el trabajo, que si había encontrado a algún buen muchacho... Dejé de prestar atención a lo que hablaban hacía dos años. Básicamente era siempre lo mismo.

—Bueno, hace unos meses le dije que conocí a un chico y que había empezado a salir con él. Que era agradable, guapo y que tenía un buen trabajo.

—Bien, muchos chicos con los que saliste este año encajan en ese perfil. —Ella encogió su cuello, sabía que lo que iba a decir ahora me iba a molestar.

—Le dije que era veterinario, que se llama Noah y que empezamos a salir hace ocho meses.

—¡Mierda!, lo sabía. O sea, que le has vendido mi vida sentimental a tu madre, pero asignándote el papel protagonista .

—Solo lo de Noah, te lo juro.

—¿Y qué más le has dicho?

—Le conté cómo nos conocimos en la consulta en la que trabajaba, cómo me invitó a cenar y... bueno, ya conoces la historia.

Sí, conocía la historia, porque era la mía. Había llevado a Flops, el viejo gato de mi abuela, al veterinario. Cuando ella murió, fui la única que quiso hacerse cargo de un gato más viejo que el catarro, y casi ciego. ¿Qué iba a hacer? El pobre animal ya había perdido a su

única dueña, no iba a echarle a la calle o darle la inyección letal. Ni el veterinario se podía creer que siguiese vivo. Total, ¿cuánto podría vivir?, ¿un año? ¡Pues no, tres! Tres puñeteros años con el viejo gato a cuestas. Achacoso y todo, el gato seguía arrastrándose sobre el sofá. Ya creía que era inmortal, cuando una mañana lo encontré panza arriba y roncando despierto, bueno, en estado catatónico. Lo llevé al veterinario de urgencias y allí estaba Noah. Todo guapo con su traje de quirófano azul, pelo rubio y ojos color café. Mi héroe. Estuvo a mi lado cuando me dijo que Flops se moría, que sus pulmones estaban encharcados y que tomar aire era doloroso para él. Tomó mi mano mientras esperaba a que la inyección letal hiciera su efecto. Cuando dejó de respirar, ahogué mi llanto en su pecho. Me invitó a un café y se sentó en la sala de espera conmigo. Aquella semana me llevó a nuestra primera cita. Un restaurante chino al otro lado de la ciudad. Cuando me dejó en la puerta de casa me dio nuestro primer beso. Suave, tierno, una caricia sobre los labios, y después esperó caballeramente a que cerrase la puerta. Y desde entonces salíamos juntos.

—Pues ahora le dices que has roto con él, y todos tan felices, ¿ves qué sencillo? —Oh, ahí estaba otra vez mordiendo el labio.

—Es que viene a pasar unos días a la ciudad con Tomasso, algo sobre su hijo pequeño que se muda aquí, y querían conocer a Noah, ya sabes.

Sí, me imaginaba. Seguro que lo de conocer a Noah era algo “improvisado”. Alexis Di Angello era todo lo que quisieras menos impulsiva. Esa mujer había supervisado y revisado una y cien veces el lugar donde su pequeña Jane iba a vivir. Estaba segura de que incluso investigó mi pasado. Si era amiga de su pequeño tesoro, tenía que estar segura de con quién la dejaba. Controladora era decir poco. Menos mal que su último marido la tenía ocupada con otras cosas. Tomasso no era el papá de Jane, pero era italiano, así que el instinto de protección lo tenía férreamente arraigado en su ADN. No, si al final me iba a dar lástima el pobre Noah, sufriendo el tercer grado de esos dos perros guardianes.

—Bueno, las rupturas a veces...

—Uf, no entiendes, vienen mañana.

—¡Genial!, tú siempre dejando las cosas para última hora.

—¿Lo ves? Cuando te pido prestado a Noah es porque eres mi única salvación.

—¿Y no sería mejor decirle la verdad?

—¿A mami? No, no. Hay que hacerlo despacito, que ya sabes cómo se pone.

Pues no, no tenía ni idea de cómo se ponía, porque nunca, digo bien, nunca, la había visto enfadada con Jane. Salvo por esa vena maniática suya controladora, era una mujer hecha de caramelo. Si no hubiese tenido madre, me habría quedado con ella. Bueno, menos cuando se ponía toda agente del FBI.

—A ver, Jane. Compréndelo, no puedo ir ahora donde Noah y decirle... ¿sabes?, los padres de Jane vienen mañana a la ciudad y adivina qué, tendrás que hacerte pasar por su novio. ¿Que si me importa?, para nada, Jane es mi amiga y confío en ella tanto como en ti. Podéis achucharos delante de todos nosotros con toda confianza, que después no voy a cortarte los testículos con un alicate de pelar cables.

—¡Jo!, lo dices de una manera que así no va a querer.

—No, Jane, a la primera que no me hace gracia es a mí. Que los novios no se prestan.

—Mira que eres egoísta. La primera interesada en conseguirte novio fui yo. Pues no te presenté chicos ni nada...

Sí, ya. Me presentaba a los amigos de sus ligues, más que nada para que no quedaran patas colgando, que ya se sabe, los números impares nunca funcionan en cosas de parejas.

—Que no, Jane. Que no me parece buena idea.

—Las amigas son para eso. Bien me lo recuerdas cuando necesitas que te preste algo.

Sí, ya, claro. Como si prestarme el rizador de pelo fuese lo mismo que prestarle el novio. Si no pensara en los hombres como "complementos", a estas alturas ya tendría ella el suyo propio.

—Mira, si quieres buscamos otra solución esta noche, ahora tengo que salir pitando por esa puerta o no llegaré a mi turno.

—Tú medítalo, ya verás como lo que te pido es la única solución.

Cogí mi mochila y salí del apartamento. No di portazo, ¿para qué?, la puerta no tiene la culpa. Y tampoco serviría para meterle algo de sentido común a la cabeza de mi compañera de piso. Por culpa de aquel asalto en el último momento, tuve que correr para llegar a tiempo a la parada del autobús. Mi línea estaba abriendo las puertas cuando alcancé al último de la fila.

Durante el trayecto medité sobre lo que Jane me pidió. Medité mientras cambiaba mis zapatillas deportivas por los mocasines de hospital. Medité mientras llegaba al control de enfermeras de pediatría de la planta de neonatología. Pero cuando Ivanna dijo mi nombre, decidí que ya había meditado suficiente.

—Hola, María, hoy tengo buenas noticias para ti.

—¿Sí? Cuéntame.

—La semana que viene comenzarás las rotaciones en partos.

¡Bien!, no saltaba de alegría porque era una chica grande para hacer eso. ¡A la mierda!, salté, y solté un grito de victoria, como si mi equipo hubiese ganado la Superbowl. Había deseado ese puesto desde el momento que vi nacer al primer bebé mientras hacía las prácticas de hospital. Matrona, era mi sueño, y el de mi abuela Caridad. Su mamá era partera en Cuba y ella aprendió el oficio de niña. Cuando llegó a Estados Unidos, luchó y estudió hasta conseguir trabajar en la profesión que tanto amaba. Casi tenía 40 años cuando entró en plantilla en el mismo hospital en el que ahora estaba yo. Las dos Castillo nos llamaban, la vieja y la joven. Me alegraba por mí y también lo hacía por ella. A un año de jubilarse, su nieta venía a darle el relevo. Trabajar a su lado era más que un orgullo para mí. Su nieta favorita, me decía, y yo sé por qué. De cinco nietos, tres chicas y dos chicos, yo era la única que había seguido sus pasos en el campo sanitario. Mis primas Helena y Cari (porque había que diferenciarla de mi abuela), eran amas de casa a jornada completa. Mi primo Manu (porque Manuel era mi padre), todavía estaba en el colegio. Mi hermano Alex (porque Alejandro era mi abuelo), se había metido de lleno en el taller de autos con mi papá. Los “tuneadores”, les llamaban en el barrio, y es que los dos trabajaban en un gran taller

que se dedicaba a tunear autos. Mi papá era un “artesano” de la tapicería. Sus manos se encargaban de los pedidos más exigentes. Y mi hermano era el genio de los decibelios. Podía instalar cualquier equipo de audio en cualquier cosa que tuviese ruedas. Por fortuna o por desgracia yo no tenía auto. En fin, dejemos a la familia, que ahora tocaba trabajar.

Lo peor de la planta de neonatología era ver la lucha que algunos bebés tenían con la muerte. Verlos tan pequeños y agarrándose con todas sus fuerzas a la vida era lo que me motivaba para seguir adelante. Mis problemas eran menos importantes, siempre. Ellos ponían la parte más difícil, yo solo les daba medicamentos, cuidados y amor.

Cuando llegué por la noche a casa, después de ver luchar mano a mano a aquellos pequeños guerreros, me encontraba agotada. Mi cuerpo estaba molido, sobre todo mis piernas, pero mi alma estaba llena. Unas veces triste, cuando perdíamos la batalla, otras veces feliz, cuando parecía que la ganábamos.

Cuando abrí la puerta de casa, ya noté que algo no iba bien. Normalmente, Jane está sentada en el salón, viendo algún *reality show*, en penumbra y con una caja de pañuelos de papel bien cerca. El sonar de mocos era mi recibimiento casi diario. Pero ese día no. Las luces estaban encendidas y las voces que escuchaba no procedían de la televisión. Cuando entré en el salón, casi sabía lo que me iba a encontrar. Sentados en el sofá estaban los padres de Jane, bueno, su mamá y su marido. Y enfrente, sentada en el reposabrazos del sillón y de espaldas a la puerta, estaba Jane. Cuando me vieron entrar, lo primero que vi fueron las sonrisas de Alexis y Tomasso Di Angello. El rostro de Jane se giró entonces a mí y la vi sonreír, pero había algo en aquella sonrisa que no acababa de gustarme.

—Oh, ¿ya estás aquí? Te estábamos esperando.

Las piernas de alguien asomaban del sillón y recé porque esa persona tuviese el mismo gusto de zapatos que Noah. Pero no, su cabeza asomó por un hueco y sonrió mientras su brazo, que yo no había notado antes, se retiraba de la cintura de Jane.

—Hola, María. Me alegro de verte.

Capítulo 2

Su presencia allí me dejó tan impactada, que no me percaté del otro hombre que entraba en el salón por el otro lado. Su voz profunda y masculina me hizo volverme hacia él.

—Lo siento, he acabado con el jabón de manos.

—Oh, no te preocupes, Tonny. María lo repondrá enseguida.

Cuando alzó la vista hacia mí, unos increíbles ojazos azules me sonrieron. Solo pude asentir. La sorpresa que Jane se había encargado de darme me había dejado sin palabras.

—Será mejor que te arregles para salir. Mis papás nos han invitado a cenar a todos.

Genial. No solo tenía que saber que Jane iba a hacer pasar a “mi novio” Noah, por “su novio”, sino que además tenía que hacer de testigo. ¿Y qué iba a hacer?, ¿decir “no gracias, estoy muy cansada”, y dejar que la rabia me comiese viva?, ¿o ir, sonreír tanto como mis músculos faciales aguanten, y aprovechar la ocasión y cometer un homicidio en el baño de señoras de un restaurante que nunca volveré a pisar? Lo segundo pintaba mejor, porque no tendría que limpiar la sangre después.

—Ok, una ducha rápida y estoy lista.

Caminé deprisa a mi habitación y cerré la puerta. Y no sé cómo sonó desde fuera, pero grité tan fuerte mi impotencia que no creo que la pobre almohada que tenía en la boca se recupere del shock. Menos tensa, que no más contenta, recogí algo de ropa y me dirigí al baño. Antes de cerrar la puerta levanté la voz, pero no me acerqué al salón. Seguro que mi cara aún estaba congestionada por el grito y no quería darles aún más motivos para pensar que estaba loca.

—Jane, ¿podrías dejarme tu secador? El mío hace ruidos raros.

No esperé a que respondiera. Cerré la puerta, acomodé la ropa y acerqué la toalla a la ducha. Después abrí el grifo y esperé a que el agua cogiera temperatura. Seguir las pautas habituales era fácil de hacer. Eso, o salía ahí afuera, agarraba a Jane de los pelos y tiraba de ella hasta mi cuarto, donde tendríamos una “larga” y “desestresante” charla. Al menos lo sería para mí, cuando los pelos de su cabeza estuviesen en mi mano, y no pegados a su cuero cabelludo. Estaba apoyada en el lavabo, cuando dos golpecitos a la puerta precedieron a Jane.

—Aquí tienes.

Le cogí por la muñeca y tiré de ella hacia dentro, cerrando la vía de escape a su espalda.

—¿Pero qué parte de NO es la que no entendiste?

—Lo siento, lo siento. Pero Noah llegó para llevarte a cenar y mis padres avisaron que estaban llegando... solo tuve tiempo de explicarle un poco por encima...

—E hiciste lo de siempre, rodaste la bola de nieve un poco más. ¿No comprendes que en cualquier momento te puede explotar en la cara? Bueno, explotarnos en la cara, porque al final te la has apañado para meterme en todo el lío.

—Perdóname, María. Te prometo que te... te compensaré. Además, no puede ser tan malo, solo será esta noche y después ya se me ocurrirá algo para arreglarlo, lo prometo.

¿Qué iba a hacer?, ¿matarla? Los actores estaban todos en escena y la obra ya había empezado. Así que, como decía Freddie Mercury, «Show must go on» (el espectáculo debe continuar).

Doce minutos y medio, eso es lo que tardé en ducharme, secarme el pelo y ponerme un vestido, unas sandalias y recogerme la melena en un moño. Bastante calor tenía yo encima como para sudar más.

* * *

Transporte, estupendo, ahora a ver cómo nos repartimos en dos

coches. Ya me había sentado en el de Noah, en el asiento trasero, que no había vuelto a probar desde un calentón de besuqueos que tuvimos hacía casi tres meses, cuando vi la oportunidad de poner las cosas en claro.

—¿Cómo pudiste dejarte enredar para algo así?

—¿Yo? Jane me dijo que te lo había comentado.

—Y le dije que no.

—Eso no me lo dijo. Bueno, el lío ya está en marcha, así que no podemos echar marcha atrás. Relájate, todo va a ir bien.

Esa frase era la que más me molestaba, porque cuando alguien te dice “todo va a ir bien”, es que ni ellos están seguros de que vaya a hacerlo.

La puerta del asiento del acompañante se abrió y un cuerpo enorme ocupó casi todo el espacio.

—Oh, espera. Está ajustado para alguien más pequeño.

Sí, pensé, para mí. El asiento se deslizó hacia atrás y tuve que retirarme hasta el hueco de detrás del conductor. El coche de Noah no es que fuera muy pequeño, pero para un tipo como aquel, Tonny, dijo Jane que se llamaba, era considerablemente demasiado ajustado. Él tendría que viajar en un todoterreno para sentirse cómodo.

—Gracias. Jane va en el otro coche, así yo os indico dónde está el restaurante.

—¿Seguro?, si has llegado hoy a la ciudad, aún no sabrás mucho de calles.

—Pasamos esta mañana para reservar y luego fuimos a mi apartamento. Tengo grabado el camino en mi cabeza, no te preocupes.

Nos sonrió a los dos, aunque se quedó mirando un ratito más en mi dirección. Estupendo, ahora sí que estaba segura de que se había oído el alarido salvaje que di en mi habitación. Pero como soy una persona muy correcta, le devolví la sonrisa y él pareció más contento, porque devolvió la vista a la carretera.

Me pasé los 20 minutos siguientes observando de una cabeza a otra. Noah rubio con reflejos dorados, Tonny castaño oscuro tirando a moreno. Noah con un corte de pelo a capas que resaltaban sus

ondas naturales, Tonny con el pelo corto, bueno, no tanto, porque empezaba a enroscarse detrás de las orejas. Noah con una espalda estilizada y perfectamente recta, con ese cuello que me encantaba mordisquear. Tonny con unos hombros que parecían hechos para cargar fardos de 50 kilos, anchos, fuertes y, por lo que insinuaba su camiseta blanca, tonificados hasta la perfección. La piel de Noah, viviendo en Miami, era imposible que estuviese blanca, tenía ese dorado acariciado por el sol. Tonny parecía haber pasado alguna hora más tostándose bajo los rayos solares. Noah era el príncipe perfecto, el que te imaginas cabalgando en su corcel blanco. Tonny era más del tipo escolta del príncipe. Mejor no te metas con él.

En fin, cuando llegamos al restaurante, mis oportunidades para estar los tres a solas se perdieron por completo. Así que cenamos y Jane contestó las preguntas que yo hubiese contestado y Noah deleitó a sus “ficticios suegros”. Creo que mi expresión debió de ser algo extraña, porque Tonny no hacía nada más que mirarme con el ceño fruncido. Por mi parte, yo no hacía otra cosa que apretar los dientes y sonreír cada vez que Noah o Jane se metían demasiado en su papel. Que si miraditas por aquí, apretoncitos de manos por allí, que si te toco aquí. Lo dicho, cuando acabó la cena, tenía la piel ardiendo, la cara roja y casi seguro que mis oídos eran dos chimeneas de vapor a pleno rendimiento.

—Bueno, Noah. Ha sido un placer conocerte. No te preocupes por acercarse a Jane a casa, ya la llevamos nosotros. Ya te hemos entretenido bastante y seguro que mañana tienes que madrugar para ir a trabajar.

—Oh, no se preocupen por eso, mañana es el primer sábado que no tengo guardia este mes.

—¡Vaya!, eso es estupendo. Entonces mañana sí que podemos tener un auténtico día en familia.

—¿Eh?

—Claro, mañana íbamos a ayudar con la mudanza de Tonny y un par de brazos fuertes siempre vienen bien. Te apunto la dirección.

Bien, seguro que, en ese momento, Noah habría preferido no estar metido en esto, pero... que se fastidie, pensé. Su día libre cargando

muebles y cajas. Me parecía que esa pequeña “venganza” era una mala manera de resarcir mi malparado ego de novia suplantada, pero qué se le iba a hacer. Y como la venganza tiene un precio, tuve que pagar el mío.

—Oh, entonces María también podía ayudar.

No, si la niña era un peligro cada vez que abría la boca. No había tenido yo bastante con ver a mi novio con ella colgada de su brazo, no. Ahora tenía que verlo, otra vez, y además ir desembalando cajas. ¿Pero qué se pensaba esta hija de Satán? ¿Que además de suplantarme, arruinar el único sábado que íbamos a tener los dos solos en ese mes, encima me iba a poner a trabajar? Definitivamente, le odio.

—Oh, eso sería estupendo, querida. ¿Verdad, Tonny? Tres pares de manos femeninas ayudarán a poner la casa a punto en un periquete.

Escuché el bufido de Tonny y miré hacia él, sorprendiéndole pasando su mano por el pelo de su nuca. Sí, le entendía. Ese mismo gesto lo hacía Alex cuando mamá le obligaba a ir al supermercado con ella. Iría porque no tenía más remedio, pero maldita la gracia que le hacía hacer de mayordomo, chófer y mula de carga, sin recompensa alguna y encima sin protestar.

Capítulo 3

Divertido era un montón. Ja, ja. Maldita la gracia que me hacía estar levantada y cargando cajas un sábado a las 9 de la mañana. Con lo bien que sentaba tener un día libre para holgazanear. No había tenido uno desde... uf, me tenía que remontar hasta el colegio.

Menos mal que aquel sábado resultó ser uno de los más calurosos del mes. Así que a eso del mediodía había tres mujeres sentadas en el porche de la casa, bebiendo soda fría y mirando a tres hombres sudorosos sin camisa cargando un mueble de cajones de madera tallada. ¿De verdad?, ese mueble macizo no le pegaba nada a un hombre como Tonny. No sé, quizás esperaba algo más parecido a una estantería del IKEA.

Bueno, desde aquel lugar las vistas estaban pero que muy bien. Comparar bíceps, tríceps, cuádriceps y todos los “ceps” que podía haber en aquellos brazos. Y luego los abdominales, oblicuos y más bultitos duros que un hombre corriente esconde debajo de la barriga cervecera. Esa soda tenía que ser todo alcohol, yo no podía estar trabajando en mi día libre, tener sueño, la espalda dolorida y además estar sonriendo y feliz.

—¿Ya habéis terminado en la cocina?

La voz de Tomasso sonó sobre nuestras cabezas mientras veíamos a aquellos tres especímenes masculinos acercarse al cubo de hielo de refrescos. Estaba casi lista para levantarme y acercarle a Noah una cola light, cuando Jane se me adelantó. Pero no, ella no le llevó la cola light que él siempre tomaba, sino que le dio otra cosa, no sé si de naranja.

—Gracias, tesoro.

¿Gracias, tesoro?, ¿en serio? A mí ya me habría dicho eso de «me

acercas mejor la cola light, ya sabes que las otras no me gustan», y tonta de mí, yo iba y se la cambiaba. ¿Y a esta rubia de piernas largas, le dice «gracias tesoro»? Ah, cuando toda esta farsa acabase, él y yo teníamos algunas cosas que aclarar.

—¿Quieres otra?

La voz de Tonny sonó cerca de mi cabeza. Me giré para verle de cuclillas frente a mí, con una lata igual a la que estaba a mi lado y que aún no había terminado. ¿De verdad?, el chico era un encanto, atento, detallista y se lavaba las manos después de ir al baño, una joya. Qué lástima.

—Gracias.

Tomé la lata y se lo agradecí con la más auténtica de mis sonrisas. El chico se sentó a mi lado para beber su refresco y pude percibir lo bien que olía, aún después de cargar con todos aquellos muebles. No es que no oliera a sudor, todo hay que decirlo, sino que ese sudor, junto con su jabón y el olor de su piel... tenían una mezcla interesante.

—¿Hoy no vas al centro social?

La voz de Noah me hizo volver a la realidad. Me giré hacia él, no sin antes percibir el ceño fruncido de Tonny. ¿No eran lindos los dos? Tonny era amable conmigo y enseguida Noah sacaba su lado posesivo e intentaba quitármelo de encima. Y el pobre Tonny se enfadaba porque le interrumpían cuando estaba “socializando” conmigo. Ah, hombres. Qué aburrida sería la vida sin ellos y sus instintos territoriales.

—No, hoy tengo el día completamente libre. Aunque visto que se me han torcido los planes, quizás me pase luego por allí para echar una mano a Rita.

Sabía que ese nombre era como mencionar a la Bruja del Este. La de veces que Rita me había llamado un sábado para que le ayudase en la guardería del centro social. No cobraba nada por ir, era un trabajo voluntario que me gustaba hacer por la comunidad. En el centro social se había instalado una guardería “provisional” para los trabajadores con pocos recursos. Rita y otra mujer se apañaban muy bien entre semana, pero los sábados el número de niños se duplicaba

y siempre hacía falta un par de manos más. Algunas veces iban otras madres, pero no siempre ocurría. Así que, ¿qué hacía la pobre Rita?, pues cogía el teléfono y me llamaba, porque era su única opción.

—Después de comer puedo acercarte.

Lo dicho, el chico era atento y servicial, una joya. Ah, si me pillara soltera.

—No es necesario que te molestes, Tonny. Seguro que te quedan cosas por hacer aquí.

—No, está casi todo hecho. Además, es lo menos que puedo hacer por haber venido a ayudarme. Te debo un favor.

—Entonces estaría bien, odio ir en autobús los sábados.

Y mucho más hasta allí, pero eso no lo iba a decir. Dos horas de trayecto de ida y dos horas de vuelta. Sí, lo sé, tenía que comprarme un coche, ya me lo decía constantemente mi padre. Pero me había acostumbrado al autobús y Noah iba a recogerme de vez en cuando, así que me ahorraba el viaje de vuelta.

—Entonces, arreglado.

No pude evitar mirarle el trasero cuando se puso de nuevo en pie. Le sonreí como una tonta cuando me tendió la mano para ayudarme a levantar. Y a Noah no le gustó ni un poquito. Bien, donde las dan las toman.

La comida en casa de Tonny estuvo bien. No pensé que un recién mudado tuviese tan bien surtida la nevera, pero quién soy yo para criticar. Soy la que se encarga de tenerla siempre bien surtida de las cosas que nos gustan, a los tres; me refiero, a Jane, a mí y a Noah, que pasa más tiempo cenando en nuestra casa que en la suya. Soy una amita de casa, qué le voy a hacer, me gusta cocinar para mi pequeña familia.

—Bueno, nos vemos a la noche.

—Pues hasta la noche.

—Iremos a recogerte.

¡Vaya!, si no fuera porque le estaba mirando, habría notado algo de frío en la voz de Noah.

—Yo puedo acercarle a casa cuando termine —se ofreció Tonny.

—No, lo haremos nosotros. No nos cuesta nada.

Noté los ojos de Noah clavados en los míos, como si intentara transmitirme un mensaje telepático. Sus dedos estaban clavándose en la cadera de Jane mientras la abrazaba. Pues nada, ni mensaje telepático ni código Morse, no había manera de entender qué mosca le había picado. Bueno, eso era mentira, le había picado Tonny y su buena educación. ¿Cuántas veces se había ofrecido Noah a recogerme en el centro social? Pues dos. La primera vez porque no tenía ni idea de lo lejos que quedaba. Y ese día, cuando quería evitar a toda costa que Tonny lo hiciera. ¿Que no le costaba nada?, ¡Ja! Siempre decía que tenía que abrir la consulta temprano y que se le hacía muy tarde. ¡Ja! otra vez. Si estaba de guardia dos domingos de cada mes. Qué casualidad que siempre fuera a tocarle cuando Rita me llamaba el sábado anterior. Umm, ¿y cómo había tardado tanto tiempo en darme cuenta? Bueno, al final ese falso noviazgo me estaba mostrando algunos puntos que teníamos que pulir de nuestra relación. Bien, esa noche mandaré a Jane a su cuarto, porque las personas mayores teníamos que hablar de cosas importantes.

Capítulo 4

La verdad, no me había fijado en lo destartalado que parecía el edificio hasta que vi la cara de Tonny. ¿Se había puesto pálido?

—Por dentro no está tan mal como parece por fuera.

¡Ja! mentira. Por dentro parecía que habías entrado en el túnel del tiempo y habías retrocedido 30 años. Tonny asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Me sorprendió el que entrara conmigo.

—Es seguro, lo prometo.

Tardó un rato en contestar, pero al final lo hizo.

—Bueno, al menos tiene bien señalizadas las salidas de emergencia.

Se acercó a una de ellas, para comprobar si estaba bien. ¡Claro! Casi lo había olvidado, mencionó en algún momento que él era bombero. Por eso tenía ese cuerpazo, estaba acostumbrado a derribar puertas y paredes a hachazos.

—Bueno, si vas a hacer una inspección a fondo, puedo buscarte un guía. Yo de la guardería no paso.

Unos golpes bruscos nos dieron la bienvenida a la gran sala.

—¡Trasto arcaico, funciona!

Un nuevo golpe fue correspondido con un chisporroteo de la parte trasera de la cafetera y una agresiva mujer con piel color café estuvo a punto de soltar una maldición.

—Rita, que hay menores escuchando.

La mujer se giró hacia los niños y después sonrió afable a la visita.

—Hola, tesoro, no te esperábamos hoy.

—Oh, bueno, si no me necesitas, me voy.

—Hey, hey. No tan deprisa, tengo tres hermanos que llevan tu nombre tatuado en la frente.

Sí, sabía qué tres terremotos eran esos. Los hermanos Alvarado. Se llevaban apenas diez meses entre ellos, pero podían pasar por trillizos. Dos niños y una niña sin incisivos, que abrían cajones y sacaban todos los juguetes que existieran en aquella habitación. Unos terremotos de energía inagotable.

—¿Puedo echarle una mirada?

Tonny estaba cerca de la cafetera, observando atento y manteniendo sus manos en los bolsillos del pantalón.

—Claro. Si consigues que vuelva a la vida, te haré hijo adoptivo de la ciudad. Ese trasto un día de estos nos dará un disgusto.

Tonny sonrió y empezó a dar vueltas alrededor del artefacto del demonio. Mientras, sentí el brazo de Rita rodear el mío y llevarme a la alfombra al otro lado de la cristalera de separación.

—Ummm, bonito trasero te has traído. ¿Qué ha pasado con el otro? ¿Le has dado pasaporte?

No pude evitar poner los ojos en blanco. Si ella supiera...

* * *

Levanté la cabeza del cuento que estaba leyendo cuando llegué al final de la última página. Podía oler el aroma a café desde allí, pero no esperaba ver a Tonny apoyado en el marco de la puerta con una taza en los labios. ¿Estaba sonriendo? Sí, parecía que sí. Buen chico, había conseguido resucitar a la máquina más necesaria de todo el centro.

—Eres buena, los tienes enganchados.

Volví la vista hacia los pequeños, que empezaban a levantarse del suelo en busca de juguetes. Me gustaba tenerlos a mi alrededor mientras les leía.

—¡Oh!, es mérito del cuento.

—Ya, y el que cambies las voces de los protagonistas y hagas caras no tiene nada que ver.

Vaya, pues sí que había estado prestando atención el muchacho.

De su espalda sacó una taza de café y me la tendió.

—Umm, gracias, lo necesitaba.

Dejó su taza sobre una estantería, donde los niños no llegaran y se inclinó hacia un grupo de ellos.

—Bueno, necesito ayuda de alguno de vosotros. Veréis, soy bombero y tengo que inspeccionar el lugar para ver si es seguro.

Con la palabra bombero ya tenía atrapados a la mitad de ellos, y el resto no tardó en seguir a los demás. Algunos no le entendían, pero sus compañeros ya se encargaban de traducirles. Tonny era listo, seguro que se había dado cuenta de que repetía las frases en español e inglés. Algunos de esos niños aún no hablaban inglés y eso hacía que las guarderías normales no sirvieran para todos. Además, el ser gratuita era un aliciente más en aquel barrio. Pasamos una tarde agradable y las ocho y media llegaron sin percatarnos. Solo cuando los padres empezaron a recoger a sus cachorros nos dimos cuenta de que el tiempo había volado. Y Tonny se había quedado allí, jugando y entreteniendo a los pequeños.

—Cariño, puedes venir cuando quieras.

—¿Lo dices por la cafetera?

—Lo digo por todo.

—Lo pensaré. ¿Hay chicas guapas por aquí?

—Cariño, si quieres chicas guapas, las tenemos, buenas chicas también, y si lo que buscas es una novia, yo estoy soltera.

Rita se había apalancado al brazo de Tonny y él le seguía el juego divertido. Era bonito ver aquel risueño e inocente flirteo. El chico me cogió el bolso de la sala principal y me lo tendió. Había que reconocerlo, había enamorado a Rita, a Dulce, la otra asistente de la guardería, y me estaba enamorando a mí. ¡Pero qué lástima!, ¿por qué Dios me traía una tarta de chocolate cuando mi estómago estaba lleno de comida y no podía comer más? Uf, bueno, qué le iba a hacer.

Cuando salimos del edificio, el coche de Noah estaba estacionado junto a la entrada. Y cuando vio que Tonny caminaba a mi lado, le vi salir del vehículo, seguido de una sorprendida Jane.

—Bueno, tu taxi ha venido a recogerte.

—Gracias de nuevo.

—No, gracias a ti. Me lo he pasado muy bien y necesitaba hacer nuevos amigos.

—Bueno, Rita estaba dispuesta a darte las llaves del edificio, así que ven cuando quieras.

—Tal vez lo haga.

Y en ese momento vino lo difícil. ¿Cómo te despides de alguien así? ¿Un apretón de manos? ¿Un beso en la mejilla? Le vi. Estaba empezando a inclinarse cuando le corté. Extendí mi mano y le obligué a cambiar de acción. No podía permitir que intentara besarme y menos delante de Noah, aunque fuese un inocente beso en la mejilla. No era justo ni para él ni para mi novio.

Me metí en el coche y abroché el cinturón de seguridad mientras Noah cerraba la puerta. Evité mirar a Tonny, pero al final lo hice. Y allí estaba, observando cómo el coche se ponía en marcha, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y una pequeña sonrisa triste y resignada en la cara.

Capítulo 5

—¿Se puede saber a qué vino eso?

Volví el rostro hacia Noah.

—¿A qué vino el qué?

—El tipo, quería besarte.

—Bueno, es una manera correcta de despedirse de alguien.

—Ya, pero no de mi novia. ¿Qué habéis estado haciendo aquí toda la tarde?

—Leer cuentos, jugar al pilla-pilla y montar y desmontar ocho castillos de bloques de construcción.

—Eso no hace a un chico querer besarte.

—Bueno, pues sus razones se las tendrás que preguntar a él. Porque yo ahí no te puedo responder.

Genial. Ahora Noah estaba enfadado conmigo. Yo no he intentado besarle, es más, lo he evitado. Tenía que estar orgulloso de mí.

—¿Y vosotros, qué habéis hecho?

Entonces la expresión de Noah cambió.

—Hemos estado paseando con mis papás. Se adelantó a decir Jane. Bueno, eso sí podía imaginármelo, a Noah le gustaba dar largos paseos por el parque o la playa, como a mí.

—Sí, bueno, lo típico.

Bien, no iba a sacarle mucho a Noah. Estaba claro que esta situación de novio falso estaba empezando a incomodarle. Permanecimos en un largo silencio todo el trayecto a casa, hasta que Noah paró el coche frente a nuestro edificio.

—Será mejor que se lo digamos ahora.

¿Decirme qué? Esas caras no me estaban gustando nada. Y Noah acababa de apagar el motor del coche. Menos, eso me gustaba

menos. Cuando Noah apagaba el motor del coche, es que quería decirme algo serio.

—Mis papás estarán dos semanas aquí. Tomasso se ha tomado unos días de vacaciones. Con lo de la mudanza de Tonny y que mi mami hace tiempo que no me ve... pues decidieron quedarse unos días.

¡Genial!, no tenían que decirme más. Me había quedado sin novio durante dos semanas.

—Bueno, entonces os dejo, tendréis planes que hacer.

Esa vez sí que di un portazo al salir del coche. Que se enterasen esos dos confabuladores que no me gustaba nada la dirección que estaba tomando todo esto. Jane salió del coche y corrió a mi lado, mientras Noah se quedaba mirándonos desde detrás de la ventanilla.

—María, que no es culpa mía. Yo no sabía que se iban a quedar tantos días. Mami quiso darme una sorpresa.

¡Ya tenía suficiente! Me giré hacia Jane y tuve que agarrarme a los bajos de mi camiseta para no cogerla por el cuello y estrangularla.

—¡Sí, es culpa tuya!, tú nos has metido en este maldito lío.

—Pero María...

—¡Ni María ni gaitas! Estás acostumbrada a que todos bailemos al son de la música que tú quieres escuchar, y no te paras a pensar que a lo mejor los demás no queremos bailar.

—¿A qué viene ahora todo esto?

—Viene a que esta vez has sobrepasado mi límite de tolerancia. Por cosas como estas se rompen las amistades.

—¿Por coger prestado a tu novio?

—No, por hacerlo cuando te dije que no quería.

Me giré y salí disparada para casa. No tenía ganas de verle, y poner terreno entre nosotras siempre funcionaba cuando me sacaba de los nervios.

No sé ni cómo conseguí dormir por la noche, pero por la mañana estaba más calmada, que no más feliz. Me levanté, me duché, desayuné y me preparé para ir al trabajo. Al menos allí sabía a qué atenerme. No vi a Jane y no era porque me estuviese evitando. Ella no se levantaba tan pronto. Es lo que tenía trabajar de dependiente

en una tienda de ropa para hombres, que se entraba más tarde, se cobraba más y el uniforme sienta mejor. Y, además, ella tenía coche, así que no tenía que depender del autobús como hacía yo. También ayudaba que fuese domingo. Para algunos, los días de la semana tenían un significado diferente que para el resto de los mortales. Aunque bueno, la hora y veinte minutos que tardaba en llegar al Miami Children's Hospital siempre me ayudaba a pensar, qué remedio, soy de las que no les gusta perder el tiempo. Estaba a unos metros de mi parada cuando oí que alguien gritaba mi nombre. ¿Noah pasaba a verme?, ¿quizás necesitaba arreglar el mal ambiente entre nosotros? Pues no, el espécimen de hombre que se acercaba a mí trotando era otro. No pude evitar fijarme en que las mujeres de la parada del autobús le seguían con una golosa mirada, y es que no era para menos, yo misma tenía la boca llena de baba. Por fortuna estaba cerrada. ¿Se podía estar sexy con la ropa empapada de sudor, el rostro congestionado y pantalones anchos y sin forma? Pues definitivamente sí. Él lo hacía. El sudor hacía que la camiseta azul se pegara a los definidos contornos de su cuerpo, y el pantalón era tan fino que acariciaba sus muslos reveladoramente. Su pelo tenía las puntas húmedas y su piel brillaba como si le hubiesen untado con vaselina.

—¿Tonny?

Llegó a mí y detuvo su carrera. Su respiración era rápida y pesada. Típica de quien había estado corriendo por un buen rato.

—Pensé que entrabas más tarde al trabajo.

—Entro en casi dos horas. —Le vi alzar las cejas sorprendido.

—Pues sí que te gusta llegar pronto.

—No, pero es llegar 30 minutos antes o 30 minutos tarde. El servicio de transporte urbano no me da mucho donde elegir. —Se frotó la barba de varios días de su mandíbula. Le quedaba bien, pensé.

—¿No te compensaría comprarte un coche?

—Tendría que pensarlo.

—¿Pero...?

—Pero hace mucho que no conduzco y Miami es demencial a

algunas horas.

—Sí, lo es.

Le vi sonreír, pero no me paré en pensar cómo podía saberlo si acababa de mudarse, porque mi autobús estaba parando en la marquesina a cinco metros de mí.

—Lo siento, pero tengo que irme.

—Ups, casi lo olvidaba. Iba a tu casa por algo.

Metió la mano en una pequeña cremallera que llevaba en su muñequera y sacó una de mis pinzas para el pelo.

—Te lo dejaste ayer en la cocina.

—Ah, caramba. Ves, esta es otra de las razones por las que no tengo coche. Mi presupuesto se esfuma en comprar estos pequeños huidizos accesorios para el pelo. Siempre los pierdo.

Mis palabras se iban alejando de él mientras subía las escaleras del autobús. Las puertas se cerraron detrás de mí y empezó la marcha. Al otro lado del cristal, Tonny soltaba una risotada y se despedía con la mano.

Ese día, mi trayecto al hospital lo hice con una sonrisa en la cara. La mantuve sin darme cuenta, hasta que escuché el mensaje entrante en mi teléfono. Cuando lo abrí y lo leí, la sonrisa se esfumó.

Capítulo 6

A quella frase se había grabado en mi cabeza. “Tenemos que hablar”, solo eso. Noah era a veces demasiado críptico con sus mensajes de texto. No un “siento todo esto”, ni un “a mí tampoco me gusta”. “Tenemos que hablar”, como si yo hubiese hecho algo malo. ¿Enfadarme?, pues claro que estaba enfadada, ¿con razón?, tenía razones de sobra. Pero sabía que Noah no tenía toda la culpa. Él se vio arrastrado a ese plan por culpa de Jane y su mente enferma, sí, enferma, porque, ¿qué razón tenía ella para robar mi vida sentimental? Ella era la reina de las citas, los chicos hacían cola para salir con ella. Tenía para escoger a quien quisiera y va, y no solo elige a mi novio, sino que además se lo cuenta a su “mami”. ¿Por qué? ¿Para que pensara que no era tan... inconstante podría ser la palabra? Decir que era una mujer que vivía la vida con demasiada alegría, sería algo que diría mi abuela. Pero es que Jane siempre había sido así. Desde que la conocí había llevado ese ritmo de vida. Dejé de contar los chicos con los que salía cuando llegó al 27, no merecía la pena ni recordar sus nombres.

—Buenos días, mi niña.

—¡Abuela!, ¿qué haces aquí?

No es que le estuviese recriminando, es que ella trabajaba en otra área del hospital, aquella a la que accedería en pocos días.

—Vengo a buscarte. Dorothy ha pillado un virus y no ha venido a trabajar. El doctor Lewis ha pedido que te incorpores ahora a su

servicio.

Decir que estaba saltando de alegría por dentro era decir poco. Mi abuela, o Caridad, como quería que le llamara porque decía que se sentía muy vieja si la llamaba abuela, entregó la petición de traslado a mi supervisora, y cuando tuve su visto bueno, nos dirigimos a mi nuevo destino. Podía oír refunfuñar a Ivanna a mis espaldas.

—Siempre Neonatología, si a mí me quitan una enfermera no importa, pero si falta en Neonatología, el mundo se acaba.

Me sabía mal dejarla tirada, pero Ivanna enseguida buscaría una solución. No era lo mismo dejar sin atender un niño hospitalizado por una extirpación de amígdalas que hacerlo con un recién nacido que luchaba por su vida dentro de una incubadora. Pero claro, cada uno pelea por lo suyo. A Ivanna le preocupaban sus niños, al doctor Lewis los suyos y si estaban en la junta directiva del hospital, tus prioridades pesaban más.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, mi nuevo universo apareció ante mis ojos.

—El doctor Lewis acaba de ingresar a una de sus pacientes. Es un parto múltiple y está preocupado por la tensión arterial de la paciente. Así que hoy nuestro trabajo estará en esa área.

Bien. Me moría por estar presente en un parto múltiple. Multi-bebés, no os preocupéis, la tía María va a ayudaros a venir a este mundo.

Después de registrar mi entrada en el control de enfermería, pasé a ser la sombra de Caridad. Cuando entramos en la habitación de la que sería mi primera paciente, Caridad saludó con aquella alegría isleña que animaba a todos.

—Buenos días, señora Prescott. ¿Cómo se encuentra hoy la futura mamá?

Apoyada en la cama, estaba una mujer de piernas kilométricas, melena rubia y enorme tripa. Era todo huesos, salvo por el “bombo” adherido a su cuerpo.

—Cansada.

Sí, se le notaba en la cara. Las ojeras profundas eran solo una parte.

—Esta es María, ella cuidará de usted mientras esté aquí. Cualquier cosa que necesite, nos lo pide.

La futura mamá se recostó suavemente sobre las almohadas de la cama y su rostro se relajó. La espalda debía estar matándola. Después de tomar sus constantes, Caridad y yo nos fuimos a revisar al resto de pacientes de la planta. Nada más cerrar la puerta, revisé el informe en profundidad. Uf, era una gestación de 5 bebés, con razón tenía una tripa tan grande. Le faltaban 4 semanas para salir de cuentas. Se habían provocado partos con menos tiempo de gestación, así que mi curiosidad me llevó a preguntar.

—¿Por qué no le adelantan el parto? Su tensión arterial está bastante alta.

—Por los bebés, dos de ellos aún no llegan al peso mínimo. El doctor ha decidido aguantar el mayor tiempo posible con la gestación, así hay más posibilidades de supervivencia.

—¿Por eso quiere tener a la madre en continua vigilancia? Si sobrepasa el límite seguro, provocará el parto.

—Hiciste todos tus deberes, mi niña.

Era imposible no sonreír a tu abuela cuando su cara estaba tan llena de orgullo como en aquel momento.

El turno en el hospital me pareció más corto de las 8 horas que duró, y no me extrañó, mi trabajo me gustaba y aprender las nuevas rutinas me absorbió por completo. Cuando llegó el relevo de la tarde, tuve que mirar el reloj dos veces. Bueno, se acercaba el momento en el que no había querido pensar en todo el día.

Cuando entré por la puerta de casa me encontré a Noah sentado en el sofá. Busqué alrededor, pero tal y como esperaba, Jane no estaba. Aquella mujer tenía una habilidad increíble para huir de las discusiones.

—Por fin llegaste.

No sé si fue por la irritación que sentí al ver su rostro enojado, pero de ninguna manera iba a ser yo la víctima en aquella “conversación”.

—Si tanta prisa tenías por verme, haber ido a buscarme al trabajo. Sabía que ahí le había pillado, ¡por Dios!, era domingo y tenía

coche. Si hubiese querido, habría ido a buscarme. Ahora que lo pensaba, nunca me había ido a buscar un domingo al trabajo. Algún sábado, lo entendía, a veces tenía turno de guardia en la consulta, ¿pero los domingos? Sabía que libraba sábados alternativamente y que domingos trabajaba dos al mes, la mayoría con una localización por teléfono, no presencial. Podía entender que le gustara descansar los pocos días que tenía libres, pero, ¿acaso no quería estar todo el tiempo que pudiese conmigo? Vaya unas preguntas me venían ahora a la cabeza.

—Tienes razón.

¿Y ya está?, sin excusas ni consideraciones. Reconoce su error y pasamos al siguiente punto del día. Bueno, al menos tenía que reconocer que Noah nunca perdía el tiempo en discusiones inútiles.

Dejé mi bolso y mi chaqueta sobre la mesa y me senté en el sillón individual. Ni lejos ni cerca, pero en mi espacio.

—Bien, ya estoy aquí. Hablemos.

Noah pareció mirar un invisible guión en sus manos, y comenzó a enumerar evitando mirar mis ojos.

—Sé que la situación no te gusta, y lo siento, pero no podía echarme atrás una vez dentro. Compréndelo, no podía hacerle eso a Jane delante de sus padres. —Eso lo podía entender.

—Sigue.

—Mientras dure esto, sé que no puedo arriesgarme a que nos sorprendan intimando, y eso me mata.

No pude resistir su mirada dolida, así que me levanté y me senté a su lado. Noah tomó mi mano y la besó con ternura.

—A mí también me cuesta no poder tocarte, y ver cómo acaricias a Jane me pone de los nervios.

—Ese es otro tema. —Se giró para mirarme fijamente—. No quiero a ese tipo cerca de ti.

—¿El hermano de Jane?

—No me gusta.

¿En serio?, no podía haber alguien mejor persona que él, era atento, educado... ¡Oh!, ya entendía.

—¿Te sientes amenazado por él?

—¿Amenazado? ¡No! Pero es que va detrás de ti como un perrito faldero, y esa actitud me mosquea sobremanera.

Ya, y que él no pudiese dejar claro que el chico se estaba metiendo en su territorio no tenía nada que ver.

—Él puede intentar lo que quiera, Noah. Pero tú confías en mí, ¿verdad? Sabes que yo no te traicionaría.

Y mi cariño me sonrió como él sabía, colocó un mechón rebelde de mi pelo detrás de mi oreja y se inclinó hacia mí. Sentí el beso de sus labios en mi frente, y sus brazos envolviéndome.

—Perdóname. Sé que soy un inmaduro, pero oír constantemente a tu amiga diciendo lo “malditamente caliente” y “sueño erótico de cualquier mujer” que es su hermanastro, me ha hecho pensar que tal vez tú...

—Bueno, también dijo que el ayudante que contratasteis hace dos meses es una tentación para pecar, y yo no me he tirado a sus brazos ni caído postrada a sus pies. ¿O acaso me has visto tontear con él?

—Noah sonrió, y me abrazó un poco más.

—No, no lo has hecho.

—Bien. Pues si ahora estás más tranquilo, no estaría de más que llevaras a tu novia a dar una vuelta.

Y entonces mi pecho se partió en dos. La cara de Noah ya lo decía todo antes de hablar.

—No puedo, hemos quedado con los padres de Jane para enseñarles el paseo marítimo. —Genial, Jane y la realidad me volvieron a hundir en el lodo pringoso.

—¡Uf!

—Mírame. Prometo compensarte. Haremos ese paseo en bicicleta que tanto quieres hacer.

Noah era así, sabía cómo comprarme. Llevaba insistiendo en dar un paseo en bici desde hacía casi tres meses, pero nunca encontrábamos el tiempo, la energía o el ánimo para hacerlo.

—De acuerdo.

Capítulo 7

Tonny

Nuevo trabajo, nueva casa... aunque no nueva ciudad. He crecido en Miami, pero en un barrio muy distinto al que he ido a parar. Aunque, después de tantos años, es lo mismo que llegar de nuevo. No conservo a ningún amigo, la distancia los ha convertido en simples conocidos, con vidas organizadas en las que no hay cabida para una vieja amistad infantil. Sus vidas habían cambiado, ellos habían cambiado, incluso yo mismo he cambiado.

Sabía que llegaba pronto, pero eso es normal en mí cuando estoy nervioso. Llegar a mi nuevo trabajo me tenía tan consumido como esa morena. María. Pensar en ella era como saborear el azúcar moreno: dulce, acaramelada, diferente y, de alguna manera, caliente. Sabía que era una tontería ir detrás de ella, porque había oído a Rita hablar sobre el “deslucido” de su novio. Sí, estaba ocupada, y yo no soy de los que levantan la chica a otro tipo. Pero, quitando a la caprichosa de mi hermanastra, era la primera persona de Miami con la que establecía algún tipo de contacto, y quería conservar ese vínculo, aunque fuese pequeño. No me gustaba estar solo. Quizás fuera un defecto genético, es lo que sucede cuando tienes un gemelo, que realmente nunca estás solo. Pero Marco estaba en otra ciudad, ocupándose del negocio de la familia. La verdad es que a él se le daba mejor vender coches usados que a mí. Marco es de ese tipo de personas que es capaz de vender arena en el desierto. Él tiene el don de gentes que a mí me falta, o simplemente llamadme tímido.

En fin, allí estaba, esperando en una dura silla a que el jefe se

dignara a dedicarme un poco de su ocupado tiempo y me diera mi asignación de trabajo. Escuché un bufido lastimero al fondo de la sala de al lado, y allí, tirado sobre un cojín, unos ojos tristes me miraban con atención, como si yo fuera lo más interesante a su alrededor. El Basset Hound debía tener sus buenos 11 años, y entonces lo reconocí. Él era la causa por la que me hice bombero y que además hubiese escogido aquella estación sobre el resto de lugares. Después de innumerables destinos, al fin había llegado al Miami Fire-Rescue Department. Aún recordaba las imágenes del noticiario, 11 años atrás, cuando el equipo de aquella estación actuó en un rescate curioso. Habían sacado a ese cachorro de un fuego, junto con varios de sus hermanos de camada, pero él había inhalado mucho humo. Lucharon por reanimarlo hasta conseguirlo y la dueña, en agradecimiento, se lo regaló a la unidad. Desde entonces, el chuchó se había convertido en la mascota de la estación. Los cambios de turno, los traslados, los bomberos iban y venían, pero el perro siempre permanecía allí; era el miembro que más años llevaba en aquella estación, o eso parecía.

—Di Angello.

Mi nombre me hizo saltar sobre la silla, como si tuviese un muelle en el culo. Aquel hombre sabía cómo hacer que uno se pusiese firme con una sola palabra.

—¿Señor?

—A mi despacho.

Caminé tras él y, antes de cerrar la puerta, noté que el perro había entrado en el despacho del jefe. Le miré interrogativamente, pero él no cambió su expresión. Bueno, si a él no le importaba, a mí tampoco.

—Siéntese.

Empezó a ojear mi expediente y, después de unos minutos lo cerró, cruzó los dedos y los descansó sobre la carpeta.

—¿Por qué eligió esta unidad?

La pregunta me sorprendió, así que hice lo único que podía, decir la verdad, eso me había enseñado mi madre.

—Por él.

Señalé con mi mirada al perro. El jefe desvió sus ojos hacia él, y luego hacia mí.

—¿Por él?

—Tenía casi dieciséis cuando vi el rescate en las noticias.

El jefe pareció estudiar mi respuesta y luego miró al perro y le sonrió.

—Vaya, Smoke, nunca pensé que fueses un reclutador.

El perro soltó un cansado gruñido y volvió a dejar su cabeza en el suelo, entre sus patas estiradas. El jefe se puso en pie y empezó a caminar hacia la puerta.

—Bien, Di Angello. Te enseñaré esto, te asignaré una taquilla, te daré tus turnos de trabajo y dejaré que tus nuevos compañeros te conozcan.

Una hora después, estaba metiendo mi ropa en mi casilla y terminando de abrochar mi nuevo uniforme, cuando una voz detrás de mí hizo que me girase.

—Así que Tonny, nuevo miembro de la Sección de Rescate. ¿Cómo un tipo con tu currículum acaba pidiendo un traslado a 200 kilómetros de su anterior destino?

—Me gusta el sol.

—Ya, los rumores también viajan.

—¿Qué rumores?

—Los rumores que hablan de una tal Karen.

Genial, no solo los rumores viajaban, también la estupidez. Karen era 15 años mayor que yo, estaba felizmente casada con tres hijos y trabajaba en el centro de comunicaciones. El contacto más largo que habíamos tenido era 7 minutos y por radio. Ahora, que si de quien se hablaba era de Mirna, la cosa cambiaba. Mirna y yo salimos un par de veces, nos acostamos una vez, y así quedó todo. Por fortuna mi traslado llegó antes de que la situación pasara a ser incómoda. Aunque ella dijera lo contrario, entre nosotros no había *feeling*, al

menos por mi parte. De aquella experiencia había aprendido algo: nunca, pero nunca, volvería a mezclar la amistad con algo más. Mirna había sido una amiga estupenda, hasta que pasó a ser algo más, y no funcionó. Así es como se perdía a las amigas.

—Pues los rumores tendrían que informarse primero, porque no creo que ni ella relacione mi cara con mi nombre. ¡Qué demonios!, ni siquiera creo que haya visto mi cara.

Ver palidecer a aquel hombre enorme me hizo sonreír por dentro. Si quería reírse del nuevo, podía habérselo currado un poco mejor. Un compañero detrás de él se adelantó y me tendió la mano.

—Kowa. Y no le hagas ni caso. Sandoval solo está mosqueado porque le quites el puesto de “Latin Lover”.

—Siento decepcionaros, pero no soy de los que persiguen faldas.

Puede sonar raro, pero acabé durmiendo entre esos dos hombres. Cada uno de ellos estaba en el catre de mi lado. Es lo que tienen los turnos de 24 horas, que haces extraños compañeros de habitación. Sin mencionar al chucho apático que dormitaba en una vieja alfombra no muy lejos de mis botas. Al final, Sandoval tenía un punto en común conmigo, ambos conocíamos el centro social de la calle 6.

—¿En serio?, mi mamá lleva comida los viernes y fines de semana allí.

—Yo estuve el sábado con una amiga, a veces hace voluntariado en la guardería.

—Ese centro hace mucho por el barrio. Muchas familias no sabrían qué hacer sin su ayuda. Pero ya sabes lo que dicen de los cubanos exiliados, todos somos una gran familia aquí en Miami.

—Si tú lo dices.

—Oye, ¿y es guapa esa amiga tuya?

No necesité pensarlo mucho. María era como un mojito, suave a la boca, sabroso, refrescante y, si no te dabas cuenta, se te subía a la cabeza.

—Lo es. Pero tiene novio.

—Ah, amigo, suena como si te gustara.

—Quisiera pensar que somos amigos.

—Ya. Si tú lo dices.

Lo decía, sí, ¿porque lo quisiera? No. ¿Lo asumía? Sí.

—Oye, ¿y esa cuerda que estás preparando?

Había pasado toda la tarde anudando una larga sogá, haciendo pequeñas agarraderas a lo largo de su longitud.

—Quiero llevarla al centro, se me ha ocurrido que no está de más tener un plan de emergencia para evacuar la guardería.

—Buena idea. ¿Y cuándo dices que vamos a ir a ver a tu chica?

—El sábado que viene volveré, pero ella no es mi chica, no sé si irá y, sobre todo, a ti no te he invitado a acompañarme.

—Oh, amigo, es el centro social. Allí todos los cubanos tenemos invitación para ir.

Tuve que maldecir en silencio, en buena hora les había hablado a aquellos dos de María. Sí, Kowa no hablaba mucho, pero no perdía la oportunidad de incluirse en los buenos planes. Y si había chicas de por medio, siempre eran buenos planes para aquellos dos.

Capítulo 8

Tres días, habían pasado tres días. Estábamos a miércoles y aún no había vuelto a ver a Noah. Bueno, a Noah y casi a Jane, porque por las mañanas una de las dos salía como un cohete hacia el trabajo antes que la otra. Cuando era yo, ella aún no se había levantado. Cuando era ella, lo hacía con el tiempo pegado al culo y no tenía tiempo más que para un “me voy”. También estaba segura de que evitaba cruzarse conmigo. Cuando la sorprendía mirándome al irse, tenía impresa en la cara una expresión de culpabilidad que, en otras circunstancias, me habría dado lástima. Así que empecé mi segundo día de turno de tardes con muchas ganas de salir de casa. Había una extraña y oscura vibración allí que quería evitar tanto como pudiera.

Comencé mi ronda por la habitación de la señora Prescott, Amanda se llamaba. En esos días, había entablado una relación cordial con ella.

—Buenos días, señora Prescott. ¿Cómo se encuentra hoy? —Ella estaba acostada en la cama y, aunque intentó sonreír, algo me decía que no se encontraba bien.

—Un poco mareada.

—Vamos a tomarle la tensión y la temperatura.

Intenté apartar el rostro de ella y su marido para esconder mi disgusto por lo que veía, pero él estaba demasiado pendiente de todo lo que se relacionaba con su mujer, así que enseguida notó que no me gustaban los datos que registraba su gráfica.

—¿Qué sucede?

—La tensión está un poco más alta que ayer. Voy a comentarle al doctor. Tal vez por eso esté algo mareada. —Salí de la habitación con paso normal y, nada más cerrar la puerta a mi espalda, corrí al puesto

de control—. ¡Llama al doctor Lewis!, ¡Deprisa!

—¿Qué ocurre?

—La señora Prescott tiene 16/7 de tensión arterial. Está muy descompensada y se marea.

El doctor tardó menos de 10 minutos en estar dentro de la habitación de la paciente. Revisó la información y tomó las constantes de nuevo. Pidió un PET y una ecografía urgentes y me hizo acompañar a la paciente en todas sus pruebas, haciéndole llegar los datos en cuanto estuviesen disponibles. Cuando llegamos a la habitación, el doctor ya estaba esperando. Estaba claro que había estado hablando con el marido de Amanda, porque su expresión estaba más preocupada de lo normal.

—Vamos a practicar una cesárea.

La mano de Amanda cogió los dedos de la mía y los agarró con fuerza. Sus ojos estaban clavados en su marido, suplicando su apoyo.

—Tom. —El Dr. Lewis la miró con seriedad.

—Vamos a prepararle para el quirófano. Su marido puede esperar fuera, pero no podrá entrar.

Noté como su agarre se crispaba. Estaba asustada, y podía comprenderlo. Se enfrentaba a una situación muy complicada, y lo haría en una habitación que ya daba miedo de por sí y rodeada de extraños. Entonces hice algo que se excedía de mis obligaciones, pero que mi corazón me pedía a gritos.

—Yo me quedaré contigo, Amanda. No me iré a ninguna parte.

—Miré al doctor Lewis buscando su aprobación y él asintió.

—Acompáñela a preoperatorio, enseguida me reuniré con ustedes.

Caminé al lado de la cama de hospital, aferrando la mano de Amanda, notando su miedo, intentando absorber todo lo que pudiese de él con aquel pequeño gesto. Mientras subía en el ascensor con ella, eché un vistazo al reloj de mi muñeca. Mi turno terminaría en breve, pero me daba igual. En casa nadie se daría cuenta de que llegaba tarde y ella me necesitaba, así que no había nada que pensar, nadie a quien avisar.

Había estado en más de un parto e incluso en alguna cesárea, pero

aquella vez todo me pareció diferente. El quirófano se sintió más frío, el personal más distante, y el tiempo más lento, más pesado. Pero sabía que no era así, era tan solo que la situación me arrastraba. Volví mi atención hacia Amanda y le hice centrarse en mí mientras tomaban la vía para introducir la medicación. Acaricié su frente, apartando los cabellos que se pegaban a su sudorosa piel.

—Mis niños.

—Estaré aquí, yo los vigilaré. A todos.

Pude sentir sus músculos relajarse, pero no era por mis palabras. Sus ojos se enturbiaron y noté como su consciencia se perdía. No solté su mano durante toda la operación, pero tampoco me distancié de la conversación que se desarrollaba a mi alrededor. Los cinco chicos de la señora Prescott estaban de camino. Cinco niños, pensé, pobre mujer, un hogar lleno de testosterona le esperaba.

Uno a uno, los bebés fueron saliendo de su cálido refugio y noté cuándo el ambiente del quirófano cambió. Cuando la tercera criatura fue extraída, la prisa y las miradas nerviosas se adueñaron de todos.

Capítulo 9

No podía apartar la mirada de aquella pequeña vida luchando por salir adelante. Una niña, de entre todos los chicos, había salido una niña. No era extraño que no se hubiese descubierto en las ecografías. Ella y el otro quintillizo habían estado aprisionados por el resto de sus hermanos. Tres de los cinco estaban tan sanos y fuertes que no necesitaron entrar en una incubadora, pero la niña y el otro varón arrastraban más que una carencia de peso. Me sobrecogía ver las intravenosas adheridas a su diminuto cuerpo, pero sabía que eran necesarias. Mantenerlos vivos era en sí una victoria. Noté una mano en mi hombro.

—Será mejor que vayas a descansar.

—Lo haré.

El nuevo turno de enfermería acababa de llegar y yo necesitaba dormir un poco. Sentía el cansancio tirando de mi cuerpo. Dejé escapar el aire y me encaminé hacia la salida.

No es que tuviese mucha energía, por eso tan solo cambié mis zapatillas y tomé mi bolso. Solía ponerme una chaqueta encima, pero hoy no me sentía con ganas ni de eso. Como si fuera una máquina, recorrí los pasillos y salí del hospital.

—¿María? —Alcé la cabeza hacia la voz que me llamaba, reconociendo un uniforme azul.

—¿Tonny?, ¿qué haces aquí? —Él se acercó a mí.

—Anoche estuvimos en un incendio. Sacamos a dos niños que trajeron aquí por inhalación de humo. Terminó mi turno y venía a preguntar por su estado.

—Ah, entonces estarán en respiratorio. Ven conmigo, te llevaré.

—¿Estás segura? Te ves cansada.

—Sí, claro. Con toda seguridad estarán allí, era mi antigua planta.

—Te lo agradezco.

—Oh, ya sabes, a los bomberos de uniforme les damos tratamiento VIP.

—Es bueno saberlo. —Su sonrisa fue un bálsamo para mi cansancio. Cuando llegamos al control de enfermería, me agradó encontrarme con Ivanna.

—Hola, María. ¿Tanto nos echas de menos que ya vienes a hacernos una visita?

—A ti, siempre.

—¿Y este oficial que te acompaña?

Ver los ojos de Ivanna hacer chiribitas me hizo gracia, pero no reí. No podía hacerle ese feo delante de Tonny.

—Anthony Di Angello, bombero.

—Ah, entonces creo saber por qué estás aquí. Sígueme, machote.

Tonny me miró mientras comenzó a caminar detrás de Ivanna. Yo le hice un gesto con la mano para que se fuera tranquilo.

—No te preocupes, estaré asaltando la máquina de café.

* * *

Noté una ligera sacudida en mi hombro, y entonces abrí los ojos. ¿Me había quedado dormida?, ¿en serio? Necesitaba meterme en una cama, ya.

—Estás agotada.

—Es lo que tiene no dormir por la noche, que luego quieres hacerlo por el día.

—Sí, sé lo que quieres decir. Para mí la noche también fue dura.

—Miré el reloj y mi cuerpo saltó como un resorte.

—Mierda, no llegaré a tiempo.

—¿A tiempo?

—Mi autobús, debo correr o lo perderé. Si no lo cojo, me quedaré dormida en la parada si tengo que esperar una hora.

—Eh, tranquila, yo te acerco a casa.

—Oh, ¿en serio?

—Pues claro. Vaya una mierda de amigo sería si no.

—Uf, gracias.

—No hay de qué. Es lo menos que puedo hacer.

—Pero tú también necesitas dormir.

—Ya, pero tengo tres días para recuperarme.

—Qué suerte, yo tendré... tres horas.

—¡¿Qué?! No puede ser.

—Sí que puede, mi turno empieza a las tres de la tarde y son casi las nueve y media de la mañana. Haciendo cálculos, tardaremos media hora en llegar a casa, dormiré tres horas y saldré para coger el autobús de la 13:10.

—Ah, no, de eso ni hablar. Yo te llevo ahora, duermes tus horas y a las 14:30 te recojo y te traigo otra vez. ¿Y cómo es eso de que te dejan tan poco tiempo de descanso entre turnos?

—Oh, no lo hacen, mi turno terminó ayer a las diez de la noche.

—¿Y qué hacías aquí a estas horas de la mañana? ¿No te habrán obligado a doblar turno?

—No, una paciente me necesitaba y me quedé con ella mientras su marido estaba fuera.

—¡¿Qué?!

No podía dejar que pensara nada malo del pobre Tom Prescott, así que, de camino a casa, sentada en el cómodo asiento de su todoterreno, le conté toda la historia.

—Vamos, será mejor que te metas en la cama lo antes posible.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Tú dormirás aún menos que yo, si tienes que ir a tu casa y volver por mí. No puedo permitirlo.

Tonny meditó unos segundos y luego me miró con esa sonrisa de “tengo la solución”.

—¿Tienes sofá?

—Pues claro que tengo sofa.

—Entonces préstamelo. Echaré una cabezadita al tiempo que tú lo

haces. Dormiremos lo mismo. ¿Qué te parece?

—Me parece que sigues perdiendo de todos modos.

—Te debo una, ¿recuerdas?

—Pero ya me llevaste al centro social.

—Ah, bueno, eso no cuenta.

—Sí que cuenta.

—Vale, pues entonces me debes una tú a mí.

—Sí, eso está mejor.

Cuando levanté la cabeza de nuevo, el coche estaba parado delante de casa. Debía haberme quedado traspuesta por el cansancio, porque me perdí la parte en que hacíamos ese trozo del camino. Tonny bajó del auto, lo rodeó y me ayudó a salir.

Abrí la puerta principal y entramos los dos. Seguía sintiendo algo frío allí dentro. Aunque al notar el movimiento de Tonny a mi lado, ya no lo parecía tanto como ayer.

Tonny se acomodó en el sofá, probó su consistencia, cogió uno de los cojines de corazón y me miró con las cejas alzadas.

—Es de Jane —contesté. No quería que se me relacionase con esa cursilería.

—Ah, eso aclara mucho. Eh, a tu novio no le molestará que duerma aquí, ¿verdad? Porque si prefieres llamarle y que sea él el que te lleve al trabajo... He supuesto demasiado rápido que él estaría ocupado.

—Él está muy liado estos días. Y tanto él como tú podéis estar tranquilos, que no voy a intentar violarte o algo así. —Un bostezo salió de mi boca y ya no pude esperar más—. Buenas noches, o días. Me voy a dormir.

Vi a Tonny acomodarse en el sofá, o intentarlo, antes de meterme en mi habitación. Ummm, dormir, necesitaba dormir. Tardé lo justo en quitarme la ropa, poner el despertador y caerme sobre la cama.

Capítulo 10

Tonny

No podía dejar de sorprenderme, ella era única. No solo porque me había aceptado en su vida como un nuevo amigo, sino porque tenía un corazón enorme. Más aún de lo que pensaba. Solo ella podía entregarse de esa manera a los demás y no pedir ninguna compensación.

Su novio era un hombre con suerte y tenía que ser un tipo estupendo, porque María no merecía a cualquier tipejo. Seguro que adoraba el suelo que ella pisaba y que tenía que marcar su territorio constantemente. Había que luchar por conservar una chica así. ¿Tendría alguna hermana? Ojalá, porque yo quería a una mujer como ella en mi vida y si no podía tenerla a ella, quizás su hermana...

¡Mierda de sofá!, sería cómodo para ver la TV, pero para una cabezada... bueno, tal vez para María o Jane sí lo fuera, pero para mí metro noventa de estatura y el doble de ancho que el de ellas, aquel sofá era una máquina de tortura medieval. Al final debí dormirme, es lo que tenía hacer turnos de noche, que uno aprendía a quedarse dormido incluso sentado en una silla.

El ruido de una puerta al cerrarse me sobresaltó. Después escuché el agua correr y supe que María ya estaba en movimiento. Al mirar la hora lo confirmé, las 14:10. Bueno, al menos habíamos dormido los dos unas cuatro horas. Me levanté y fui a la cocina, donde podía preparar algo rápido de comer. Abrí la nevera y me encantó verla tan bien abastecida. Cogí los ingredientes y empecé a elaborar unos sándwiches. Saqué el café que quedaba en la cafetera, lo repartí en

dos tazas y calenté la mía en el microondas. Estaba tomando el primer sorbo cuando María entró en la sala. Eso de tener una cocina abierta ayudaba a la hora de controlar a la gente.

—Oh, vaya, siento haberte despertado.

—No lo sientas, ya no estaba dormido. —Tuve que rotar los hombros, se me habían quedado rígidos y doloridos por estar en aquel diabólico sofá.

—Vaya, tu espalda. Tiene que dolerte un montón. Ese sofá no está pensado para gente de tu tamaño.

Mierda, tenía que haber aguantado hasta que ella no mirara, así no se sentiría mal y no tendría esa compungida cara en su rostro. ¿Qué hacía ahora? ¡Oh, sí! Sus dedos se deslizaron sobre mis hombros, amasando los músculos con deliciosa precisión. No pude evitar cerrar los ojos y gemir de gusto, pero no podía permitirlo. Ella tenía una larga tarde por delante y yo no debía tomar las pocas energías que le quedaban.

—Ejem. Te hice un sándwich.

—Gracias, estoy hambrienta. —Se sentó frente a mí y la miré como un tonto, hasta que noté mi mano sobre la taza de café y le di un sorbo.

—Ups. Lo olvidé, ¿cómo quieres el café?

—No te molestes, ya me lo preparo yo.

—Lo tengo a mano, no es molestia.

—Está bien, media taza de café y media de leche, con tres de azúcar.

—Te gusta dulce, ¿eh?

—Como dice la abuela Caridad. El café tiene que ser como los hombres, negro, fuerte y muy dulce. Aunque yo no puedo resistirme a la leche.

—Vaya, tu abuela tiene que ser una mujer muy interesante.

—Puedes decirlo con todas las palabras, es de armas tomar. Todo un carácter.

Le preparé el café mientras hablaba y se lo ofrecí esperando su veredicto. Cuando tomó el primer sorbo, parecía que había tocado el cielo.

—Perfecto. Quedas contratado.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Ella miró su reloj y saltó de la silla. Corrió a ponerse los zapatos y se volvió a la cocina. Tomó el último trago de su café y aclaró la taza antes de meterla en el lavavajillas.

—Eres un chico muy limpio.

Miré la encimera de la cocina y sonreí. Estaba todo recogido de nuevo en su sitio, ni una miga perdida por ahí, y había pasado el paño por encima para limpiar cualquier resto. Incluso había aclarado la jarra del café y limpiado la base de la cafetera. Sí, mi mamá me enseñó bastante bien. Y qué demonios, nunca me gustó ir dejando cosas por ahí repartidas. Recoger las cosas después de usarlas era ya un hábito en mí.

—Y además sé planchar. Soy una joya.

—No serás gay, ¿verdad?

Ja, ja. No pude evitar soltar una buena carcajada mientras salíamos por la puerta. De todas las réplicas que podía darme, no me esperaba esa.

—De momento me gustan las chicas, pero quién sabe. Todo cambia en esta vida.

—Bueno, si buscas novia, sé de un par de enfermeras que estarían encantadas de conocerte.

—Apunta mi número, nunca se sabe.

María se ató el cinturón de seguridad y sacó su teléfono. Verle mirarme mientras esperaba a que le diera mi número me hizo sonreír. Bromear con ella era desconcertante, porque no estaba seguro de si sabía que lo hacía y me seguía el juego, o si realmente pensaba que lo decía en serio. Bueno, de cualquier forma ella tendría mi número. Saqué mi teléfono del bolsillo y se lo tendí.

—Yo te doy el mío, pero tú tendrás que darme el tuyo. Así que anótalo.

Ella metió el suyo mientras yo conducía y después anotó mi número en su pequeño aparato.

Cuando paré el SUV frente a la entrada del hospital no esperé a que bajara.

—¿Volverás a casa en bus?

—Sí.

—¿Tu novio no te recogerá?

—Ya te dije que está ocupado.

—Entonces te llevaré yo.

—No hace falta.

—Estaré aquí a las 10.

Puse mi cara de “aquí no hay más que hablar” patentada por los Di Angello y ella me sonrió, me dio un beso rápido en la mejilla y salió del auto gritando un “gracias”. Uf, mierda, olía demasiado bien. Arranqué el contacto y me dirigí a casa. Tenía una tarde de bonitos sueños por delante.

Capítulo 11

Adoro los viernes, sobre todo cuando es mi día libre y puedo dormir a pierna suelta. Lo bueno de dormir un viernes por la mañana es que la casa está vacía. Es agradable abrir los ojos sin la ayuda del despertador.

Y allí estaba yo, tumbada en mi cama, sintiendo el calor del sol sobre la espalda y el cuerpo relajado y descansado. ¡Dios!, necesitaba eso. Abrí los ojos, pero los recuerdos de la noche anterior aún estaban allí. Cuando salí por la puerta del hospital, el SUV de Tonny estaba parado cerca de la entrada y él estaba apoyado con la espalda en la puerta y las manos en los bolsillos del pantalón. Si Ivanna lo hubiese visto en aquel momento seguro que no volvía a repetir qué guapo estaba con el uniforme de bombero, en ese momento habría ido al cielo. Escuché lo redondo y duro que el bombero macizo tenía el culo durante todo mi período de descanso. ¡Ahg!, como si no lo supiera. Yo había visto ese estupendo culo primero que ellas. Oh, Dios, ¿pero en qué estaba pensando? Yo tengo novio y le quiero. Y es guapo y también tiene un buen culo.

El chico me sonrió, me acompañó a la puerta y la abrió para mí. No, si educado era un rato. ¿Y había dicho que atento? Pues eso, me preguntó por mi día y escuchó con interés, y me hizo preguntas. Me acompañó hasta la puerta del edificio y después se fue. Lo dicho, un encanto.

Miré de nuevo el teléfono, por si esa vez apareciera de repente un mensaje de Noah, pero nada. ¿Se acordaba siquiera de que su novia de verdad era yo? Estaba empezando a dudarle. En vez de un mensaje de Noah, tenía uno de Tonny. Adoraba los mensajes instantáneos, era el mejor invento desde la tableta de chocolate con

leche.

—“Mañana voy a acercarme al Centro Social. ¿Tú vas a ir?”

—“Iré por la tarde”.

—“¿Te paso a recoger y vamos juntos?”

Oh, señor. Yo sabía que estaría cansada después de mi turno por la mañana, e ir en bus era una idea que empezaba a resultarme desagradable. Pero, ¿no era eso demasiado para Tonny? El chico me agradaba y él sabía que tenía novio, pero cada vez me parecía más que se estaba pegando demasiado a mí. ¿Se estaría haciendo una idea equivocada?

—“Ok, recógeme a las 5”.

Quizás con el tiempo me arrepentiría, pero no podía decirle que no. Al fin y al cabo, a Rita le gustaba, y esos eran demasiados puntos a su favor.

Pasé el resto del viernes limpiando, lavando ropa y planchando mis uniformes. Tenía la cena lista cuando sentí la puerta abrirse. La risa cantarina de Jane se coló en el apartamento, seguida de la voz de Noah. Cuando se giraron hacia la cocina, ambos se quedaron callados y quietos, como si mi presencia les cortara el rollito.

—Ah, hola, María.

—Hola, Jane. Noah.

Por detrás vi aparecer a la madre de Jane.

—Ah, hola, querida. No esperábamos encontrarte aquí.

—Ya, siento molestar entonces.

—Oh, no, para nada. Esta también es tu casa.

Ya, de eso estaba bien segura, pagaba la mitad del alquiler.

—Umm, qué bien huele. —La voz de Tomasso precedió al sonido de la puerta cerrándose.

—No sabía que iba a haber visita, así que no hay suficiente para todos. Pero puedo preparar otra cosa.

Tomasso se colocó detrás de mí y extendió su cuello para poder ver y oler lo que estaba cocinando.

—Umm, señor, esto huele de muerte. ¿Qué es?

—Solo unas verduras con pollo.

—María cocina muy bien. —¡Vaya!, pues Noah sigue teniendo

boca, y parece que se acuerda de su novia, o al menos de su comida.

—Sí, aunque a mis caderas no les gusta tanto. —No, si la niña tenía algo que decir. Menos mal que Tomasso la miró con una cara mezcla de “¿tú sabes lo que estás diciendo?” y “no sabes lo que te pierdes”. Hombres, si se trata de sus estómagos, no hay tema que discutir. Gana la comida siempre, bueno, casi siempre; siempre está el deporte, aunque muchas veces lo compaginan, y así no hay segundos lugares.

—¿Y qué les trajo por aquí?

—Oh, Jane tiene que cambiarse de ropa. Vamos a salir a cenar y a ver un espectáculo.

—Ah.

—Mami, ¿puedes ayudarme a escoger un conjunto?

—Claro.

Ambas desaparecieron por el pequeño pasillo y vi la puerta de la habitación de Jane cerrarse. ¿Qué quiere la ayuda de su madre para elegir su ropa?, eso no se lo creía ni un niño de cinco años. Jane no había dejado que decidieran sobre su atuendo desde que iba al colegio y descubrió que las trenzas no eran sexys. Eso solo podía significar una cosa: quería hablar con su mami a solas. Vacié el contenido de la sartén en un plato y lo dispuse sobre el pequeño mantel que había preparado para mí en la encimera. Al otro lado estaba el servicio de Jane, pero no pensé que lo usara esa noche, así que empecé a retirarlo, cuando una mano bronceada me detuvo. Tomasso asomó la cabeza para comprobar que no había moros en la costa y después se acercó para que solo yo le oyera.

—¿Puedo probar lo que quedó en la sartén?

Le sonreí y vertí el resto en el plato frente al mío. Cuando regresé de aclarar la sartén en el fregadero, Tomasso ya había vaciado la mitad de su ración y gemía bajito con cada bocado que se llevaba a la boca.

—¡Dios!, adoro la comida casera.

—Me agrada que le guste.

—Te juro... que si no estuviese casado con mi mujer... te tiraría los tejos.

—Vaya, es un tipo fácil.

—¡Hey!, tengo sangre italiana, y a los italianos nos gusta la buena comida.

—Ya veo.

Le vi rebañar el plato con un poco de pan y retirar el servicio hacia el fregadero con eficacia y rapidez. Perfecto, allí no quedaba ni rastro de lo que había hecho. Antes de volver hacia la zona del salón, echó un vistazo a Noah mientras este cambiaba de canal en la TV sin prestar mucha atención a lo que veía.

—Espero que tu novio aprecie tu comida como se merece. Otros no notan la diferencia entre una McDonalds, un platillo de esos minimalistas y una buena comida hecha en casa.

Casi dejé escapar una carcajada cuando le vi inclinar la cabeza hacia Noah. No, él creía que ir a un restaurante caro, donde te ponían un bocadito de diseño por el que pagabas medio sueldo, era el sumun de una buena comida. ¡Qué le iba a hacer!, Noah era un poco esnob para esas cosas.

—Bueno, ya estamos listas.

Noah saltó del sofá como si tuviese un resorte en el culo y se alisó el pantalón como siempre hacía.

—Bueno, María, ha sido un auténtico placer encontrarte aquí.

Tomasso me tomó la mano y la besó con elegancia, al tiempo que me guiñaba un ojo. Sí, para él sí que había sido un placer, y para su estómago mucho más, eso seguro. Noah salió el último de mi campo de visión. No se detuvo, no dijo nada, tan solo me dio una de esas miradas que decían “lo siento”, y desapareció.

Capítulo 12

Sábado. Hay días en que es mejor no salir de la cama y ese fue uno de ellos. Empezando porque me levanté con un persistente dolor de cabeza y sin ganas de desayunar. Luego, en el hospital, me esperó la peor de las noticias. Uno de los quintillizos, el niño que estaba en cuidados intensivos, no había superado la noche.

Entrar en la habitación de Amanda y Tom era tan deprimente que hubiera preferido no tener que hacerlo, pero era mi trabajo, y debía realizarlo. El rostro de Amanda era un manantial constante de lágrimas. Sus ojos estaban rojos y la energía le había abandonado. Tener en la habitación las cunas con sus otros tres bebés era un recordatorio de que faltaban dos. El que había fallecido y la niña que seguía luchando por sobrevivir. ¿Qué consuelo les podía yo dar, si mis propias lágrimas luchaban por desbordarse también?

Pasé mi rato de descanso sentada frente a una incubadora, viendo el pecho de la pequeña Prescott moverse con cada respiración. Saber que seguía allí, luchando, era lo único que me daba esperanzas. Ella no podía rendirse, tenía que seguir peleando y maldita sea si no lo hacía. Cada minuto que no se rendía, era un minuto que le robaba a la muerte.

Cuando acabé mi turno, no sentía mi cuerpo muy enérgico. Parecía como si una apisonadora me hubiese pasado por encima dos veces. Casi no noté que había alguien parado delante de mí hasta que sentí cómo me sacudían el hombro.

—María, ¿estás bien?

Alcé la mirada y allí estaba Tonny. Me pareció fuerte, seguro, resistente, algo firme a lo que agarrarme, antes de que las olas me arrastraran al fondo del mar y me ahogara. Y no pensé, solo actué.

Mis brazos se aferraron a su camisa y hundí mi cara en su pecho. Y lloré. Lloré todas las lágrimas que no pude derramar en toda la mañana. Y él no me dijo nada, solo me tomó en sus brazos y me apretó contra él. No hubo palabras, no hicieron falta. Me sostuvo allí tanto tiempo como necesité, hasta que me relajé. Cuando me aparté de su cuerpo, aún era un enorme borrón delante de mí.

—Gracias.

—Pensé que lo necesitabas.

—Sí.

Sentí su brazo fuerte y protector tomándome por la cintura y pegarme contra él, donde me acomodé, mientras caminábamos de salida hacia el aparcamiento.

—¿Quieres contarme lo que pasó?

—No, no quiero volver a llorar. Más tarde quizás.

—Está bien.

Caminamos unos pasos, hasta llegar al SUV. Me ayudó a subir y ató mi cinturón. ¿De verdad no podía hacerlo yo? Realmente no. En aquel momento me sentía como una niña de cinco años, frágil y desprotegida. Le sentí acomodarse tras el volante y encender el motor. Entonces, como si mi cerebro volviera a la vida, la consciencia me devolvió al presente.

—¿Qué haces aquí?

—Pensé que podía ahorrarte el viaje en bus a casa, así podrías descansar un ratito antes de ir al Centro Social.

—De verdad que eres un cielo, ¿lo sabías?

Él sonrió y volvió su atención a la carretera. Entonces mi vista se aclaró del todo y pude ver el estropicio que había hecho en su camisa.

—Oh, Dios mío. ¡Estás empapado!

Los dedos de Tonny se deslizaron sobre la casi transparente tela de algodón y la separaron de la piel sobre la que estaba adherida. Se reía, el tipo se reía.

—Sí, para que luego digan que en Miami no llueve.

—No me hagas reír. Te he mojado.

—Tranquila, pronto se secará.

Unos minutos después la sonrisa volvió a abandonar mi cara.

—¿Recuerdas sobre lo que te hable el jueves?

—¿Sobre los quintillizos? —Asentí con la cabeza—. ¿Recuerdas que te conté que había dos muy malitos?

—Comentaste que uno de los niños y la niña estaban en la unidad de vigilancia.

—El niño no lo consiguió.

Noté las lágrimas volver a mi cara, y rápidamente las sequé con la manga de mi chaqueta. La mano de Tonny se cerró sobre la mía, que estaba sobre mi regazo.

—Lo siento.

No tenía que sentirlo, no era su culpa, pero oírle decir que sentía mi sufrimiento, era más de lo que esperaba. Su mano era cálida y parecía ser el cable que me daba la energía que necesitaba.

—Sucede más veces de las que quiero, pero es así, es mi trabajo. Tan solo... es que a veces me cuesta aceptarlo.

—Lo entiendo. Tú quieres ser comadrona, traer nuevas vidas al mundo. No estás hecha para verlos irse tan pronto.

¿Realmente me entendía? Sí, parecía que sí.

El coche se detuvo junto a mi edificio de apartamentos y Tonny apagó el motor, pero no salió del vehículo.

—Estoy aquí si me necesitas. De todas maneras, ya estoy mojado.

—Oh, tonto. Sube, podré secártelo con el secador de pelo.

Cuando entramos en la sala noté que volvía a envolverme la fría soledad de días pasados.

—Toma.

Volví mi cara para toparme con el pecho desnudo de Tonny. La camisa estaba en la mano que tendía hacia mí.

—Claro. Espera aquí, vuelvo enseguida. Coge lo que quieras del refrigerador.

Cuando regresé con la prenda seca y tibia, encontré a Tonny sentado en la isleta de la cocina, bebiendo un botellín de agua fría y leyendo algo que estaba sobre la encimera.

—Aquí está, calentita y todo.

—Gracias. He visto que te han dejado sola de nuevo.

Inclinó la botella sobre la nota y le eché un vistazo. Sí, era la letra

de Jane. En fin, ya me estaba acostumbrando a comer sola.

—¿Te apetecen unas alitas picantes? Conozco una estupenda furgoneta de comida que nos queda de camino al Centro Social.

Sí, ¿por qué no? Cocinar no me apetecía nada, y estar sola aún menos.

—Parece buena idea. Me cambio y nos vamos.

Puede que a Noah se lo llevaran los demonios si se enterara de que salí a comer con Tonny, pero a la mierda. Ellos no tenían ningún remordimiento de dejarme sola a mí.

Capítulo 13

¡Oh, mierda!, mi estómago me estaba matando. Ya era la tercera vez que iba al baño a evacuar, y ya no sabía por dónde había salido la última vez. Vómitos, diarrea, un dolor insoportable de vientre, muchas ganas de hacerme un ovillo y gemir como un cachorrito sin su mamá. Cuando miré mi cara en el espejo del aseo, la imagen me desmoralizó aún más. Más que pena daba miedo.

—Tienes que irte a casa, mi amor. —Los brazos de Rita me acompañaron fuera del baño, arrastrado mi débil cuerpo.

—No puedo dejarte sola.

—Prefiero eso a arriesgarme a que contagies a los pequeños con ese virus que tienes encima.

—Lo siento. Es verdad.

—La llevaré a casa. —Sentí el cambio de brazo sobre mis hombros, y la fuerza de Tonny sosteniéndome. No pude evitar gemir cuando caminamos hacia la salida.

—Tienes que ir al hospital.

—No hace falta, ya sé lo que necesito. Soy enfermera, ¿recuerdas?

—Pues ahora te toca ser la paciente, así que no discutas. Tiene que verte un médico.

El chico era testarudo, pero me gustó ser la que recibiera los cuidados por una vez. Me acompañó al médico de guardia y se quedó conmigo mientras me administraban un calmante y me hidrataban. Y después me recogió y me subió en brazos al asiento del acompañante.

—No puedes quedarte sola en casa.

—Lo sé. —Saqué el teléfono de mi bolso e hice la llamada.

—¿Abuela? Soy María. Necesito tus mimos.

Escuché la risa de Tonny al tiempo que Caridad me respondía. Le expliqué lo que me ocurría y me hizo pasarle a Tonny para darle su dirección. El chico estaba preparado, tenía GPS en el móvil y hasta navegador.

—Tenemos que parar en una farmacia para coger la medicación.

—No hace falta, tengo en casa. Hacemos una paradita rápida allí y luego me acercas a casa de mi abuelita, ¿vale?

—Sabes que con esos ojillos es imposible decirte que no, ¿verdad?

—¿Ojillos?

—Te brillan.

—¡Oh!, será la fiebre.

—Será.

Paramos frente a mi casa y subí por la medicación que tenía en mi bien provisto botiquín.

Cuando me dirigí al baño, escuché gemidos y golpeteos contra la pared provenientes de la habitación de Jane, y ya sabía lo que eso significaba. Que había aprovechado un momento de libertad para atender al “noviete” que tuviese en ese momento y darse un homenaje al cuerpo. A fin de cuentas, por muy novio postizo que fuese mi Noah, él no podía darle esa parte.

Así que, con sigilo, aunque no creo que me hubiesen oído, entré en el baño, cogí lo que necesitaba del botiquín y salí de allí. Al girar hacia la puerta, me encontré con lo que no me esperaba. Desnudo como vino al mundo y con toda la pinta de acabar de echar un polvo salvaje, Noah estaba parado frente a la entrada del baño.

—María, ¡mierda!

Las cajas de medicación cayeron a mis pies, me agaché a por ellas, apartando la mirada del flácido pene de Noah. Cuando me levanté con ellas en las manos, vi el culo de Noah desaparecer en la habitación de Jane, mientras ella estaba parada en la puerta, metiendo un brazo por la camisa de Noah, la camisa que yo le había regalado por su cumpleaños.

—Oh, María, ¡Dios mío! Yo...

Sé que fue la mirada asesina que le lancé en ese momento lo que le hizo comerse las palabras que iba a decir, o tal vez el comprender

que no iban a servir de nada. ¿Qué iba a decir?, ¿"no es lo que parece"? Evidentemente era lo que parecía, que aquellos dos acababan de revolcarse delante de mis narices. Giré hacia la salida, donde me topé con la mirada confundida de un preocupado Tonny. No me detuve a decir nada, solo escuché la voz de Noah detrás de mí, pero yo ya estaba saliendo del edificio.

No necesitaba quedarme a escuchar sus explicaciones, estaba bien claro lo que había ocurrido. Incluso mi cabeza febril podía entenderlo. MI NOVIO HABÍA FOLLADO CON MI MEJOR AMIGA.

Traidores, los dos. Porque no podía culpar solo a uno, dos no fo... si uno no quiere, porque a eso se le llama violación y estaba claro que allí había existido el consentimiento de los dos.

Me senté en el asiento del SUV y esperé a que Tonny llegara para sacarme de allí. Porque mi cuerpo y mi alma tenían un límite y aquel día estaba predestinado a llevarme al límite de ambos.

Capítulo 14

Tonny

Subí detrás de María porque no estaba seguro de que no se desmayaría por el camino. Estaba tan débil que me rompía el alma verla así.

Cuando entré en el apartamento, lo primero que oí fue a alguien que decía el nombre de María y maldecía. Tenía que haberse desmayado, así que corrí hacia allí. Lo que no me esperaba era ver a María congelada delante de un Noah con todos sus atributos al aire. Su rostro estaba aún más pálido que antes y su mandíbula estaba desencajada. Cuando se agachó a recoger los envases de medicamentos que estaban desperdigados en el suelo, el tipo tuvo la decencia de salir corriendo para taparse. En aquel momento vi a Jane asomar por la puerta de su habitación, y su rostro palideció tanto como el de María al verla. Intentó disculparse, creo, pero María parecía enfadada y ¿ultrajada?, bueno, qué esperaba, eran novios, tenía que saber lo que ocurre entre parejas. Ella tenía novio, tenía que entender hasta dónde pueden llegar esas cosas. Tal vez fue ver al tipo desnudo delante lo que le causó tanta impresión, de todas formas, era el novio de su amiga, estaba desnudo y con el pene colgando delante de su cara. Y estaba claro lo que ese pene había hecho, era un tío, entendía de esas cosas.

María salió corriendo por mi lado y fui a seguirla, cuando escuché la voz de Noah llegar desde detrás de mí. El tipo había tenido la consideración de cubrirse con unos pantalones. Seguro que quería disculparse por haber sorprendido a María con ese “aspecto”. Ahora,

lo que no entendía era la cara de desesperación que puso el hombre cuando intentó ir tras ella y la mirada asesina que me lanzó a mí cuando me sobrepasó. ¡Ah, no!, María no estaba en condiciones de soportar nada en aquel momento. Tenía fiebre, el cuerpo dolorido y ahora encima tenía un susto de muerte. Ni de coña iba a dejar que ese estúpido la alterase más. Le agarré del brazo y le detuve en seco.

—¡Hey!, tranquilo. No puedes seguirla descalzo.

Él se miró los pies y comprendió que no podía salir a la calle así. Aunque la expresión de su cara decía que eso era lo que menos le preocupaba.

—María...

—Yo me encargo de ella, no te preocupes.

Y el tipo me miró con esos ojos asesinos y apretó la mandíbula, como si quisiera decir algo, pero no pudiese.

—Esto no es asunto tuyo.

—Ya veremos.

No esperé su respuesta, tan solo corrí detrás de María. Ella ya estaba en el coche cuando llegué. Tenía las medicinas apretadas contra su pecho, así que después de sentarme en mi sitio, abrí su bolso y le ayudé a meterlas dentro. No dijo nada, tan solo miraba a través del cristal, como si allí pudiese encontrar las respuestas a todas las preguntas. No, ella no estaba bien. ¿Qué demonios había pasado allí dentro? Sentía ese picor en la nuca que decía que algo iba mal, pero no podía saber qué. Pero si una cosa soy yo, es tenaz, así que no pararía hasta averiguarlo. Aunque ahora mi prioridad era María. El resto podía esperar.

—Siento que hayas tenido que ver eso. Supongo que no ha sido agradable.

María se volvió hacia mí, con su mirada aún vacía y las lágrimas luchando por escapar.

—¿Por qué?

Volvió a girarse y se perdió de nuevo en el paisaje que dejábamos atrás. No esperaba ninguna respuesta, ni yo la tenía para dársela.

Cuando llegamos a casa de su abuela me encontré una pequeña edificación unifamiliar, pintada con colores vivos y vibrantes. Una

mujer mayor estaba sentada en el balancín del porche. Cuando vio el SUV detenerse junto a la vivienda, se levantó y caminó hacia el coche. Llegó a nosotros en el momento que abría la puerta de María.

—Mi niña, ¿qué te ha pasado?

María no contestó. Tan solo dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas, derrotada.

—Voy a llevarle dentro.

Su abuela sostuvo la puerta del vehículo, mientras yo tomaba a su nieta en mis brazos. Ella apoyó su cabeza en mi hombro y yo sentí que el estómago se me comprimía. Verla así, tan desmadejada, como una muñeca de trapo, me rompía el corazón.

La dejé acostada en la habitación que me indicó Caridad. Me costó un triunfo alejarme de allí, pero la buena mujer tiraba de mí para que le acompañara a la cocina.

—¿Qué le ha pasado? Esto parece peor de lo que me contó por teléfono.

—No lo sé exactamente, pero pienso averiguarlo.

—Eres un buen chico.

—Soy su amigo.

Me acompañó a la puerta.

—Llamaré para preguntar cómo se encuentra.

—Espera, te daré mi número.

Escribió dos filas de números en un papel y lo guardé en mi bolsillo.

—Puedes pasar a verla mañana. Si quieres.

—Mañana tengo guardia en la estación. Pero llamaré, lo prometo.

Asintió con la cabeza y me fui de allí. Algo me rondaba la cabeza, algo malo. Mi intuición me decía que había algo que no sabía y tenía que descubrirlo.

El domingo llamé varias veces, pero solo en la última llamada conseguí hablar con María. Había estado durmiendo casi todo el día, y no le culpaba. Su cuerpo estaba débil a causa de la gastroenteritis, pero además, no tenía muchas ganas de recuperarse.

Capítulo 15

Tonny

—Jefe, he notado que Smoke está un poco alicaído. ¿Podría llevarlo a que lo revisaran?

—Tiene 11 años, no pretenderás que vaya dando carreras por toda la estación.

—Me sentiría mejor si le echara un vistazo un veterinario.

—Está bien, pero tendrás que hacerlo fuera de tu turno.

—Contaba con ello.

Cogí el teléfono y marqué el número de Jane. Con un poco de suerte la pillaría desayunando.

—Hola.

—Hola, Jane. ¿Tu novio es veterinario, ¿verdad?

—Eh, Noah, sí, claro.

—Verás, necesito que revisen a la mascota de la estación y me sentiría más cómodo si lo hiciera alguien conocido. ¿Podrías darme su dirección?

—Eh, sí, espera, la tengo en algún sitio...

Esperé hasta que la encontré, la anoté y no pude evitar apretar mi mandíbula cuando colgué. Su voz no parecía tan segura como otras veces. Cada vez estaba más convencido de que pasaba algo allí.

—Vamos, chico, te voy a llevar a dar un paseo.

Smoke se levantó del suelo y comenzó a caminar a mi lado. Cogí su correa y lo llevé hasta mi coche.

—¡Hey!, ¿dónde te llevas al cuatro patas?

—De misión.

Me encantaba dejarle aquella cara a Sandoval. Se moría por preguntar más, pero no iba a darle tiempo de hacerlo.

Aparqué el SUV a poca distancia de la clínica veterinaria y llevé a Smoke a paso tranquilo. Tampoco era bueno estresar a un perro que casi nunca salía de la estación, y menos con su edad.

Me acerqué a recepción y pregunté por Noah. No me gustaba hacer todo aquello de la seducción, pero la guerra era la guerra, y aquella era una misión de espionaje en toda regla.

—Oh, claro. El doctor le atenderá en un momento.

—Verás, ummm... Sondra. Noah es el novio de mi hermana y Smoke está muy mayor. Me sentiría mejor si fuera él quien lo viera.

Y sonreí como si fuera un príncipe encantador. Aquella sonrisa conseguía aperitivos gratis en los bares de deportes y nunca me había fallado.

—Oh, entiendo. No te preocupes, ¿eh? ...

—Tonny, me llamo Tonny.

—Iré a ver si puede recibirte, Tonny.

Sonreí con esa cara de “me has salvado la vida” y ella se alejó balanceando su trasero. La chica no estaba mal, pero había visto moverse un trasero que llenaba mejor aquella ropa de clínica.

Minutos después, Sondra regresaba seguida de Noah.

—Hola, Noah.

—Tonny.

—¿Podrías echarle un vistazo a Smoke? Está algo apagado.

—Claro, sígueme.

Caminé detrás de él y le observé mientras levantaba al viejo Smoke sobre la camilla. Empezó a revisar sus orejas, su cuello, sus patas... y después de un rato, apoyó ambas manos sobre la camilla y me miró directamente.

—Smoke no tiene nada, solo es un perro mayor.

—Lo sé.

—Entonces, creo que sé a qué has venido.

—Ilumíname.

—A estas alturas María ya te lo habrá contado todo, o casi.

—Me gustaría escuchar tu versión. —Una cosa era tener una idea

aproximada de lo ocurrido, y otra muy distinta que me dieran la confirmación de lo que realmente estaba pasando. Ver humo no siempre significaba que había fuego al otro lado.

—¿Mi versión?, ¿qué quieres que te diga? ¿Qué me equivoqué? Pues sí, lo hice. Después de toda una semana de actuación, de hacernos arrumacos y besarnos delante de tus padres, al final se convirtió en normal. En uno de aquellos besos pasó algo, no sé cómo nos quedamos solos y, antes de que pudiésemos pensar, estábamos revolcándonos como dos gatos en celo.

No podía decir nada, estaba conmocionado y no me atrevía a pensar, por si me perdía cualquier parte de aquella diarrea verbal.

—¿Que si fue mi culpa?, totalmente. ¿Que si me arrepiento?, cada segundo. Pero lo peor fue ver el rostro de María, cuando descubrió lo que había pasado.

—No pensabas decírselo.

No era una pregunta, y Noah lo sabía.

—Con el tiempo se lo habría confesado.

O seguramente no, hijo de puta, pensé. Porque en la cara de Noah había algo más que arrepentimiento, había ira y odio. Él era de los que nunca quedaban mal, y aquella vez había sido un cabronazo y le habían pillado con todo el equipo.

—Voy a arreglarlo, seguro. María es una buena chica y me perdonará, estoy convencido. A menos que tú te metas en medio, que sé que ya lo has hecho.

—María es lo suficientemente mayor como para tomar sus propias decisiones.

—Ya, seguro, como si tú no te estuvieses aprovechando de su estado para meterte entre sus piernas.

—No todos somos unos cabrones como tú, Noah.

—Puedes mentir, pero he visto cómo la miras, cómo la persigues. Sé que quieres robármela.

No sabía cómo había aguantado hasta ese momento sin partirle la cara a ese impresentable, pero notaba cómo el control que mantenía se estaba esfumando. Nos había engañado a todos: a mí, a mi padre, a Alexis y, sobre todo, a María.

—Yo no persigo a las mujeres de otros. No es mi estilo.

—Entonces aléjate de ella.

—Es mi amiga y ahora me necesita. Porque el gilipollas de su novio se ha tirado a su mejor amiga delante de sus narices.

—Y tú eres una hiena que se aprovecha de los despojos de los demás.

¡Hasta ahí!, mi puño salió volando hacia la cara de aquel cretino egocéntrico. No soy una persona violenta, pero disfruté viéndole caer al suelo y la sangre saliendo de su boca. Los gruñidos de Smoke le amenazaban desde lo alto de la camilla. ¡Bien por mi equipo!

—Esto solo es un aviso. Si vuelves a hacerle daño, puedes empezar a correr, porque te despedazaré.

Y por primera vez en mi vida, cada palabra de amenaza que salió de mi boca tenía intención de cumplirla.

Smoke saltó de la camilla y salió caminando detrás de mí. Parecía que una buena confrontación era lo que necesitaba para volver a la vida.

No dije adiós cuando salí de la clínica, no tenía ganas de ser amable.

Capítulo 16

Sabía que tenía que ser valiente y contestar, pero aún no podía hacerlo. Los mensajes de Jane y Noah seguían llegando, más de este último, y más raros cada vez que me atrevía a mirarlos.

¿Qué le dejara explicarme? ¿El qué?, lo que vi no necesitaba subtítulos para entenderlo. Lo único en lo que podía tener dudas era sobre si él estaba arriba o abajo mientras...

Bueno, aunque, ahora que lo pensaba, sí que tenía preguntas. ¿Era la primera vez? Y, si no lo era, ¿desde cuándo? Pensándolo detenidamente, de Jane podía haberlo esperado, su vida sexual era una locura detrás de otra. Pero de Noah... eso realmente me había sorprendido. Había puesto mi confianza en ellos dos, más en Noah que en la loca de Jane. Pensar que había tardado solo una semana en traicionarme...

—Tesoro, no puedes ir a trabajar hoy. Todavía no estás recuperada del todo.

—No te preocupes, abuela, tomaré todas las medidas sanitarias que sean necesarias, ya me conoces.

—Sabes que eso no es lo que me preocupa.

—Estoy bien, de verdad.

—¿Vas a hablar con él?

—Todavía no estoy lista.

—El chico está preocupado por ti. No hace más que llamar para preguntar cómo estás.

—¿Cómo sabe que estoy aquí?

—Él te trajo, ¿cómo no va a saberlo?

—Ah... creo que estamos hablando de personas diferentes.

—¿De quién estabas hablando tú? ¿Vas a contarme qué ha

pasado?

—Cuando esté lista, abuela. Cuando esté lista.

En ese momento no podía. Había oído bastantes veces lo que eran las fases del duelo. Ya había dejado atrás la de negación. Negarlo era absurdo, había ocurrido y lo había visto con mis propios ojos. Seguramente ya estaba en la fase de ira, porque tenía unas terribles ganas de estrangularlos a ambos, el orden me daba igual.

—¡Tonny!, ¿qué haces aquí?

Allí estaba mi guardaespaldas, esperando en la entrada de la casa, sin atreverse a acercarse demasiado, dándome el espacio que necesitaba.

—Caridad me dijo que pensabas ir hoy al trabajo, así que he venido a llevarte.

—Yo...

—Solo llevarte, nada más.

—De acuerdo.

Cuando se preparó para arrancar el auto vi su mano y no pude evitar cogerla. Tenía los nudillos pelados y algo rojos. Cuando le miré a la cara, estaba claro para mí lo que había pasado.

—No pienso preguntar.

—Mejor.

Sacó el coche a la carretera y me llevó en silencio hacia el hospital.

—¿Qué vas a hacer ahora?

El coche estaba parado frente a la entrada del edificio y Tonny me miraba con preocupación.

—Irme del apartamento.

—Sabes que tengo una habitación vacía en mi casa. Puedes usarla el tiempo que necesites.

—Solo si pago la mitad de los gastos. Y antes de que lo digas, Jane puede pagar el alquiler completo del apartamento. Solo tiene que dejar de comprarse algunos caprichos.

—Vaya, estás en la fase de ira.

—Y pienso disfrutar de ella un buen tiempo.

—Wow, tranquila. Solo era un comentario apreciativo. Odiaba verte en la fase anterior.

—Ok. ¿Tienes planes para mañana?

—Nada hasta la próxima guardia del miércoles.

—¿Podrías ayudarme a recoger algunas cosas? Ya sabes, algo de ropa y mis cosas del aseo, hasta que pueda pasar a recoger el resto.

—Puedo hacerlo esta tarde mientras estás en el trabajo. Así evitas cruzarte con Jane.

—¿Harías eso por mí?

—A estas alturas me ofende que me lo preguntes.

Sonreí, busqué las llaves en el bolso y se las di.

—Necesito mis uniformes y las cosas del baño de la estantería de la derecha, del resto me encargará otro día.

—¿Estás segura?

—¿De dejar el apartamento?

—Sí.

—Aunque no estuviese Jane, lo dejaría igualmente.

—Vale.

Me cogió las llaves y las guardó en el bolsillo de su vaquero.

—Estaré aquí cuando salgas.

—Gracias por todo.

—¡Hey!, para eso están los amigos.

Podía contestarle que mi mejor amiga era la que me había apuñalado, pero preferí callar. Abrí la puerta sin pensar en cómo debía despedirme de él. ¿Un beso en la mejilla? No, no era correcto. Así que cerré la puerta, dije adiós con la mano y entré en el edificio.

Capítulo 17

Tonny

Entrar en el apartamento no fue extraño, pero sí hacerlo en la habitación de María. No necesitaba preguntar cuál era, aparte de que no había nadie a quien hacerlo. Su cuarto estaba ordenado, la cama hecha y el armario no estaba abarrotado de ropa de diseñador. Sus uniformes estaban bien doblados en una balda a media altura, imposible de no verlos. Busqué en el armario y encontré una maleta y una bolsa de viaje. Abrí la primera sobre la cama y comencé a meter los uniformes, un par de pijamas y algo de ropa. Quizás estuve más tiempo de lo debido mirando dentro del cajón de la ropa interior, pero qué voy a decir, soy un chico. Acabé vaciando todo el cajón. Cuando la llené, pasé al baño con la bolsa de viaje. No pude evitar comparar las dos zonas del baño: la de Jane y la de María. Era fácil saber cuál era la de Jane, había marcas demasiado caras y demasiados botes. Incluso tenía toda una balda exclusivamente de perfumes. María solo tenía dos, uno fresco y otro más intenso.

Cuando terminé de llenar la bolsa, me giré para salir del baño y me topé con una dolida Jane.

—Te ha mandado a por sus cosas.

—Volveremos otro día para recoger el resto.

—Noah tenía razón, entonces.

—¿A qué te refieres?

—Decía que perseguías a su chica.

—No voy a negar que me gusta, pero desistí de intentar algo cuando me enteré de que tenía novio.

—Eso no es lo que parece.

—Ahora solo soy el amigo que necesita, nada más.

—Si tú lo dices.

—Lo digo porque es verdad. Nunca he necesitado mentir a nadie. No tengo segundas intenciones, si es lo que piensas.

—Sabes, me da igual lo que tú hagas y lo que María haga. Los dos podéis iros al infierno.

Pero... ¿a qué venía aquella pataleta? Jane era la menos indicada para sentirse ofendida.

—Vendré en unos días por...

—Sí, ya lo has dicho. Puedes venir por ello cuando quieras. Es más, mañana mismo lo tendré todo preparado para que te lo lleves.

Jane dio un portazo cuando entró en su cuarto. Algo me decía que, al igual que cuando éramos adolescentes, iba a correr a contarle a su mami lo que había pasado. Y si algo había aprendido, era a hablar las cosas con mi familia.

Cargué las cosas en el coche y, antes de arrancar marqué el teléfono de mi padre.

—Hola, Tonny.

—Papá, tengo algo que decirte.

—Te escucho.

—Verás, María va a venir a vivir una temporada a mi casa.

—¡Wow!, hijo, tú sí que te mueves rápido. Aunque, conociendo a la muchacha, no puedo reprochártelo.

—No es lo que parece, papá.

—¿Qué quieres decir?

—Será mejor que te sientes.

—Me estás asustando.

—Jane y Noah no son novios en realidad, solo lo fingían, el porqué, no tengo ni idea, pero si Jane está metida en ello...

—No sigas, la conozco y puedo imaginármelo.

—Bueno, el asunto es que Noah es el novio de María, o lo era, no sé exactamente cómo está la cosa ahora, si te soy sincero.

—Sigue.

—El caso es que el sábado María no se encontraba bien, pasamos

por su casa antes de lo previsto, y... sorprendió a Noah y Jane, juntos.

—Bueno, no me sorprende que Jane aprovechara para besuquearse con el chico. Siempre ha sido “muy ligera de cascos”.

—No papá, los sorprendió teniendo sexo.

—¡Joder!

—Sí, eso pensé yo. Bueno, el resultado es que va a dejar el apartamento, y le he ofrecido mi habitación libre mientras lo necesite.

—Eres un buen tipo, hijo.

—Ya, te lo digo porque no sé qué cuento irá soltando Jane a su madre, y quiero que estés preparado.

—Bien. Porque conociéndola, seguro que olvidaría comentar algunas cosas importantes, y torcer el resto hasta hacerlo encajar en su zapato.

—Ahora estoy saliendo de casa de Jane. He recogido algunas cosas de María, pero volveremos otro día a por el resto.

—Cuenta conmigo si lo necesitas.

—Lo tendré en cuenta. Bueno, me voy. He de buscar a María en el trabajo.

—Cuida de ella, Tonny. Es una buena chica.

—Lo sé, papá.

Arranqué el SUV y me acerqué a comprar algo de comida preparada para cenar. No iba a permitir que María cocinara, y mucho menos la envenenaría con mis artes culinarias. Una cosa era hacer un desayuno o un sándwich para mí y otra muy distinta darle de comer a María. Ella merecía una cena con cubiertos y un rico postre.

Capítulo 18

Estaba lavándome los dientes sin poder dejar de pensar en Tonny. Había traído una deliciosa cena, recogido mi ropa y llevado mis pertenencias a la habitación. Puso sábanas limpias y se empeñó en hacerlo solo, así que únicamente pude meter los platos en el lavavajillas. Y ahora mis cosas habían encontrado un nuevo lugar en aquel baño. Se me hacía raro compartirlo de nuevo con un hombre. Mi hermano Manu no usaba espuma de afeitar cuando me fui de casa. Pero Tonny sí. Era raro encontrar un aseo de chico tan ordenado y limpio.

Encontré su puerta cerrada cuando salí del servicio y casi que lo agradecí. Si en ropa de deporte estaba sexy, no quería verlo en pijama. Bueno sí, pero no debía.

Me metí en la cama y cerré los ojos. Mi vida había dado un giro brusco y no tenía ni idea de lo que ocurriría ahora. Incertidumbre, genial, había llegado a la tercera fase del duelo, la negociación.

Por la mañana, el olor de panqueques me despertó. Caminé hasta la cocina, donde Tonny estaba trasteando con el desayuno. Tenía unos vaqueros sin abrochar del todo y una vieja camiseta desteñida. El pelo estaba aún desordenado.

—Buenos días.

—¡Ah!, buenos días, dormilona.

—Huele muy bien.

—Entonces espero que tengas hambre.

—Estoy famélica.

—Bien. Pues carga las pilas, porque tenemos que hablar.

—¿Ya me vas a asignar mis tareas?

Tonny soltó una profunda risotada. Tenía una risa contagiosa,

natural y... sexy. ¿En serio? Mi novio acababa de ponerme los cuernos y yo pensando en lo sexy que era todo lo que tenía que ver con este hombre.

—Mañana tengo turno en la estación, así que no podré recogerte al salir del trabajo.

—No te preocupes, miraré la línea de autobuses.

—Ni de broma, quiero que te lleves el coche.

—¡¿Qué?! No, ni hablar. Solo faltaba eso, que te quedaras sin coche.

—Tú tienes peores horarios de bus y yo no me quedo sin transporte, por eso no te preocupes.

—No me preocuparé si te llevas el coche.

—No te lo estoy pidiendo, vas a hacerlo.

—No, Tonny, hace mucho que no conduzco.

—Por eso necesito que desayunes bien. Vamos a hacer algunos recorridos hasta que estés más suelta.

—Estás siendo demasiado bueno conmigo.

—Nah, me compensarás cocinando alguna cena. Tuve que escuchar a mi padre durante dos días. Lo impresionaste con la cena que le hiciste.

—Que me robó, más bien diría yo.

—Entonces, ¿hay trato?

—Vale, pero yo te llevo y te recojo en la estación. Así que ya puedes ir enseñándome el camino.

—Puedo hacerlo, pero no me llevarás ni me recogerás.

—Eres un cabezón.

—No, María. Había estado esperando la ocasión para viajar con mi pequeña y esta es la mejor.

—¿Qué?

—Ven, sígueme.

Caminé detrás de él hasta la puerta que comunicaba con el garaje. Allí, debajo de una lona, aparecieron dos ruedas.

—María, te presento a mi pequeña.

Tonny tiró de la lona y apareció una Harley Davidson clásica, con sus dos alforjas a los costados y el cromado reluciente.

—¡Vaya!, es preciosa.

—Si eres buena puede que un día te dé una vuelta en ella.

—Ya, y yo algún día puede que te haga flan de café.

—Umm, eres una chantajista.

—Has empezado tú.

Pues no había olvidado cómo se reía. Estaba claro que todo dependía de la compañía.

Después de practicar con el coche por un par de horas, ya tenía la confianza para manejar el auto. Y estaba feliz por ello. Ya no volvería a depender de la desesperante línea de autobuses y Tonny estaría más tranquilo por mi seguridad. Bueno para los dos.

—¿Podemos parar a comprar algunos suministros?

—¡Oh, Dios! Dime que vas a hacer la comida.

—¿Quieres que lo haga?

—¿Bromeas?, la última vez que comí comida casera fue en el cumpleaños de la abuela Simonetta.

—Estás de broma.

—Nop, estoy salivando desde que mencionaste ese flan de café y aún no lo he probado.

—Ok, ¿qué te apetece cenar?

—¿En serio? Pequeña, me conformo con lo que sea mientras no sea pasta con salsa de bote.

—¿Y eso?

—Porque es lo único que sé hacer, aparte de bocadillos y el desayuno.

—Ok, entonces acércame a la tienda, improvisaré algo.

—¡Bien!

Tonny casi iba saltando en el asiento, estacionó cerca de la entrada de la tienda y corrió a coger un carrito. Con su entusiasmo y mis conocimientos, terminamos en un periquete.

Cuando entramos en casa... Casa, qué raro llamar así a ese lugar, pero iba a ser eso durante los próximos días. Y tenía algo, no sé cómo decirlo, quizás eran las cosas de Tonny las que lo llenaban de vida, de calor, nada que ver con mi antiguo apartamento. No hay que pensar mal, Tonny era también ordenado y limpio fuera del baño, no había

cosas tuyas tiradas por ahí. Tan solo era su toque personal. Su calzado recogido en el zapatero junto al recibidor, donde sus botas se quedaban para no manchar el suelo, aunque no estaban realmente sucias, como si las hubiese cepillado a conciencia antes de entrar. También sus cazadoras y chaquetas en el armario de la entrada, la pequeña manta doblada en el respaldo del sofá, a mano para una siesta... Aquel lugar era... acogedor, sí, eso, acogedor.

Bueno, cuando llegamos a casa me ayudó a desempacar todo y a sacar y colocar el menaje que necesitaba, y después le hice salir de la cocina para que no molestara. Algo inútil, porque dio vuelta a la isleta que separaba la cocina de la sala y se sentó al otro lado, sin perder detalle de cómo me movía entre los cacharros. Me estaba poniendo nerviosa, así que al final acepté su ayuda y le permití lavar y cortar la verdura. Pero del postre... ni hablar, la receta era secreta y no permitiría ojos curiosos alrededor, de ninguna manera.

—¿Qué hago ahora?

—Podrías poner la mesa.

—¿Te apetece cenar fuera?, va a quedar una noche estupenda.

—¿Tienes jardín?

—Uno pequeñito, detrás, pero servirá para una cena para dos. Saldré por la puerta de la cocina y así no mancharé nada.

—Me parece perfecto.

Le vi coger un mantel y cubiertos. El chico era todo un detallista. No pude evitar sonreír. Podía ser un negado en la cocina, pero estaba claro que lo compensaba en otros terrenos de la casa.

Me centré en completar la receta y meter el recipiente en el horno, tal y como me enseñó la abuela Caridad. Luego continué con la cazuela en el fuego y rematé la tarea. Vertí el contenido en los recipientes de cristal y los dejé enfriar en la encimera.

—¿Qué es esto?

La nariz de Tonny estaba muy cerca de uno de los recipientes cuando giré hacia él.

—No se toca, todavía está caliente.

—Ummm, mi estómago está gruñendo y no tengo ni idea de lo que es.

- Arroz con leche.
- Me muero por probarlo.
- Primero la cena. El postre al final.
- ¿Esto es el postre?, como dijiste que era arroz...
- ¿Terminaste con la mesa?
- Solo me queda el vino, ¿qué te apetece beber?
- Sorpréndeme.
- Vale. Voy a hacerlo.

Capítulo 19

Tonny

No podía dormir, y la culpa era de esa increíble cena. ¿Empacho?, ¡no!, diablos. Mi estómago estaba lleno, pero no iba a reventar y, aunque así fuera, ni loco iba a dejar salir de él nada de lo que había metido dentro. Soy un hombre grande y tengo que alimentar este cuerpo, pero tampoco me volvía loco comiendo, como me había pasado antes. No podía parar. Todo, absolutamente todo estaba increíble. No sabía que era un goloso hasta que no pude resistirme a comer dos porciones de ese estupendo arroz con leche. Uf, mañana tendría sesión doble en el gimnasio de la estación, solo para quemar toda la ingesta de esta noche. Pero lo mejor no había sido la comida, no, había sido ella. Me asombraba lo fácil que era charlar con María de cualquier cosa. Sabía mantener mi atención y cuando era yo el que hablaba, escuchaba como si realmente le interesara todo lo que salía de mi boca. Era inteligente, despierta, ingeniosa y la sonrisa no abandonaba su cara, como si se negara a que el pesimismo llegara a tocarla. Iba a ser difícil tenerla en casa y no intentar que las cosas avanzaran a mi favor. Al principio, he de reconocer, me llamó la atención lo bien que llenaba ese soso uniforme de enfermera. No lo voy a negar, tengo sangre italiana corriendo por mis venas y me tira un buen culo. Unas caderas con sus curvas, una delantera aceptable, un rostro bonito y estoy perdido. María tenía todo eso. Y a medida que la iba conociendo, más me gustaba y más convencido estaba de que tenía que conseguirla. El problema era su novio, o ex novio, o lo que fuera Noah en ese momento y, sobre todo, lo preparada que

estuviese María para meterse en una relación. No, ella aún no estaba lista, necesitaba tiempo. Tiempo para decidir qué iba a hacer con Noah, tiempo para sanar su corazón dañado, tiempo para sentirse de nuevo a salvo. Podía entender eso, respetaría su espacio mientras ella hacía su trabajo, pero maldita la gracia que me iba a hacer. Soy un hombre de acción, cuando la adrenalina corre por mis venas pierdo la calma y actúo, y soy de los que se mueve rápido, quizás demasiado, pero eso no puedo evitarlo, es deformación profesional. Si no me muevo a la velocidad del rayo, el fuego me alcanza.

En fin, al menos el insomnio me había servido de algo. Había trazado un plan en mi cabeza. Iba a estar allí para María, le daría el respaldo que necesitara y no la presionaría. No, nunca me ha gustado aprovecharme de la debilidad de otros. Y con María no quería tener la duda de si me elegía para curar sus heridas. No, quería ser elegido sin ninguna coacción, por mí mismo, por lo que valgo, no por aparecer en el momento adecuado. No soy ese tipo de oportunista.

Escuché la alarma del despertador sonar y como un resorte me precipité sobre el botón de apagado. No sabía cómo ni cuándo me había dormido, pero el caso es que al final lo había hecho. Normalmente me despierto uno o dos minutos antes de que suene la alarma, pero ese día no fue así. Me quedé quieto unos segundos, intentando descubrir pasos o cualquier otra pista de que había despertado a María, pero no escuché nada. Así que me levanté, me duché con rapidez, me vestí y bajé a desayunar. Eso de tener una cafetera que se programa es una bendición. Sobre todo para la gente que no le gusta perder el tiempo, como a mí. Me serví una taza y, al echar la leche, vi una fuente tapada en la nevera. No pude evitar sonreír. María. Ella decía que solía cocinar para dos días, porque no tenía mucho tiempo para hacerlo, pero le gustaba comer “rico”, aunque fuese recalentado. Y es lo que seguramente había hecho, había dejado comida o cena lista. No quise resistir la tentación de coger un poco y llevármelo a la estación, y no para dar envidia a los compañeros, sino para saborear lo que sabía a ciencia cierta que era una comida sabrosa. Evité esa “oscura” tentación y me terminé mi desayuno. Pero mientras lo hacía, mis pensamientos volvieron a

María otra vez y le escribí una nota. “Si me necesitas, estoy a una llamada. PD. Si no contesto, es que estoy con algo caliente entre manos. Tonny”.

Quitó la lona de encima de mi chica y activé la puerta del garaje. Suavemente la empujé y la arranqué fuera. Su ronroneo recorrió mi cuerpo como una caricia excitante y alcé la cabeza. Sí, sol, buena temperatura y mi Harley. Hoy iba a ser un buen día.

—¡Santa María madre de Dios!

El grito de Sandoval hizo que riera con más fuerza de lo deseado, sí, mi preciosidad solía causar esa impresión. Cada vez estaba más orgulloso de aquel maldito verano que trabajé con mi padre para poder conseguirla. No era gran cosa entonces, pero trabajé en ella muchas horas y dediqué todos mis ahorros de adolescente en embellecerla, y el resultado me hacía sentir más satisfecho de mi trabajo.

—¿De dónde has sacado esta belleza?

—Del garaje.

—¡Ja!, muy gracioso.

—Señores, despejen el camino de entrada.

La reprimenda salió no demasiado áspera de la boca del jefe, sobre todo porque estaba sonriendo mientras admiraba a mi pequeña. Sí, se sentía bien ser yo ese día. Y eso que no sabía lo que iba a pasar unas horas después.

Escuché el mensaje entrar en mi teléfono y sonreí al ver que era de María.

—“¿Ocupado?”

—“No. Limpiando botas.”

—“¿Puedes salir a la entrada de la estación? “

Alcé las cejas y me dirigía a la ventana para mirar al exterior. Parado en el camino de acceso estaba mi SUV. ¡Mierda!, tenía que llegar allí antes de que el jefe lo viera, no le gustaba que el camino

estuviese ocupado. Así que corrí como un poseso, bajo la atenta mirada de más de uno. Casi cuando llegué al coche, María salió con una sonrisa y me saludó con la mano.

—Siento haberme presentado así sin avisar, pero creo que me perdonarás.

—¿Qué te hace estar tan segura de eso?

Ella sonrió más, y caminó a la parte trasera del vehículo, así que la seguí. Vi cómo abría la portezuela y sacaba entre sus brazos la fuente que había visto esta mañana. Oh, sí, no solo iba a perdonarle por ponerme en un aprieto con el jefe, iba a ponerle un altar con velas.

—Me has traído el almuerzo.

—Ummm, no.

—¿No?

Me incliné y levanté la cubierta de papel de aluminio que cubría la fuente. Allí había algo de color marrón de aspecto gelatinoso. ¿Qué demonios podía ser?

- Después de prestarme tu coche, ¿cómo iba a dejarte salivando por mi flan?

¡Oh, mierda!, me había hecho su postre especial.

—Pero... es enorme.

—Pensé que podrías compartirlo con tus amiguitos del cole.

Alzó una ceja, con la mirada hacia mi espalda, donde encontré un montón de caras curiosas. Cuando volviera adentro les enseñaría un par de reglas de buena educación. Pero, por el momento, me contenté con recoger mi tesoro de los amorosos brazos de María.

—Piensas en todo.

—Lo intento.

—Mañana empiezas con los turnos de noche, ¿verdad?

—Si lo que quieres insinuar es que mañana haga yo la comida...

La vi alejarse y subir al coche. Me miró, sacudió su mano mientras se despedía y me sonrió. Aunque su sonrisa seguía sin ser radiante. A veces tenía ganas de volver a la clínica veterinaria y volver a golpear a ese gilipollas de Noah.

Cuando entré en la estación lo primero que encontré fue el gesto ceñudo del jefe.

—La próxima vez dile a tu chica que no puede aparcar en el camino de acceso.

—No es mi chica, todavía no.

Sandoval y Kowa fueron los únicos lo bastante cerca y bastante interesados como para oírlo, porque la atención del jefe estaba puesta sobre la fuente que llevaba en mis manos.

—¿Qué es eso?

—Flan de café.

Las cejas del jefe se levantaron con sorpresa, y sus ojos empezaron a chisporrotear.

—¿Te ha traído flan de café?

—Ajá.

—¿Casero?

—Prepárate a lamer hasta el plato, jefe.

Y no, María no jugaba cuando apostaba con esas cosas. Cuando repartí el postre entre mis compañeros, el silencio solo se interrumpió con pequeños gemiditos de placer. El jefe se acercó a la fuente del flan, apropiándose del último trozo que quedaba, con todo el descaro que no trató de ocultar.

—Puedes decirle a tu chica que aparque en el camino de acceso cuando quiera. Siempre y cuando te traiga cosas como esta.

—Se lo diré, jefe.

Él asintió y se encerró en su despacho. La puerta poco hizo para evitar que le escucháramos gemir y alabar a Dios.

—Mierda, Tonny. Si no te das prisa en reclamarla, no esperaré para cortejarla yo mismo. Esta chica es una joya. Guapa, dulce, enfermera... y cocina mejor que mi madre.

—Eh, si te veo intentar cualquier cosa con ella, te corto la...

—Vale, vale. Lo he entendido.

Sí, sabía que tenía que darme prisa, pero María aún no estaba lista, todavía no.

Capítulo 20

La verdad, viajando en mi propio coche, aunque no fuera mío, ir al trabajo se veía diferente. Liberarme del transporte urbano y sus horarios era algo a lo que no me importaría acostumbrarme. Sí, tenía que comprarme un coche.

El turno de noche era mucho más tranquilo que el de día, pero tampoco una se aburría. Cuando llegó mi hora de descanso, hice lo mismo que en los últimos días. Cogí mi termo de café y caminé hasta el fondo del pasillo. Allí estaba la unidad de cuidados intensivos de neonatales, allí estaba mi pequeña. No la había traído yo al mundo, no me encargaba de su cuidado, pero me reconfortaba el verla luchar cada día. Ella no se rendía, quería vivir y quedarse en este mundo. Y esa lucha me daba fuerzas porque en aquel momento necesitaba creer que la lucha merecía la pena, aunque fuera tan solo para levantarme cada mañana y mirarme al espejo y recordarme a mí misma que había muchas cosas por las que pelear en mi vida. Estupendo, estaba en la fase de depresión. Bueno, al menos avanzaba. El maldito duelo por la traición de Noah seguía su camino. Un día de estos lo aceptaría totalmente y me liberaría de esa carga.

—¿Otra vez aquí?

La dulce voz de la doctora Lettuce me hizo girar el rostro hacia ella.

—Sabes que no puedo pasar un día sin venir a verla.

Susan cogió el termo de mi lado y se sentó junto a mi asiento. Desde allí podíamos ver las incubadoras y las luces sobre ellas. Mi pequeña luchadora estaba en una de ellas.

—Lo está haciendo bien.

Vertió un poco de café en su taza casi vacía y se recostó en el

respaldo. Susan era una médico residente de último año. Se había especializado en neonatos, y era malditamente buena en ello. Estaba segura de que el hospital le haría una buena oferta para que se quedara con ellos.

—¿Su mamá ha venido a verla?

Susan asintió. Sabía por qué lo preguntaba. Tuve una charla muy dura con ella. Cuando su hermanito murió, su dolor la apartó de la pequeña. Le entendía, no quería encariñarse con ella por si también fallecía. Perder a uno era duro, perder a dos, sería mucho más difícil. Pero una tarde tomé aire, entré en la habitación, y le dije bien claro que su hija le necesitaba, que era mejor sufrir a su lado que lamentar el resto de su vida el haberla dejado luchar sola. Así que al final de mi “bronca”, la pobre mamá acabó llorando y yo salí de la habitación.

—No sé lo que esa boca tuya soltó, pero la pobre mujer se pasó toda la tarde llorando sobre la incubadora, pidiendo disculpas a su pequeña.

—¿Llegó a cogerla en sus brazos?

—¡Oh, sí! Estuvieron juntas unos hermosos diez minutos.

—Bien.

—La niña ha mejorado mucho desde entonces.

—Necesitaba sentir el amor de su mamá.

—No hay nada como sentir el palpitar de un corazón bajo una piel caliente para hacer que el tuyo propio coja fuerzas.

—Tú eres el médico, nadie sabe de esas cosas mejor que tú.

—¿Tú estás mejor?

—¿Todavía intentando arreglar mi corazón?

—Fuiste tú la que me contó tu historia con ese novio tuyo.

—Te aprovechaste de mi momento de debilidad.

—No, solo me acerqué a por un poco de ese café tan rico que haces. Del resto no puedes culparme.

No pude evitar sonreír. Ella no confesaría que su vena solidaria era más bien una arteria. Siempre intentaba arreglar todo lo que estuviera roto, y algo me decía que le intrigaban los corazones, grandes o pequeños.

—¿Crees que la enviarán pronto a casa?

—Me gustaría decirte que la semana que viene, pero todo depende de su evolución y del peso que adquiriera en estos días.

—Eso está bien.

—¿Serás tan mala que no volverás a traerme un poco de ese café cuando ella se vaya?

—Ummm, siempre puedes venir a la sala de descanso del otro lado del pasillo. Y tal vez, hasta te encuentres con una de las magdalenas de chocolate que a veces hago.

—Vas a obligarme a salir de mi reino, ¿verdad?

—Si quieres disfrutar de los pequeños pecados de la plebe...

—En fin, todo tiene un precio. ¿Cómo de buenas dices que son esas magdalenas?

Susan era única. Cuando estaba con ella no notaba la falta de Jane.

Cuando el turno terminó, recogí mis cosas y salí caminando con calma. Eso de no estar pendiente del horario de autobuses me daba una tranquilidad que podía llegar a ser peligrosa. Bueno, al menos no tendría que evitar quedarme dormida en la parada, o en el bus. El SUV de Tonny me había dado aquella paz, aquel tiempo que no había notado que necesitaba. Cuando alcé la mirada hacia el aparcamiento mi corazón dio un salto. No, era imposible, él no podía estar allí, de pie frente a mí. Mi corazón se sobresaltó, pero no se detuvo, aunque sí lo hicieron mis pulmones, porque no me di cuenta de que había dejado de respirar. Él estaba allí, Noah.

Capítulo 21

—Tenemos que hablar, María.

—¿Sobre qué? —No podía mirarle a la cara, no podía. Así que centré toda mi atención en rebuscar las llaves del auto en mi enorme e interminable bolso.

—Sobre nosotros.

—Quedó bastante claro que ya no hay un “nosotros”, sino un “Jane y Noah”.

—Está bien, me equivoqué, lo reconozco. Pasó lo que pasó, no voy a negarlo. Si estoy aquí, es porque quiero tu perdón.

—¿Mi perdón?

—Necesito que me perdones. Sé que soy un imbécil y que no me lo merezco, pero te lo suplico, perdóname.

Inspiré y solté el aire profundamente. Sí, era un imbécil, había caído bajo los sexys pies de Jane, y no se lo reprochaba, ella era más que bonita, era malditamente caliente. Y tenía que reconocerlo, era más del tipo de Noah, ellos dos pegaban más.

—De acuerdo. Te perdono.

—¿En serio? Oh, María. No sabes lo feliz que me hace escuchar eso.

Noah se acercó a mí, con toda la intención de abrazarme, con aquella sonrisa que me hacía flaquear las rodillas hasta no hacía mucho, pero esta vez no. Me aparté con rapidez y le detuve con mi mano.

—No. No me toques.

—Pero... —¿Y se atrevía a poner cara de confusión? ¿En serio esperaba un borrón y cuenta nueva? Puedo tener un corazón blando, pero, maldita sea, tengo sangre latina en mis venas, y las traiciones se

pagan. Y yo no me vendía tan barata.

—¿Querías mi perdón? Lo tienes. Ya puedes irte.

—Pero... yo pensé...

—¿Qué volvería contigo? Pues no, te equivocaste. —Por arte de magia, las llaves del auto toparon con mis dedos y caminé hacia la puerta del conductor.

—María, espera... Te quiero.

—Si tu forma de decírmelo es metiendo tu “cosita” en el “agujero” de mi compañera de piso, entonces no me quieras tanto. —Abrí la puerta y empecé a sentarme en el asiento. Antes de que pudiese cerrar, Noah sostuvo la puerta para que no lo hiciera.

—María, Jane fue solo un error.

—Y tú fuiste el mío. Fin de la historia.

—No voy a rendirme, quiero lo nuestro de vuelta.

—Para eso hacen falta dos, y no cuentas conmigo. —Los nudillos de Noah se pusieron blancos alrededor de la puerta, y su cara cambió a una expresión que no le había visto antes. Dura, enfurecida y ... venenosa.

—Es por el hermano de Jane, ¿verdad?

—¿Qué?

—Sí, es por él. Ese cabrón se ha metido en medio y ha aprovechado el momento para ocupar mi sitio.

—¿De qué estás hablando?

—He visto cómo te mira. Desde el primer día supe que te quería para él, y no ha parado hasta conseguirlo.

—No culpes a otros de tus errores.

Y, con un fuerte tirón, arranqué la puerta de sus manos y cerré con fuerza. Arranqué el coche y salí del aparcamiento, pero no pude evitar mirar por el espejo retrovisor. Noah estaba allí quieto, mirándome, y en su rostro no había nada de la dulzura que una vez me encandiló. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo. No, aquel no era el Noah que conocía. Lo que vi en sus ojos no era dolor, no era amargura, no era sufrimiento, era odio y algo más. Y entonces supe lo que había hecho temblar a todo mi cuerpo, era miedo.

Conduje como un zombi hasta casa y estacioné el SUV en el

camino de entrada. Apagué el motor, pero no me moví. Sabía que no estaba viendo nada más que el salpicadero, pero no podía apartar la mirada de allí. El Noah que yo conocía intentaba conseguir lo que quería con encanto, con adulación, con zalamerías. Pero ese Noah era un desconocido. Quería recuperar lo que tenía y había centrado su ira en Tonny. ¿De verdad estaba tan desesperado como para traspasar los límites? ¿Qué iba a hacer? ¿Tenía que avisar a Tonny? Un par de golpes en el cristal me sobresaltaron y, al mirar al otro lado de la ventanilla, la sonrisa de Tonny me recibió. Tenía el pelo mojado, y los auriculares aún estaban en sus oídos. La camiseta estaba casi empapada, pegándose a su piel con reveladora precisión. Estaba claro que acababa de llegar de su carrera matutina, pero su sexy cuerpo sudoroso no era suficiente para alejarme de mis preocupaciones y él lo notó. Cuando me abrió la puerta, tiró de sus auriculares al tiempo que su sonrisa desaparecía y me preguntaba.

—¿Qué ha pasado?

Capítulo 22

Tonny

Odiaba dejar a María sola, pero teníamos que cumplir con nuestros respectivos trabajos. Ella regresó a su turno de noche el viernes, y yo tenía mi turno de 24 horas el sábado.

Intenté quitarle importancia a su preocupación por Noah, aunque no debí conseguirlo. Ella seguía algo abatida cuando le vi irse al hospital el viernes. Tenía tantas ganas de golpear a ese hijo de puta, que soñé que lo metía en una jaula de esas de la UFC y lo machacaba hasta convertirlo en una masa de carne sanguinolenta. Pero salvo cuidar de María, no podía hacer nada. No era nada más que su amigo, aún, y tampoco podía empujar para convertirme en algo más. María no estaba preparada para ello, aún no. Tenía que darle tiempo de curar sus heridas y, después, haría mi movimiento. Y tenía buenas vibraciones al respecto. Ella estaba preocupada por mí. Se había enfrentado a Noah y, en vez de centrarse en su propio dolor, estaba preocupada por lo que el cretino de Noah tenía en mente para mí. ¡Ja!, que intente lo que quiera, y si hay puños en el menú, pues mejor. Pero hasta que ese día llegara, necesitaba descargar toda la tensión que llevaba dentro. Así que allí estaba, golpeando un pesado saco de arena mientras Kowa lo sostenía para mí y Sandoval orbitaba a nuestro alrededor.

—Tienes que parar, Tonny. Si tenemos que salir a un aviso estarás demasiado cansado para rendir al 100%.

—Solo un par de golpes más.

Lancé mis puños contra el saco, imaginando la cara del cretino al

hacerlo.

—¿Tu chica pasará hoy por aquí?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque es la única cosa que se me ocurre. Tienes que quemar calorías y hacer sitio para la sorpresa que nos va a traer.

—No, no va a venir. Después del turno de noche dormiré un poco y después de comer se acercará al centro social.

—¿Por eso no haces otra cosa que mirar tu teléfono? ¿Para ver si se ha despertado y te manda un mensaje?

—Eres un cotilla, Sandoval. Tienes que aprender de Kowa.

—¿Yo?

—¿De mí?

—Kowa solo habla cuando es necesario. No tiene incontinencia verbal como tú.

—Eso es porque no tienen nada interesante que decir. ¿A que sí?

—Hablar está sobrevalorado.

—¿Lo ves? Kowa es aburrido.

—Soy un hombre de acción, actúo, no necesito hablar.

Alcé la ceja y miré directamente a Sandoval.

—Es un hombre sabio, es lo que veo.

Kowa sonrió y cogió los guantes para quitarlos de mis manos. Noté mi teléfono vibrar en mis pantalones, lo saqué y leí el mensaje que acababa de llegar. No pude evitar sonreír, porque era de quien era y por lo que decía.

—“Rita te manda un besote”.

—“Dile que pasará por allí mi próximo sábado libre”.

—“Se lo diré”.

—¿Es de tu no-chica?

—¿Ves cómo eres un cotilla, Sandoval?

—Ya, lo que sea, pero pregúntale cuándo va a volver a traernos otro flan de café como el del miércoles.

—Mándale recuerdos de nuestra parte.

—¿Lo ves?, Kowa es más sutil.

—Eso, tú siempre dejándome mal.

—“Los chicos te mandan recuerdos”.

—“Te dejo. Hermanos Alvarado en acción”.

No pude evitar reír, aquellos diablillos agotaban a cualquiera. Así que guardé el teléfono y me dirigí a mi taquilla, necesitaba un cambio de camiseta, ¡ya!,apestaba a sudor.

La sirena de aviso entrante resonó por todo el cuartel, y con mecánica precisión, todos los miembros de la estación ocuparon sus puestos en los camiones. Subí al camión antes que Sandoval y no es porque lo tuviésemos así ensayado, era porque no podía esperar a ser el último, necesitaba acción, y la iba a tener. La mirada fija de Sandoval me confundió, pero su agarre en mi chaqueta me puso los nervios de punta.

—Es el centro social, Tonny, está ardiendo.

Tuve que luchar con el miedo. Por primera vez en mi trabajo, estaba asustado, porque María estaba allí.

Capítulo 23

Abrí la puerta en el momento que sentí las ruedas del camión detenerse y salté al asfalto. Mi cabeza giraba en todas direcciones, no estudiando la situación, sino buscándola a ella. Había demasiada gente. Algunos los reconocía de mis anteriores visitas al centro, otros se mantenían alejados y expectantes, simples curiosos. Y entonces la vi. Caminaba lejos de la entrada, arrastrando una cuerda y, aferrados a ella, los niños de la guardería. Suspiré aliviado, gracias a Dios habían recordado los juegos que les enseñé.

— ¡María! —Ella no me oía, su atención estaba en llevar a los niños a un lugar seguro, donde alguien se unió a ella. Corrí como un loco a su lado y la cogí por el hombro, haciéndola girar hacia mí.

—María. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no era solo por el humo.

—Rita, está dentro.

—De acuerdo, la sacaremos. ¿Dónde estaba la última vez?

—Ella... algo cayó del techo... su pierna... no podía andar... me hizo sacar a los niños.

—Céntrate, ¿dónde cayó?

—Junto a la puerta del baño de los niños.

—Bien, estoy en ello. —Giré mi cabeza y localicé al jefe, impartiendo órdenes a solo diez metros de mí—. ¡Jefe! Civil herido en el interior. Tengo localización.

Le vi asentir y hacer las indicaciones para que actuara, así que hice señas a Sandoval y Kowa, quienes estuvieron a mi lado en segundos.

—Conmigo. Civil herido en planta baja. Tengo su localización.

—Estamos detrás. —Cogí a María de nuevo por los hombros y le obligué a mirarme.

—Vamos a sacarla.

Ella asintió de forma mecánica, pero no pudo decir nada más. Aunque no hizo falta, tenía escrito en toda su cara “ten cuidado”. Así que me dirigí hacia la entrada y... ¡mierda!, no podía entrar allí, todavía no. Me giré y volví sobre mis pasos mientras sacaba el casco de mi cabeza, llegué hasta María, la aferré por la nuca y arrasé su boca con el beso que había deseado darle desde... bueno, eso no importaba. Lo interrumpí antes de lo que quería, pero ya me había desviado lo suficiente por ese día. Me coloqué el casco y me volví hacia la puerta del infierno. Ese era mi trabajo, entrar a los lugares de los que el resto huía.

Sandoval y Kowa estaban esperándome en la entrada y, aunque los cascos cubrían mucha parte de su cara, la expresión sorprendida de Sandoval y la risueña de Kowa eran imposibles de ocultar. Les di una palmada en el hombro y entramos allí dentro.

Caminé con la rapidez y destreza de quien conoce el terreno y su trabajo. No tardamos en encontrar a Rita, un poco antes del lugar que María me dijo. La pierna no tenía buena pinta, pero la mujer no se había rendido. Se había arrastrado hacia la salida, intentando salir por sus medios de aquel lugar. El humo era bastante denso y las llamas estaban lo suficientemente cerca como para actuar con rapidez.

—Sandoval, ayúdame a cargarla. —Un crujido sonó sobre nuestras cabezas, y el techo cedió a nuestro lado. Noté el golpe en mi hombro, casi derribándome.

— ¿Estás bien? —Noté la mano de Kowa ayudándome a levantarme.

—Sí. Ábrenos camino.

Kowa asintió y puso su hacha a trabajar. Podías reírte de su nombre, de sus ojos rasgados y de su baja estatura, pero Kowa era el puñetero ninja de las hachas. Si fuera rubio sería la reencarnación de un maldito vikingo, pero con su aspecto asiático, ponle un bigote largo y un casco, y era el mismísimo Gengis Kan.

Noté el hombro arder al pasar el brazo de Rita por detrás de mi cuello, pero eso no importaba. Sandoval ocupó su lugar al otro lado y

entre los dos nos repartimos el peso de la mujer inconsciente. Como una máquina bien engrasada, avanzamos al mismo paso, siguiendo el camino que Kowa nos estaba abriendo.

Cuando dejamos las llamas atrás, cuando mis pies tocaron el asfalto, sentí el contraste del aire más fresco del exterior. Arrastramos a Rita hasta la ambulancia de los paramédicos y esperé hasta que la oí toser mientras la mascarilla de oxígeno era colocada en su cara. Escuché la orden y los chorros del agua salir disparados hacia el edificio, y noté una ligera presión junto a mi muslo izquierdo. Cuando bajé la vista vi el asustado cuerpo de María intentando acercarse a la camilla.

—Nos la llevamos al hospital General.

—Ella va con vosotros.

Aferré la mano de María para ayudarle a subir a la ambulancia y luego me quedé allí, mirando cómo se iban hasta que un golpe seco en mi hombro me hizo retorcerme de dolor.

—¡Mierda!, ¡sanitario!, tenemos un bombero herido aquí.

Capítulo 24

Me había besado, Tonny me había besado. Y luego se metió allí dentro para sacar a Rita. Y allí estaba yo, en una sala de espera, con un café asqueroso y frío en las manos, mirando el hollín en mis dedos mientras lo sostenía. Intentando comprender lo que pasaba por mi cabeza en aquel momento. Tonny me había besado, y cuando lo hizo, el resto del mundo dejó de existir. Tenía la cabeza hecha un lío, y a punto de estallar de un momento a otro. Él me había besado, lo que significaba que Noah tenía razón. Pero Tonny nunca me dijo nada, o ni si quiera lo insinuó. Se había comportado como un chico recién llegado a la ciudad, ansioso de hacer amigos y dispuesto a ayudar cuando alguien lo necesitaba. Y yo, sin saber qué hacer o decir cuando volviese a verlo, porque tenía el corazón en un puño, por culpa de la mujer cuyas noticias esperaba en esa angustiada sala de espera. No tenía que pensar en nada más que en Rita, en su estado, eso era, ¡sí! Uf, tomé una profunda inspiración e intenté centrar mis pensamientos por millonésima vez.

—¿María? —Alcé la cabeza y allí estaba Teresa, la sobrina de Rita.

—Oh, Teresa.

—¿Se sabe algo?

—No, aún no.

La muchacha no debía de ser mucho mayor que yo, pero sus ojos tenían esa misma expresión de un niño perdido en un centro comercial. Grandes, asustados y al borde de las lágrimas. Le cogí las manos cuando se sentó a mi lado, intentando calmarla a ella y a mí al mismo tiempo. Permanecimos allí otros veinte minutos más, hasta que alguien entró en la sala de espera.

—¿Familiares de Margarita Arenal?

—Aquí. —Teresa se levantó como un resorte, arrastrándome hacia arriba junto a ella.

—Margarita está despierta y estable. Tiene una fractura en la pierna izquierda, que hemos enyesado. Inhaló bastante humo por lo que pasará esta noche en observación.

—¿Podemos pasar a verla?

—Por supuesto, una enfermera les indicará el lugar.

Atravesamos las salas hasta llegar a la cama en la que descansaba Rita. Bueno, descansar. Lo que podía hacer una mujer de 50 años con una pierna enyesada desde el tobillo hasta casi la ingle, con una mascarilla enchufada a una ruidosa máquina de oxígeno, en el pequeño e incómodo colchón de una cama de hospital. No, descansar sería imposible.

—Tía Rita, ¿cómo estás?

—En la gloria, ¿tú qué crees?

—Sí, lo sé, es obvio cómo te encuentras, tía Rita.

—¿Y qué haces tú todavía aquí?

—Quería ver cómo te encontrabas antes de irme.

—Pues ya me has visto, estoy bien. Bueno, lo estaré en unos minutos, en cuanto el sedante que me han dado me mande a dormir durante 5 o 6 horas.

—Sí, estás bien. Si puedes protestar con esa energía, seguro que te mandan a casa pronto.

—Pues eso, Teresa, cariño, yo dormiré por unas horas, así que es tontería que te quedes conmigo esta noche. Pero puedes acercarte a María a su casa. Tiene cara de necesitar dormir tanto o más que yo.

—No te preocupes por mí, dormiré todo lo que necesite mañana, umm, bueno, según mi reloj, será hoy.

—¿Lo ves? Tere, llévatela ahora mismo y después te pasas a recogerme por la mañana.

—A sus órdenes, mi sargento.

Rita comenzó a bostezar y Teresa aprovechó para besarle antes de dejarme hacerlo a mí.

—Bueno, bueno, dejáros de abrazos y besos, e iros a dormir.

Creo que antes de que saliéramos de la sala, Rita ya estaba

dormida.

—¿Podrías llevarme al centro social?, dejé el coche aparcado allí.

—Pues claro.

Cuando llegué a casa eran las 6 de la mañana. Di gracias por haber tenido la lucidez de haber cambiado el turno de noche por uno en la tarde ese día. A veces la cabeza me funcionaba. Aunque sabía que tendría que compensar a mi compañera con otro turno no me importaba. Después del incendio, no tenía cuerpo para ir a trabajar esa noche, aunque físicamente fuera apta para hacerlo.

La moto de Tonny no estaba en el garaje, algo normal, pues su turno terminaba a las 8 de la mañana. ¿Sería su trabajo siempre así? Seguramente. Uno no se para a pensar en lo peligroso que es el trabajo de un bombero, hasta que lo ve con sus propios ojos. Subí a mi habitación y me metí en la ducha. Tenía que quitarme aquel olor a humo que había penetrado en cada poro de mi piel. Cuando salí, estaba segura de que tenía la piel roja de tanto frotar y, aun así, seguía teniendo ese olor metido en mi nariz. Cogí la ropa y la bajé al cuarto de la lavadora. Tenía que ponerla a lavar antes de que fuese imposible recuperarla. Cuando salí de allí, vi una figura conocida apoyada en la isleta de la cocina. Llevaba tan solo unos pantalones de pijama, dejando una musculosa espalda a la vista. La había visto de infinitas maneras antes, pero aquella vez hizo que mi estómago flotara. ¿Qué iba a decirle? Había salvado a Rita, era mi héroe, y me había besado. Pero, ¿por qué tenía la sensación de que Noah nos estaba mirando? Podía escuchar su voz susurrando en mi oído, “te dije que lo sabía”.

Capítulo 25

Antes de que mi mente supiera qué hacer, mi cuerpo se acercó a Tony. Mi cabeza se inclinó hacia él y dejé que mi frente tocara la piel de su espalda. Noté cuando se tensó por mi contacto, pero no se retiró, no se giró, tan solo escuchó.

—No sé qué decir... solo, gracias. —Sentí como vaciaba el aire de sus pulmones.

—Es mi trabajo.

—Lo es, aun así, gracias.

—¿Tú estás bien?

Noté cómo se giraba, pero me negué a mirarle a la cara. Aunque ver su ombligo tan de cerca, tampoco estaba ayudando mucho. ¿Por qué tenía que tener un ombligo tan sexy? Y sus manos, ¿por qué me sostenían por los hombros con tanta delicadeza?

—Estaba tan asustada...

—Es normal. —Sus brazos y su cuerpo me envolvieron como una manta cálida. Hasta ese momento, no me di cuenta de que estaba temblando.

—¿Cómo lo haces? —Sus dedos se apoyaron en mi barbilla y me obligaron a mirarle a los ojos.

—¿El qué? ¿Rescatar a gente de entre las llamas?

—No, hacer que parezca fácil.

—Es que lo es. —No pude evitar reír. ¿Por qué tenía que ser tan perfecto?

—Bien, hombre de acero, tú... ¡Oh, Dios mío! Tu hombro.

Tuve que apartarme para verlo mejor. Un enorme apósito sanitario cubría la parte exterior de su hombro, y aun con su tamaño no cubría el enorme morado que se había formado allí. Entonces miré lo que

había sobre la mesa, un vaso de agua y un bote con pastillas. Se había hecho daño. Rescatar a Rita había sido la causa de aquello.

—No es tanto como parece.

—Soy enfermera, Tonny, puedes engañar a otro, pero no a mí.

Soltó un pesado suspiro y asintió con la cabeza.

—Me hicieron radiografías, estará bien en un par de días. Solo fue un golpe fuerte.

—¿Por eso estás tan pronto en casa? Te mandaron a descansar.

No había mirado el reloj hasta entonces, pero marcaba que aún no eran las siete de la mañana. Sí, el golpe debía haber sido duro. Radiografías, calmantes, y derecho a casa.

—Yo... quería hablar contigo.

—Ahora tenemos que dormir un poco, y tú lo necesitas más que yo.

—Está bien. Pero después... tenemos que aclarar algunas cosas.

Le acompañé a su habitación y le arropé como si fuera un niño pequeño. Sí, hablaríamos, pero cuando él se despertara, no me encontraría allí, porque estaría trabajando y, sobre todo, porque tenía que aclararme yo misma sobre lo que sentía, porque estaba segura de que aquel increíble beso era sobre lo que Tonny quería hablar. ¿Se enfadaría?, seguramente. Pero le dejaría una nota explicándole mi cambio de turno. Y le dejaría el coche, porque con el brazo en aquellas condiciones desplazarse en moto sería doloroso y no quería discutir con él porque insistiría en que me lo llevara. Y como discutir con Tonny era algo que quería evitar, sobre todo porque no cedería hasta ganar, simplemente tomaba yo la decisión.

Capítulo 26

—“Evitarme no hará que escapes de nuestra charla pendiente”.

Genial. Ahora sabía que Tonny se había despertado y que se había dado cuenta de que no estaba en casa. Y, sobre todo, que aún seguía determinado a tener esa charla. Bueno, al menos tenía unas cuantas horas antes de verlo. Tenía que pensar, así que fui al único lugar donde podía hacerlo.

—No te esperaba esta tarde. —Susan caminó a mi lado, sujetando un historial médico en su brazo.

—Sí, cambié mi turno.

—Tienes mala cara, ¿has dormido mal?

Y ahí empecé a soltar toda la historia del incendio, de Tonny, de mis dudas y luego llegó la historia de Noah y Jane... y sin darme cuenta había vaciado mi alma sobre otra persona. Cuando terminé, Susan se quedó pensativa unos segundos, como analizando toda aquella información.

—¡Wow!, y yo creía que yo tenía un problema gordo. Lo tuyo me supera por... ¡uf!, no sé con qué compararlo.

—A veces ni yo misma sé cómo sigo cuerda.

—Eres más fuerte de lo que crees y estoy segura que no te dejas asustar con facilidad. Eres de las que pelea hasta el final del partido, no te rindes.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé.

—Cuando tú lo dices hasta puedo llegar a creérmelo.

—Me das más mérito del que tengo. Ah, y hablando de lo súper fantástica que soy, ¿quieres que te acerque luego a casa?, terminamos el turno a la misma hora y creo recordar algo de que habías venido en

bus.

—¿Lo harás?

—Claro, sin ningún problema.

—Pero es domingo por la noche, no tienes un...

—¿Novio ibas a decir?

—Bueno, o algo así.

—Ya digas novio, chico, amante, amigo, acompañante, colega, compañero, plan y un largo etc. de posiciones en las que un hombre puede estar con respecto a una mujer, la respuesta es no. No tengo nada de eso esperándome y ese es mi problema.

—Pero tú eres...

—Sí, lo sé. Guapa, inteligente y todo lo que puedas decirle a alguien para no hacerle daño cuando le dejas.

—Lo siento.

—No es tu culpa. Y tampoco la mía, aunque a mi madre no le entre en la cabeza comprenderlo. Pero hace tiempo que asumí que mi trabajo es mi mayor prioridad, y a ningún hombre le gusta ser el segundo en el corazón de una mujer.

—Eres buena en tu trabajo. Eso no es malo.

—Pues claro que no. Pero no nos centremos en mí. ¿Me dejarás llevarte a casa?

—Claro.

—Bien.

—¿Por qué quieres hacerlo?

—Porque has hecho que mi vida no sea tan mala, porque necesito acabar el día con una buena acción, porque me gustaría que fuésemos amigas. No sé, escoge lo que más te apetezca.

—Tienes un sentido del humor muy raro.

—Lo sé. Es mi sino. Lista y con un sentido del humor muy negro. El repelente natural para los hombres.

—Eres imposible. Pero me caes bien.

—Sssshhhh, no lo digas muy alto. Alguien puede estar escuchando.

Dejé a Susan con una sonrisa en la cara y la tranquilidad de que no se me haría tarde cuando regresara a casa. Sí, el día parecía que se

estaba arreglando.

Susan me esperaba junto al ascensor cuando nuestro turno terminó.

—¿Lista para ir a casa?

Pensar en Tonny hizo que mi estómago se apretara. No, no estaba lista, pero lo afrontaría, aunque... vi las pastillas que estaba tomando, con un poco de suerte, lo tendría medio dormido o rendido del todo para cuando llegara. Bueno, eso pensaba hasta que las puertas del ascensor se abrieron y, parado contra la pared del fondo, encontré al sujeto de mis pensamientos.

Capítulo 27

Tonny

—¿Qué...?

—No te llevaste el coche.

—Si tenías que salir para algo, tu hombro agradecería ir en coche en vez de en moto.

Incliné la cabeza y asentí. María era así, siempre pensando en los demás, no en ella misma. Su corazón no era de oro, era un diamante rojo de 3 kilos. No merecía el daño que ese gilipollas de veterinario le había hecho, no merecía el desprecio que le había hecho su mejor amiga. Ella tenía que tener a su lado un hombre que la cuidara, que la protegiera, que la mimara y que adorara cada parte de ella como se merecía. Como amigo, las dos primeras podía llevarlas a cabo, incluso la tercera, pero necesitaba ser el único que le diera todas, y mucho más. Tenía que hablar con ella, dejar claro que estaba allí para ella, y que el beso del otro día... quizás fue inesperado, prematuro... pero no me arrepentía de haberlo hecho. Ese increíble beso me había mantenido en más sueños que las malditas pastillas para el dolor que estaba tomando. Noté una ligera sacudida en mi cabeza y levanté mi vaso de café de nuevo hacia la boca. Era el tercero, y el dolor en el hombro me recordaba que solo había tomado media dosis para el dolor, así que no tenía mucho tiempo antes de volver a tener que meterme en la cama, doparme hasta las orejas y dormir como un oso durante el invierno.

—Vamos, te llevaré a casa. —Mi pie pareció atascarse en algún sitio y di un pequeño traspies.

—Eh, tranquilo, hombre de acero. —La amiga de María se acercó a mí mientras era sostenido por ella y María por ambos brazos. Levantó uno de mis párpados y estudió mi pupila.

—No estás en condiciones de conducir. Y no quiero pensar en cómo has llegado hasta aquí, pero no te recomendaría que volvieras a ponerte detrás de un volante.

—Yo conduciré. —Asentí y le tendí las llaves a María. Apuré lo que me quedaba de café y noté cómo el vaso era retirado de mi agarre.

—Mételo en la cama y que duerma. Y usted, señor bombero, me sorprende que no pensara en la seguridad del resto de la gente en la carretera.

No, no había pensado en eso, solo tenía en mente que María necesitaba estar fuera de la calle a esas horas de la noche y que yo tenía que protegerla.

Caminé con el brazo sobre los hombros de María y juntos salimos por las puertas correderas de la entrada del hospital. Sentí cómo sus pasos se detuvieron bruscamente y cómo sus hombros se tensaban. Al alzar la mirada supe por qué: el gilipollas estaba allí, con las manos dentro de sus pantalones de diseño y esa expresión de asesino dirigida hacia mí.

María

No, ahora no. Pensé. De entre todos los momentos, Noah tuvo que escoger ese para presentarse allí. No, cuando estábamos saliendo. Nunca se había presentado a recogerme un domingo por la noche sin antes haber quedado. Y ahora, el idiota tenía que presentarse allí, seguramente para volver a tener la misma conversación de la última vez. Tiré de nuevo del cuerpo de Tonny, agarrándole fuerte por la cintura, y busqué el conocido todo terreno

para meterlo en él.

—No tengo tiempo ni ganas para esto, Noah.

—Te dije que no me rendiría.

—Presentarte sin avisar no va a hacer que vuelva contigo.

Localicé el coche y caminé lo más deprisa que me permitía el peso de Tonny. Él no protestó, no dijo nada, solo caminó a mi lado. Abrí la puerta con el mando a distancia, aunque Noah fue más rápido y me impidió abrirla. Pero yo tenía un objetivo, sacar a Tonny de en medio. Estaba herido, estaba casi noqueado por las pastillas y había demostrado que su instinto de protección quedaba anulado cuando se trataba de mí, así que tenía que mantenerle a salvo de Noah. Solo le había visto enfadado una vez, y una pobre mesa de café pagó el pato. Pero esta vez su cara parecía estar mucho más tensa, me daba miedo lo que fuera a hacer.

—Al final tenía razón, él se ha metido en medio. Te lo dije.

—Tonny no se ha metido en medio de nada.

—Quiere meterse en tu cama, María, lo lleva escrito en la cara.

Los dos miramos el rostro desorientado de Tonny. Yo sabía que, si no le metía rápido en el coche, su batalla contra la gravedad tendría que librarla yo sola, y Tonny tenía un cuerpo muy grande con el que pelear. Así que abrí la puerta de un tirón y le llevé hasta el asiento. Noté los brazos de Tonny aferrarse a mí, intentando no dejarme ir. Podía estar aturdido, pero sabía que estaba intentando deshacerme de él.

—Deja que me encargue de él.

—No. Es mi asunto y soy yo la que va a solucionarlo. —Le miré a los ojos y Tonny asintió. Me dejaría llevarlo como yo quería, podía darme eso. Aflojó su tenaza y me dejó cerrar la puerta, aunque no del todo. Si había problemas, él estaría allí.

Caminé unos pasos alrededor del vehículo y me detuve cuando noté la mano de Noah cogirme por el codo. Sacudí su agarre con brusquedad, al tiempo que miraba al interior del coche haciéndole ver a Tonny que lo tenía controlado.

—Te dije que no me tocas.

—Solo quiero que me escuches, y si te vas no lo harás.

—Bien, te escucho. —Mis brazos se cruzaron sobre mi pecho, dándome esa escasa seguridad.

—Dime qué debo hacer para recuperarte.

—Destruiste mi confianza en ti, Noah. Y me hiciste daño, mucho daño.

—Dijiste que me perdonabas.

—Sí, puedo perdonarte, pero no olvido. Todo de ti me recuerda tu traición. Tus manos la tocaron, tus labios la besaron, tu...

—¡Cuántas veces tengo que repetirte que fue un error, que me arrepiento!

—Ninguna más, Noah. Te estoy pidiendo que me dejes.

—No puedo, María.

—Noah, eres veterinario. ¿Qué ocurre cuando un perro se revuelve contra su dueño y le muerde?

—Se... se le sacrifica.

—Yo no te deseo ningún mal, Noah, pero tampoco te quiero cerca de mí. Así que vete.

—María...

—Es mi última palabra.

Noah inclinó la cabeza y se dio la vuelta. Sabía que había perdido. Pero antes de irse, levantó la mirada hacia el lugar donde estaba Tonny. Había una promesa allí, y no era buena.

Capítulo 28

Tonny levantó la cabeza de la cama en la que acababa de tumbarle. No, él no era de los que se rendía. Su cuerpo estaba luchando contra la inconsciencia desde hacía un buen rato, pero sabía que no tenía mucho tiempo más, porque se aferraba a mí con fuerza.

—Tenemos que hablar.

—Pero ahora no, tienes que dormir un poco.

—Volverás a irte.

—No, no lo haré. Te lo prometo.

—Vale.

Y así, sin más, el cuerpo de Tonny se rindió. Le quité los zapatos, los pantalones, los calcetines y desistí de hacerlo también con la camiseta. Esa parte era la más complicada y su enorme cuerpo no colaboraba en absoluto. Eso, sumado al cansancio del trabajo, sumado a la pelea con el resto de su ropa, me convencieron de que así era suficiente. Lo arrojé con la colcha y me fui a mi cuarto. No tenía fuerzas ni para una ducha, así que me quité el uniforme y caí sobre la almohada como una piedra. *Plaf*.

Sueños, ¡oh benditos sueños! Llegaron repletos del cuerpo caliente de un bombero dulce y testarudo. Había estado tan cansada física y mentalmente que no había siquiera reparado en la calidad de la carne que estaba descubriendo. Conocía su pecho, y ahora también aquellas piernas fuertes y bien proporcionadas. Largas, largas piernas con ese vello oscuro desperdigado sobre ellas. Poco, pero bien puesto. Tonny tenía el pelo justo en los lugares apropiados, como esa flecha que se extendía sobre sus pectorales y después descendía para perderse debajo de sus pantalones y ... ¡Oh!, mierda, tenía que dejar de pensar en esas cosas porque... ¿Porque qué? Tonny

había demostrado claramente que quería algo conmigo, me había besado, y ¡qué beso! Además, Noah era ya pasado. ¿Por qué no iba a poder soñar con todas las “posibilidades” que me ofrecía el mañana? ¿Demasiado pronto? Tal vez. ¿Miedo al dolor si me volvía a equivocar? Bueno, colocarse un hombro después de una luxación también es doloroso, pero nadie iba por ahí con el brazo colgando de por vida. De acuerdo, me iba a arriesgar, Tonny lo merecía y, sobre todo, yo lo merecía.

Tonny

Sentí el dolor hormigüear por mi hombro y tuve que reacomodarme. Abrí los ojos y vi la luz filtrarse por las cortinas, un nuevo día y estaba otra vez donde el principio. En mi cama, solo y sin aclarar esta maldita situación. María, ella se había vuelto a escapar entre mis dedos, pero... ¡oh, Dios mío!, ese olor... Mi nariz estaba descubriendo en el aire el delicioso aroma que solo María era capaz de crear para el desayuno. Sí, podía oírla abajo en la cocina. Me levanté y descubrí que tenía una camiseta puesta. Yo no duermo con camiseta, no desde que me mudé a este clima tan sofocante. Odio la ropa en la cama. Sí, bueno, los bóxer mantienen las sábanas limpias más tiempo, pero es mi única concesión. Tiré con mi mano “buena” por detrás de mi cuello y arrastré la camiseta fuera de mi cuerpo. Con rapidez, o con la rapidez que podía sin que doliese mi hombro, me metí en unos pantalones y bajé las escaleras. Esta vez no se iba a ir sin aclarar un par de cosas.

Cuando me detuve en el marco de la puerta, ella alzó los ojos, me miró y me dio una pequeña sonrisa.

—¿Zumo?

—Sí, por favor.

Se acercó a la jarra y me sirvió un gran vaso mientras yo me

sentaba a su lado en la barra de la cocina. Antes de que me diera cuenta, un plato enorme estaba bajo mi nariz, haciendo que mis entrañas rugieran con fuerza.

—Hay hambre.

—Estoy famélico.

—Entonces come.

Y lo hice, metí toda aquella deliciosa comida dentro de mi necesitado cuerpo, y luego me preparé.

—Tenemos...

—Que hablar, lo sé.

—Eh... Yo, siento lo del otro día, pero... tuve que hacerlo, necesitaba hacerlo.

—De acuerdo. Puedo entenderlo.

—No quiero ser solo tu amigo, María, necesito más. Pero comprendo que tú no estás preparada para ello. Lo de Noah es muy reciente y no fue agradable, y de todos modos no sé si yo soy lo que buscarías en....

—Sí.

—... un chico, pero estoy... ¡espera! ¿Has dicho que sí?

—Sí.

—Entonces, ¿me darás una oportunidad?

—Sí.

—Oh, santa Madre de Dios. Tengo que abrazarte, ¿puedo abrazarte y... y besarte?

—Sí.

Y me lancé como un desesperado por ella, pero me detuve a un centímetro y la apreté contra mi pecho y luego aflojé el abrazo. ¡Mierda!, había olvidado cómo se hacía. Tranquilo, me dije, respira y hazlo como sabes que tiene que hacerse. Tomé una profunda inspiración, la sostuve entre mis brazos y tomé su boca como se merecía ser hecho, con adoración, con pasión y con urgencia, porque maldita sea si iba a llevarlo con calma en aquel momento.

Capítulo 29

Hay una teoría que dice que puedes saber cómo un hombre hace el amor por la manera en la que besa. Noah besaba de dos maneras, la primera era un beso rápido y sonoro sobre los labios, ese que servía igual para hola y adiós, y que decía “tengo prisa”. Y el otro que era “estoy caliente como la rueda derecha de un auto de NASCAR, después de cruzar por la bandera a cuadros”. Era pasar de “dulce, aunque casi ni me entero”, a “me ha pasado la gran ola por encima de la cabeza y necesito sacarla para respirar”. Se movía de la primera a la quinta marcha, saltándose las tres de en medio.

Tonny... cómo catalogarlo. Me había besado dos veces, dos malditas veces, cada una a su manera, me había dado vuelta la piel del cuerpo, TODO mi cuerpo. Tonny besaba como si intentara decir lo que quería sin usar una sola palabra. La primera vez sentí su necesidad de mí, como si quisiera robarme el aire de los pulmones para llevárselo consigo, como si necesitara decirme que era importante para él, y lo hizo con desesperación, porque no tenía mucho tiempo. Pero no me sentí avasallada, o utilizada, no, era como si me dijera “no puedo entrar allí dentro sin saber que estarás aquí afuera esperándome cuando salga”. Pero estaba tan aturdida por todo que no tuve tiempo ni cuerpo para darme cuenta. Pero su segundo beso... ¡Oh, Dios mío!, era toda una oda hacia mí. Había anhelo, necesidad, adoración, desesperación y finalmente, hambre, mucha hambre, como si llevara días vagando por el desierto y yo fuera el primer oasis que veía y que no era un espejismo. Sus labios eran dulces, delicados, pero exigentes y valientes. Su boca se alimentaba de mí, mientras su lengua asediaba y doblegaba a placer. Y sus manos... eran dos exploradoras excitadas pero delicadas, que

querían llegar a todas partes, aunque se tomaban su tiempo en recorrer cada pedazo disponible. Como si estuviese haciendo un primer reconocimiento y memorizándolo todo. Tonny no solo me besaba, él me guiaba, me arrastraba a esa desesperada pasión que incendia rocas convirtiéndolas en lava candente. ¡Dios!, no quería ni imaginar cómo sería en la cama, porque...

Cuando me di cuenta de dónde estaba, los ojos de Tonny me observaban intensamente desde cerca, muy cerca. Su boca estaba entreabierta, tratando de coger todo el aire que sus pulmones exigían recuperar. Su cuerpo irradiaba calor, atravesando la tela que separaba nuestra piel de estar en contacto. Sus brazos me sostenían con firmeza mientras temblaba, ¿o era yo la que temblaba?, podría ser. Mis pulmones gritaban por respirar de nuevo, como si mi cuerpo hubiese corrido un sprint de 200 metros y ahora necesitase recuperarse. Pero me daba igual que mi corazón estuviese a punto de salir por mi garganta, era un buen momento para morir.

—No tienes ni idea del tiempo que he deseado hacer esto.

—Vuelve a hacerlo.

Era una orden, y Tonny así lo entendió. Se inclinó sobre mí, aferró mi culo con fuerza y me izó sobre la encimera. Y entonces noté su cuerpo tensarse por el dolor. Ninguno de los dos se había acordado de su hombro, hasta que este nos recordó que no era recomendable hacer esas cosas aún.

—Te hiciste daño.

No pude evitar acariciar su mejilla mientras lo miraba. Quería reconfortarle, eliminar aquel dolor. Pero él era un hombre con una misión y la iba a terminar. Volvió a besarme con urgencia, con calor, y no pude detenerlo, porque tampoco quería.

Cuando volvimos a respirar, su frente se quedó pegada a la mía, como si su cabeza necesitara ese apoyo para no caer.

—No quiero soltarte.

—Pero vas a hacerlo.

Tonny retrocedió un paso y me dio un poco de espacio. Su rostro inclinado mostraba un arrepentimiento infantil que era adorable en un hombre de su tamaño.

—Lo... lo siento, me dejé llevar.

—¡Hey! —Tendí mi mano hacia él y, con cuidado de no hacerle daño, tiré de su hombro bueno hacia mí de nuevo.

—Mírame. —lo hizo. —Me ha gustado, mucho. Pero no quiero que te lastimes por mi culpa.

—De acuerdo.

—Y ahora voy a bajar de esta barra de desayuno, porque mi culo se está quedando frío, y lo voy a hacer sola.

Tonny reculó un poco más, pero su expresión infantil dio un tremendo giro. Su boca se elevó en uno de sus costados, y sus ojos se centraron en mí como los de un depredador a punto de saltar sobre su presa.

—Puedo usar el brazo bueno.

—Si lo haces me agarraré a ti como un mono y no querré bajar, y al final te haré daño otra vez.

—Puedo contigo de sobra con un solo brazo.

—Ja, no soy un peso ligero como esas tipas anoréxicas. Soy toda curvas, y te aseguro que están macizas, no hay nada falso aquí.

Golpeé mi cadera y Tonny se acercó para poner su mano buena sobre ella. Peligrosamente cerca de la zona de mi trasero.

—¿Sabes cuánto pesa el equipo básico que tengo que llevar?

—Ummm, no.

—Casi 35 kilos solo el traje, la bombona de oxígeno y la bolsa de intervención. Si arrastro un hacha o una víctima, ¿cuánto peso crees que tengo que llevar?

—Ummm, ¿mucho?

—Créeme. Puedo ayudarte a bajar de ahí y ni siquiera notar lo.

Miré hacia el suelo y calculé mi pequeño salto. No era nada, pero... ¿y perder la oportunidad de volver a pegarme contra ese duro cuerpo?

—Vale, pero solo como ayuda, no vas a cargar con todo mi peso con tu brazo.

—Tú agárrate y déjame el resto a mí.

Y lo hice. Él se acercó y yo envolví mis brazos alrededor de su cuello y dejé que su antebrazo se colocara bajo mi culo. Me alzó

contra su pecho y yo me deslicé por él con muuuuucha lentitud. Cuando toqué el suelo, no me soltó. Sentí el aire golpear en mi cabeza cuando habló encima de mí.

—Esto no ha sido una buena idea. —Me alejé de un salto de él. Al final le hice daño, lo sabía.

—Lo ves, cabezota. Te lastimé.

—Ummm, pero no de la manera que pensábamos.

—¿Qué quieres decir? —Él se giró, y empezó a caminar hacia el baño.

—Ahora necesito una ducha fría, muy fría.

Cuando lo entendí, no pude evitar soltar una risita.

Capítulo 30

Tonny

Esperar a que alguien llegue, siempre ha sido lo que menos me ha gustado hacer desde niño. Qué le voy a hacer, soy impaciente. Pero en esa ocasión, tenía algo con lo que entretener mi cabeza. Mientras perdía la mirada al otro lado de las puertas de entrada al hospital, no podía dejar de sonreír como un idiota. La tarde anterior habíamos estado charlando, hasta que me quedé dormido, porque es lo que hacen los calmantes cuando hacen efecto, dejarte fuera de juego cuando menos quieres que lo hagan, al menos en mi caso. Ayer tuvimos nuestra primera discusión como pareja, y había ganado ella. ¿Cómo no iba a hacerlo? Yo no quería tomar los calmantes, porque sabía que me tumbarían, y tenía tantas cosas que decir, que preguntar, que escuchar, que tocar, que sentir... Pero ella discutió, protestó, refunfuñó y argumentó, hasta que tomé mi dosis después de comer.

Se recostó a mi lado en la cama, porque no la dejé alejarse. Le tomé de la mano y la sujeté con fuerza, mientras nuestros ojos se hablaban en silencio. Verla era todo lo que necesitaba. Verla y saber que no tenía que esconder lo que sentía por ella. Pero ahora necesitaba recuperar todo el tiempo que había perdido, esperando que estuviese lista. Tenía tantas ganas de ir deprisa que agradecí la inconsciencia. Tenía que seguir calmado, al menos por un tiempo. Paso a paso, diría mi padre. Roma no se conquistó en un día. ¿Roma fue alguna vez conquis tada? Tendría que mirarlo en alguna enciclopedia. Bueno, allí estaba yo, mirando unas enormes puertas

de cristal, esperando a que la mujer que consumía mis pensamientos apareciera, y revisando de vez en cuando el aparcamiento, intentando descubrir al impresentable por allí otra vez. No me extrañaba que el tipo siguiera obstinado en recuperarla, ella lo merece. Pero ahora que la tengo, no voy a dejar espacio a “una pequeña posibilidad” para él. Se siente. La desgracia de la gente no me agrada, pero la de ese hombre era el mayor regalo que el cielo me había hecho.

La imagen de María apareció desde la zona de los ascensores. Iba charlando con dos personas, una de ellas en una silla de ruedas. ¿Por qué tenían que grabar aquellos anagramas en las puertas? Cuando la apertura automática me regaló la vista completa de María, mi corazón dio un salto. En sus brazos llevaba un pequeño bulto, que a todas luces era un bebé. Sus dedos se deslizaban por la sonrosada carita con devoción, y sus ojos sonreían más que sus labios. Entonces lo supe, era ella. Desear que el bebé que llevaba en sus brazos fuera mío lo decía todo. Mío no, nuestro. Un pequeño Di Angello, con su tenacidad y mi perseverancia, con su compasión y mi impaciencia. Era ella, mi corazón la había reconocido, antes incluso de que yo lo supiera.

Cuando llegué a su lado, pude reconocer unas lágrimas casi secas en sus mejillas.

— ¿Estás bien?

Ella me sonrió y asintió con suavidad. Los dos volvimos la vista hacia el bebé y nos quedamos quietos, hasta que el hombre carraspeó.

—Ejem, bueno, creo que será mejor que los metamos a todos en el coche.

Entonces me di cuenta. La mujer llevaba a dos pequeños, uno en cada brazo, y el hombre llevaba a otro en su brazo izquierdo. De su hombro colgaba una bandolera, cargada hasta los topes de lo que supongo que sea que los bebés necesitan. Recordaba la bolsa de bebé que había visto una vez a mi prima Francesca. No, aquella bolsa no podría llevar todo lo que necesitaban cuatro bebés. Ni en broma.

—Déjenme que los ayude.

Empujé la silla de ruedas hasta el vehículo junto al que se paró el

padre de tanta criatura, y ayudé a trasladar a los bebés y a la mamá hasta los asientos. María tendió a la pequeña, lo supuse por el gorrito rosa en su cabeza, ya que los del resto eran azules, a los brazos de su sonriente papá, y después se paró a mi lado. La mamá estiró la mano hacia María a través de la ventanilla y ella le dio un cariñoso apretón.

—Gracias por todo.

—Fue un placer.

—El placer fue nuestro.

María asintió, y se quedó junto a mí, acurrucada dentro de mi brazo, viendo cómo el auto se alejaba. Escuché cómo sorbía por su nariz y descubrí alguna lágrima más de nuevo en su cara.

—Hacen una bonita familia.

—Sí, la hacen.

—Ella es la niña de la que me hablaste, ¿verdad?

Su cara se iluminó cuando me miró.

—Te acuerdas.

—Pues claro, la has mencionado en más de una ocasión.

Entonces lo entendí, Noah no prestaba atención cuando María le hablaba de su día en el trabajo.

—Le han puesto mi nombre.

—¿En serio?

—Sí, ¿te lo puedes creer?

—Fuiste su ángel de la guarda, por supuesto que lo creo.

—Es un gran regalo.

La abracé con fuerza y metí mi nariz en su pelo. No, ella era el regalo, y esa pareja lo sabía.

—Bueno, entonces tenemos que celebrarlo. ¿Quieres salir a cenar?

—Mejor te preparo algo rico y te meto en la cama para que duermas.

—No, el doctor me ha cambiado la medicación. La inflamación ha remitido totalmente, y el dolor lo trataré con ibuprofeno solamente, así que... repito, ¿vamos de cena?

—Cualquiera diría que no te gusta cómo cocino.

—Ja, a estas alturas ya sabes que me tienes pillado por el estómago. Es verte ponerte el delantal y me convierto en el perro de

Pavlov.

Me giré para que viese mi rostro y no tuviese duda sobre la sinceridad de mis palabras. Como dice mi padre, mirar directamente a los ojos, es una prueba de que no mientes.

—O te llevo a un lugar público, o no podré resistir la tentación.

—Suenas peligroso.

—Quizás porque me siento como un león que no ha comido en días y tú eres una tierna gacela que ha saltado en mi camino.

¿Se está riendo y me está enrollando sus brazos en el cuello? Esto se está poniendo mal, ¿o tal vez no?

—Vamos a ver si me aclaro, vivimos juntos, me recoges y me llevas al trabajo, eso cuando no me dejas tu coche, me besas sobre la encimera del desayuno y hemos dormido abrazados en tu cama... ¿Y te preocupa ir demasiado rápido?

—¡Dios, sí! No lo estás poniendo mejor enumerando todas esas cosas.

—Eres un cielo.

Genial, sí, lo soy, y por eso voy a morir convertido en un pitufo. Mis genitales ya se estaban empezando a poner azules de tanto contenerme. San Pitufo, bonito título.

Sus manos rodearon mi cara y buscó algo en lo profundo de mis pensamientos, o al menos eso parecía.

—Vamos a ir a casa, me voy a quitar este uniforme sudado y a darme una ducha, y si a esas alturas no has hecho nada al respecto, voy a ir en tu busca y a azotar tu trasero hasta que lo hagas.

—No entiendo.

—Ah, cállate y bésame de una vez. Pero hazlo bien, no quiero solo una probada, quiero el postre entero.

—¡Mierda!

¿Podía haber alguien que me entendiera mejor?, lo dudo. Así que la metí en el coche mientras le devoraba la boca con hambre de más, y tuve que tomar aire para cerrar la puerta, dar la vuelta al auto, y sentarme en el asiento del conductor. Y volví a lo que importaba.

Capítulo 31

¿Cena?, ¿quién podía pensar en ponerse a hacer la cena? Todavía no podía respirar con normalidad y mi maldito estómago tenía que ponerse a pedir comida. Sí, nos saltamos la comida, sí, era de noche, pero ni de broma iba a poder moverme tan siquiera para salir de la cama. El lugar al que más lejos había llegado era el baño. El único momento en el que estuve allí, y sola, fue mientras orinaba. La ducha, o mejor dicho la laaaaaarga ducha, fue... todavía no tengo suficientes palabras para explicarlo. Cuatro horas, cuatro increíbles horas. Ibuprofeno, ¡ja!, a este hombre le han dado un cóctel con multivitaminas, ginseng y viagra, todo bien batidito. Ríete de la resistencia de los corredores de maratón, los bomberos eran los reyes, por lo menos este de mi lado.

Había imaginado ese culo desnudo docenas de veces, pero girar la cabeza y verlo ahí, con mejor aspecto del que esperaba, y a tan solo unos centímetros de mis dedos... ¡Dios existe!, pasar por la traición de Noah me ha traído este regalo de hombre. Tengo que encontrar sus fallos lo antes posible, porque si no corro el riesgo de enamorarme completa, total e irremediamente de él.

No sé si esta tarde es alguna forma de compensación por el tiempo que ha estado reteniendo sus “ganas de mí” (palabras textuales), porque no puedo creer que esto sea habitual. Un hombre con este apetito sexual no es sano y no existe, y es imposible que lleve una vida normal. Ni un actor porno, por favor.

—No puedo más.

¿Eso había salido de mi boca?, creo que sí, porque obtuve una risita como respuesta desde el cuerpo inerte de mi izquierda.

—Yo estoy igual, pero no me arrepiento, ¿y tú?

—Uf, casi no puedo hablar, ¿y me pides que piense?

Noté el colchón moverse y sentí el cuerpo de Tonny pegarse al mío. Su brazo se enrolló en mi cintura y me acercó todo lo posible a él.

—No quiero que pienses, solo dime que estás en el cielo, igual que yo, y todo habrá valido la pena.

Me aventuré a acariciar su mejilla con los dedos, sintiendo la incipiente barba raspar bajo las yemas.

—En este momento solo sé que has dado la vuelta a mi mundo. No estoy segura de si me has estropeado o me has enriquecido, pero sí tengo algo claro: que eres el punto de inflexión entre el antes y el después.

—No quiero un después, María. Quiero un ahora, quiero un nosotros, no quiero pensar en dos caminos separados. No después de lo que me ha costado llegar aquí.

—¿Sabes?, tienes un don con las palabras.

—¿Tú crees?

—Haces que desee lo mismo que tú, así que, sí, lo creo.

Tonny se mordió el labio y miró hacia abajo por unos momentos. ¿Ocultaba algo? Podría ser, pero no quería estropear ese momento preguntando.

Tonny

Si no llego a morderme la boca lo habría soltado, ahí, a bocajarro, “cásate conmigo”, pero no podía hacerlo, porque no quería que saliera corriendo asustada. Ya había corrido desmesuradamente y con lo que tenía era suficiente, de momento. Ella aún no había salido huyendo, pero no siempre tendría suerte; si forzaba demasiado, aquella cuerda se rompería por algún sitio, pero no por ello iba dejar de tirar de ella.

Yo estaba seguro, tal vez excesivamente seguro, de que ella era la elegida. Había pasado mucho tiempo pensando que algo así no existía, hasta que ella hizo que fuera real.

Sentí el aire enfriarse a nuestro alrededor, así que nos cubrí con la sábana.

—Duerme un poco.

Ella se acomodó bajo mi hombro y sentí que todo estaba como debía ser. El paraíso era eso: paz y felicidad pura.

Capítulo 32

Tonny

—¿Que has hecho qué?

—Lo he vendido, hijo, he vendido el negocio.

—Pero, papá, ¿qué vas a hacer ahora?

—Pues vivir de las rentas. Después de trabajar toda mi vida, creo que merezco jubilarme cuando aún puedo disfrutar de ella.

—Eso es estupendo.

—Bueno, pero por lo que realmente te llamaba... es que Alexis y yo nos vamos a mudar a Miami.

—Eso es un cambio importante.

—Lo es, pero nuestros hijos viven aquí, así que hemos pensado en estar cerca de la familia.

—¿Y qué pasa con Marco?

—Ese es el motivo por el que decidí vender el negocio. Le han ofrecido un buen trabajo en el distribuidor de BMW aquí, de director o algo así. Al principio no quería dejarme tirado, pero es una oportunidad que no iba a permitir que dejara pasar. No es lo mismo trabajar para un distribuidor oficial en Miami, que trabajar en un pequeño negocio familiar como el nuestro. Así que aceptó el puesto. Es probable que llegue dentro de unos días, cuando arregle el traslado y todas esas cosas.

—Así que mi hermano también se muda a Miami. La familia vuelve a reunirse.

—No te pongas melodramático.

—No, eso te lo dejo a ti.

—Llegaremos a Miami dentro de un par de días y queríamos tener una cena para celebrarlo, ¿qué te parece?

La verdad, era el momento para dar el siguiente paso. Decirles a mi padre y a su esposa que había encontrado a alguien especial en mi vida. Uf, presentar a la novia a la familia. Era un paso importante, pero estaba preparado para hacerlo, ¿lo estaría María? Bueno, como decía la abuela Constantina, “los problemas los solucionas cuando llegan, no antes”.

—¿Puedo llevar a alguien a la cena?

—¿A María?

—¿Cómo...?

—Hablas de ella cada vez que nos llamamos. Así que supongo...

—Sí, creo que es “ella”.

—¿Lo crees?

—No, lo sé.

—Bien, esa chica me gustó desde el principio.

—Y a mí.

—Bien, entonces nos veremos en dos días.

—Allí estaremos.

Bueno, convencer a María de ir a cenar con mis padres no resultó difícil. Creo que mi padre y ella tienen algún lío entre ellos, pero no quiero preguntar.

María

¿Nerviosa?, diablos, sí, lo estaba. Tonny me iba a presentar a sus padres como su novia. Con la historia que tenía con Jane no sé si podré volver a mirar a la cara a su madre. Pero no podía acobardarme, la traicionada había sido yo. Cuando entré en el restaurante, el camarero nos llevó hasta la mesa de Alexis y Tomasso, y sus sonrisas de bienvenida me relajaron un poquito, casi tanto

como sentir la mano de Tonny firmemente asentada en mi espalda. Al menos estábamos en una especie de reservado. Si algo se torcía, podía salir del restaurante sin que nadie se enterara del motivo por el que huía. Uf, me estaba convirtiendo en una paranoica, era la familia de Tonny, nada iba a salir mal. Bueno, eso pensaba, hasta que un gritito ahogado llegó desde muy cerca de mí, Jane.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí?

—La he invitado yo.

—¡Ella no puede estar aquí, mamá, no puede estar aquí!

Tomasso se levantó y juro que pude sentir la ira en su voz.

—Es la mujer que mi hijo ama, eso le da tanto derecho a estar aquí como a ti.

—Estarás contenta, primero me destrozas la vida, ¿y ahora quieres quitarme a mi madre?

—¿Pero de qué demonios estás hablando? Jane, hija.

No, esta vez no iba a quedarme callada, ya había aguantado bastante de su parte, y no iba a perdonarle ni a protegerle. Que asumiera las consecuencias de sus actos, era hora de que madurara.

—Que yo recuerde, fuiste tú la que se metió en mi relación y me traicionó con mi novio. Y si no esperaba eso de él, menos aún de mi mejor amiga.

—Tú siempre tan perfecta. Todo lo bueno tenía que ser para ti. Buenas notas en la universidad, el trabajo que te gusta, un novio guapo y estable. Es imposible ganarte en nada, todo lo tuyo siempre es mejor.

—Pero, ¿qué...?

—Siempre ha sido ella, mamá, ella ha sido siempre tu favorita, siempre me decías que tenía que parecerme más a ella. Que si qué buena estudiante, que si qué chica tan sensata, que si qué trabajadora...

—Todo lo que he conseguido ha sido a base de trabajo y esfuerzo, nadie me ha regalado nada.

—Yo también trabajo, soporto a tipos engreídos que se creen míster universo y que son viejos y feos, todo por conseguir una mísera comisión. Pero no, tú tenías que encontrar al joven y guapo de

Noah, un chico con un buen negocio, que cuidaría de ti el resto de tu vida porque es de los que se casan con una buena chica.

—¿Te estás oyendo? No eres más que una celosa de mierda. Tienes envidia de María.

—Sí, ¿y qué? No es justo que ella lo tenga todo y a mí no me toque nada. Mírale, si pierde a Noah, y a cambio consigue a un pedazo de bombero de rescate que heredará un buen pico de su padre.

—¡Jane!

—¿¡Qué!?! ¿Ahora vas a negar que estás con Tomasso por su dinero?

—¡Yo quiero a Tom!

—Sí, lo que digas.

Alexis se acercó a Jane, sin poder contener las lágrimas que corrían por su cara estropeando su perfecto maquillaje. Alzó la mano y le atizó un sonoro bofetón en su mejilla.

—Creí que había criado una buena chica, no una víbora.

—Iros a la mierda. Tú, tus espaguetis y la santa de María.

Jane salió de allí con la ira de quien ha perdido todo. Alexis intentó alejarse hacia el baño, un lugar seguro donde dar rienda suelta a su llanto, pero Tomasso la cogió por el brazo y la envolvió en un protector abrazo, donde ella se sintió segura para llorar. Y yo sentí que mis piernas dejaban de sostenerme, así que me dejé caer en una silla. No podía creer lo que acababa de presenciar. Y decían que las telenovelas eran auténtico drama y que no se parecían a la vida real. Pues alguien tenía que coger notas para un par de capítulos aquí. Noté un cuerpo cálido a mi lado y un brazo que me acercaba y me arropaba en ese calor. Alcé la mirada y vi el rostro sereno de Tonny. A él sí que se le daban bien las situaciones “calientes”.

—Bueno, creo que al final no cenamos.

Y reí, tuve que reír. Solo él podía hacer una broma en un momento así y hacer que la tensión se esfumara.

Capítulo 33

No podía dejar de pensar en Jane y sus palabras. Tanto tiempo juntas y no me había dado cuenta de lo que pensaba de mí. Celos, me tenía celos. Pero no podía entender el porqué. Ella era una chica linda, con cuerpo de modelo, delgada, rubia, ojos claros, rostro hermoso y tenía un gusto increíble para la ropa. Tenía un empleo estupendo, con el que conseguía mucho más dinero de lo que yo conseguía con mi pluriempleo antes de empezar mi trabajo en el hospital. Y los chicos, ¡oh, Dios!, los chicos. Tenía docenas de ellos corriendo detrás de sus faldas. El que quisiera lo que yo tenía no tenía sentido, lo suyo era infinitamente mejor, bueno, eso pensaba. Hasta que noté unos fuertes brazos envolverme desde detrás. El cálido aliento de Tonny erizó los pelos de mi nuca cuando sentí su roce junto a mi oído. Sí, él sí que era mucho mejor que todo lo que Jane tenía.

Dejé de dar vueltas al frío café que esperaba en la encimera de la cocina y deslicé mi mano hacia atrás, buscando el sedoso y espeso pelo de mi chico. Mi chico. Sonaba bien.

—Un beso por tus pensamientos.

—¿No era un centavo?

—Me gusta más lo del beso, así consigo algo bueno a cambio.

—Ah.

Me giré hasta que pude encajar mi cabeza en el hueco entre su barbilla y su pecho. Me gustaba ese lugar: cálido, protector, mío. Noté sus labios posándose encima de mi coronilla, y sentí que el mundo era un lugar mejor solo por eso.

—¿Qué te parece si cambio mi turno del sábado y nos vamos a la playa de comida?

—Me gusta como suena.

—Incluso me ofrezco a hacer yo los bocadillos.

—Sé que lo dices para que pique y exija hacerlos yo.

—¿Funciona?

—Esta vez no.

—Bueno, al menos lo intenté.

¿Por qué sonreía? Porque Tonny era un experto en conseguir que lo hiciera.

—Tendré que hacer yo también algunos cambios en el hospital.

—Bien, dime cómo quedan tus horarios, porque hoy dejaré la moto en el taller y quiero que dispongas del coche todo el tiempo que necesites.

—Puedo coger el bus.

—No, nunca más.

—Me malcrías.

—Porque puedo y porque me da la gana.

—No, porque quieres que te haga flan de café.

—Eso también.

El viernes al mediodía, Susan caminaba a mi lado cuando salíamos del hospital. Tonny y ella habían confabulado para que él me acercase al trabajo aquella mañana, antes de ir él al suyo, y luego ella me acercaría a casa después de nuestro turno.

Alcé la mirada y vi a mi chico sonriendo a la chica de la recepción mientras parecía sostener una agradable conversación con ella. ¿Estaba coqueteando? De Tonny no podía imaginarlo, pero el sonrojo y brillo en la mirada de ella me decían que así era.

—Tonny, ¿qué haces aquí?

Se giró hacia mí, al principio extrañado, y después me regaló una gran sonrisa. No vino hacia mí como hacía normalmente, me esperó allí, quieto, un paso lejos del mostrador. ¿Qué le pasaba? Y no era solo su ropa, que parecía mucho más elegante de lo que él solía llevar, no sé, parecía diferente, pero era él, no tenía duda.

—Creo que no, María —dijo Susan

—Hola, preciosa.

Noté su abrazo también diferente, como más decidido, más rudo,

aunque igual de cuidadoso que siempre.

—Estoy segura de que este no es Tonny —aclaró otra vez Susan.

—¿Cómo dices?

Susan seguía observando a mi chico, con aquellos ojos entrecerrados, como cuando rebuscaba alguna pista en las radiografías de sus pacientes.

—¿Gemelos? —preguntó Susan.

Tonny, o el que ahora sospechaba que no lo era, deslizó su mano hacia su nuca para rascarla distraídamente, mientras su cara se iluminaba con una sincera y traviesa sonrisa.

—Eres buena, solo mi padre es capaz de distinguirnos.

—Sois diferentes, eso salta a la vista.

—Ah, sí ¿En qué lo has notado?

—Bueno, tu pelo está un poco más largo y tu complexión no es tan musculosa. Tienes la nariz ligeramente distinta, como si se hubiese roto en algún momento, pero hicieron un buen trabajo al corregirla. Y sobre todo... tus ojos, definitivamente son tus ojos.

—¿Mis ojos?

—Sí, los tuyos son diferentes.

—No, no son diferentes.

—Sí, definitivamente lo son. Los de Tonny son más bien tirando a verdes esmeralda, los tuyos son tirando a aguamarina.

—Wow, y lo has notado a cuanto, ¿tres metros?

—Soy buena con los detalles.

—Ya lo veo. ¡Ah! Soy Marco.

Le tendió la mano a Susan y ella la estrechó con firmeza.

—Doctora Lettuce.

—Umm, doctora... ¿No eres un poco joven?

—Terminaré mi especialidad este año.

—¿Qué especialidad?

—Pediatria.

—Sigues pareciéndome demasiado joven.

—Tengo veintiséis.

—Lo dicho, demasiado joven para ser pediatra.

—Eso es porque me saqué los cursos antes de lo que tenía que

hacerlo.

—Una cerebritito.

—Para ti, señora cerebritito.

—Vale.

—Eh, ¿qué haces aquí, Marco? —por fin me atreví a intervenir antes de que Susan le arrancara la cabeza. Marco parecía estar divirtiéndose mientras la picaba, pero Susan ya había tenido bastante con los que se metían con ella por ser tan inteligente. Cuando un padre se pone nervioso por la enfermedad de su bebé, lo que menos le interesa es que el médico que le trata sea el mejor formado, solo quieren al más capacitado, y eso únicamente se logra con experiencia y años de trabajo. Algo que Susan tenía, pero que su aspecto no evidenciaba. Así que había tenido que lidiar con más de uno y diez padres.

—El coche de Tonny murió esta mañana de camino al trabajo. La grúa se lo llevó y quería que me ocupara de que lo repararan. Sí, lo sé, no es lo primero que esperaba que sucediera cuando le llamé esta mañana para decirle que acababa de llegar a Miami.

—Vale, insisto, ¿qué haces aquí?

—Bueno, ya que yo le hacía el favor con el SUV, me he acercado para conocer a mi futura cuñada y llevarla a casa. Y, lo más importante, cobrarme ese favor con un trozo de ese flan de café que Tonny dice que hay en vuestra nevera.

—¿Qué les pasa a los hombres con mi flan de café? Si ni siquiera lo has probado todavía.

—Ya, pero me fío del criterio de Tonny, que ya lo ha probado, y sobre todo de mi padre, que no hace más que poner en un pedestal tus dotes culinarias.

—Bueno, entonces veo que he sido relevada como chófer hoy.

—Sí, yo me encargo ahora, doctora.

—Nos veremos el próximo día, María.

—Adiós, Susan.

Marco la observó alejarse, quizás con demasiado interés. Así que le devolví al mundo real con un ligero empujón.

—Bueno, ¿dónde está tu coche?

—Es bonita tu amiga. Un poco estirada para mi gusto, pero bonita.

—Sí, bueno, no dejes que te quite el sueño, no creo que Susan sea tu tipo.

—No me conoces, no sabes cuál es mi tipo.

—Es de las que se compromete con su trabajo, no sale con hombres.

—Ah, entiendo. Bueno, vamos a por ese flan de café.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Tanto que se parecían por fuera y lo diferentes que eran por dentro. La naturaleza no había repartido a partes iguales cuando se trataba de personalidad. Tonny era considerado, atento y centrado, pero para Marco, parecía que la vida era solo algo para disfrutar, sin pensar en nada más que el ahora, sin preocupaciones. ¿Y este tipo era un crack vendiendo autos de lujo? Me gustaría verlo.

Capítulo 34

Me levanté con una sonrisa en los labios, ¿cómo no hacerlo? Hoy iba a ser un gran día. El sol brillaba y la temperatura era perfecta. El hombre del tiempo había pronosticado un día de playa espectacular, y lo iba a ser, por muchas razones.

¿Hay algo mejor que dormir junto al cuerpo de un bombero cada noche, sobre todo si el bombero es Tonny? Pues sí, lo hay, es ir a la playa con ese bombero y verle lucir ese cuerpo en un pequeño bañador turbo. Sí, ya sé, yo puedo ver más, e incluso tocar con descaro ese cuerpo todas las veces que quiera, pero en casa. Llamadme mala, pero, ¿quién tiene una joya así y no la luce para dar envidia?, pues eso. Hoy estaría en la playa, sentada en una toalla, dejando que esas manos fuertes extiendan el bronceador por mi espalda, dando envidia al resto de las mujeres con ojos. Y luego, yo daría crema a ese cuerpo, sabiendo que las féminas, y algún hombre, a mi alrededor, estarían soñando estar en mi lugar. Sí, puede que el instinto de posesión se hubiese apoderado de mí con mucha velocidad, pero, ¿cómo no hacerlo con un hombre así?

Casi daba saltitos cuando metí mi trasero en el recién reparado SUV de Tonny. Ir al taller con un hombre como Marco era como hacer trampas en las carreras de caballos. Él sabía cómo hablar con los mecánicos y, sobre todo, con el dueño del local. Consiguió que lo repararan con celeridad y con todas las garantías de que volvería a funcionar a la perfección.

Así que allí estaba yo, conduciendo por Miami, con una caja de magdalenas caseras en el asiento del acompañante y el “manos libres” del teléfono preparado para atacar. Tonny no sabía que el coche estaba ya arreglado, y mucho menos que iba a ir a recogerle.

Así que, con una pícaro sonrisa, marqué el número y esperé a que la línea se abriera. Cuando sucedió, era la maravillosa y risueña voz de Tonny la que respondió.

—Buenos días, tesoro.

—Hola. ¿Qué tal la noche?

—Tranquila para ser noche de viernes.

—Bien, así no tendré un novio dormido en mi toalla hoy.

—¿Dormido? Ya te demostraré lo cansado que estoy antes de ir a la playa.

—Eso suena a que llegaremos tarde.

—Un par de horas, seguro.

—¿Esa es una compensación por el sexo mañanero que no hemos tenido?

—Ese anótalo para mañana.

—Anotado.

—¿Estás todavía en la cama?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque así puedo imaginar cómo vas a recibirme cuando llegue en un rato.

—Te ponen mis pijamas, ¿eh?

—Oh, sí, mucho. Pero si te quedas desnuda debajo de las sábanas no voy a protestar.

—Eres un obseso sexual.

—Sí, tendré que consultar a un médico por eso. Le diré: doctor, algo me pasa, ando todo el día a media asta, y la cosa empeora cuando tengo a cierta chica cerca. Entonces no puedo evitar entrar a matar. ¿Estaré en celo?

—Tonto.

—Es tu culpa, y lo sabes.

—No sigas, que a este paso acabaremos teniendo sexo telefónico.

—Bueno, algo nuevo que probar. No habíamos tenido de eso antes.

—¿Cuándo acaba tu turno?

—Buen cambio de tema. En veinticinco minutos pasaré mis responsabilidades al turno C y me iré sin mirar atrás.

—¿Marco pasará a recogerte?

Bien sabía que Marco no se iba a presentar, porque había urdido aquella treta con él. La media docena de magdalenas mejor invertidas de mi vida. ¡Qué fácil eran de sobornar los hombres de esta familia!

—Sí, eso me dijo. Pero no estoy seguro de que mi hermano se levante tan pronto para venir a recogerme.

—¿No crees que sea responsable?

—Acaba de llegar a Miami, noche de viernes, y Marco y su lívido. Definitivamente, creo que todavía estará durmiendo la fiesta de ayer, si es que ya llegó a casa.

—Es un fiestero.

—Puedes estar segura. Con el trabajo es muy responsable, pero cuando le das un poco de libertad...

—Bueno, tendrás que confiar en él.

—Ya, me veo con la nariz pegada al cristal, igual que un perrito esperando a que su dueño llegue a casa para sacarle a pasear.

—¡Uf, mierda!

—¿Qué sucede?

Sí, como que le iba a decir que una camioneta casi se me echa encima. Tenía que cortar la llamada y prestar toda mi atención a la carretera.

—Nada, el cepillo del pelo, que casi se me cae al inodoro. Voy a tener que dejarte o no podré estar lista para cuando llegues.

—Tú solo tienes que quitarte la ropa, nada más.

—Voy a meterme en la ducha. Quiero oler bien.

—No, no te duches. Espera a que llegue y lo hacemos juntos.

—Vale, entonces tomaré un desayuno rápido. ¿Porque tendrás pensado algo que necesite mis depósitos de energía al máximo, ¿verdad?

—Ve a desayunar, y pon doble ración de zumo.

—Eres un mandón, pero te quiero.

—Yo también te quiero.

La llamada se cortó y dejé escapar un meloso suspiro. Sip, este hombre me derretía por completo. El timbre de una llamada entrante

me sorprendió, así que, sin apartar la vista del tráfico, accioné el botón de descolgar.

—¿Diga?

—Así que vas a casarte.

La noticia no es que fuera cierta, pero viniendo de aquella voz y con aquel tono de desaprobación, fue suficiente para que una nube negra tapara el sol de mi perfecto día.

—Noah, te dije que no quería volver a saber de ti.

—Y yo te dije que no me rendiría, María.

—Ya no estás en mi vida, Noah, no tienes derecho a meterte en mis asuntos.

—Así que es verdad, Jane tenía razón.

—¿Jane?

La muy... había ido corriendo a contarle a Noah cualquier estúpida historia que le habría pasado por la cabeza. Tonny tan solo me llevó a cenar con sus padres, no hay anillo en mi dedo ni nada por el estilo. Aunque la idea no me desagradaba en absoluto.

—No voy a permitirlo, María.

—¿Que no vas a permitir, ¡qué!?

—Ese bomberucho es poca cosa para ti, te mereces más.

—Entiéndelo de una vez, Noah, no volveré contigo. Aunque se abran las puertas del infierno bajo mis pies y tú seas mi única salvación, no volveré a ponerme en tus manos.

—Cambiarás de idea, yo me encargaré de todo.

—¿Qué...?

La comunicación volvió a cortarse y me dejó enfadada y confundida a partes iguales. ¿Qué demonios había querido decir con que él iba a encargarse de todo? Sentí un golpe en la parte trasera del SUV. Miré por el retrovisor, justo a tiempo para ver un enorme furgón de reparto meterse detrás de mí. ¿Pero qué les pasaba hoy a los repartidores? Era sábado, por Dios. El coche de delante empezó a frenar y noté que el tráfico del puente empezaba a espesarse. Genial, todos tenían que ponerse de acuerdo para fastidiarme el día. Solo tenía que pasar el maldito puente, coger la salida y, tres minutos después, estaría en la entrada de la estación. Pisé ligeramente los

frenos y volví a notar que el vehículo de detrás me empujaba. Era como si tratase de adelantarme apartándome del camino. ¡Malditos locos del volante! Ni que estuviese en medio de una persecución tipo Mad Max. Me aparté hacia la derecha todo lo que pude, así el cretino vería el hueco, pasaría y me dejaría en paz. Pero no, sentí como me empujaba desde uno de los lados de la parte trasera, haciendo que mi vehículo girara de forma involuntaria hacia la derecha, sacándome del carril del tráfico y encarándome contra los laterales de protección del puente. Escuché el chirrido de mis neumáticos cuando intenté frenar el coche, porque frenar es lo que uno hace cuando ve que la barandilla de protección se acerca de manera peligrosa. Sentí que dejaron de empujar, pero era demasiado tarde. Apreté los dedos al volante y recé a todos los santos que conocía, porque el impacto iba a llegar. Fueron apenas dos segundos, pero se sintieron minutos. El morro del SUV chocó con violencia contra la barandilla y yo sentí el impacto del airbag contra mi cara. El cinturón detuvo mi cuerpo, pero no evitó que mi cabeza rebotara contra algo duro. El dolor me afectó con fuerza. Pero no dejé de apretar los dientes por ello, no. Era porque esperaba más. Sentía el coche seguir moviéndose y me preparaba para que el siguiente golpe llegara, porque siempre era así. Siempre había más.

Capítulo 35

Tonny

La sirena de alarma sonó en la estación y maldije entre dientes. 10 puñeteros minutos y mi turno habría terminado. Maldita mala suerte. Escuché por la megafonía el aviso de un accidente de tráfico y la necesidad de un rescate. Me metí en mi traje de faena a toda velocidad y subí al camión para ocupar mi sitio. Marco tendría que ser esta vez el que tenía que esperar.

Cuando divisé el coche accidentado, mi corazón dejó de latir, mi sangre se drenó hasta llegar a mis pies, clavándome en el asiento.

—¡Oh, mierda! Mi coche. Ese es mi coche. ¡Marco!, joder, ¡Marco!

Como un robot bien entrenado, salté al pavimento cuando la puerta se abrió. Y corrí, corrí obedeciendo las órdenes de mi superior, porque así había que hacerlo, porque no pondría la vida de mi hermano en peligro actuando como un loco inconsciente. Cuando saqué el arnés para colocármelo, nadie discutió sobre si sería yo el que entrara en el coche, todos conocían la pegatina de mi antigua estación de trabajo adherida en el parachoques trasero. Cuando Kowa me aferró por el brazo, supe que algo andaba mal.

—Mierda, tío. Es tu chica. María está allí dentro.

—¿Qué?

Salí disparado hasta el precipicio, dejando que Kowa acabara de sujetar las cuerdas a mi arnés de seguridad. Y sí, vi la pequeña mano de María asomar por la ventanilla, porque ni con magia mi hermano tendría aquella diminuta y delicada mano.

—¡María!

Grité, grité con todas mis fuerzas, porque quería que supiese que yo estaba allí, que no iba a dejarla caer, que la iba a sacar de allí. Una ensangrentada cabecita asomó por la ventanilla rota y la vi. Sus ojos turbios, por el miedo o por el golpe, no me importaba. Solo quería saber que seguía allí, esperándome.

—Voy a sacarte de allí, tesoro, ¿me escuchas?

Ella asintió y me devolvió una pequeña sonrisa. Pude sentir su confianza en mí. Ella no se iba a rendir, aguantaría hasta que yo la sacara. Sandoval estaba cargando todo su peso en la esquina inferior izquierda de mi SUV, manteniéndola sobre el puente. Estaba medio girada hacia la izquierda, así que tendría que deslizarme por delante hasta llegar a María, sujetarla y tirar de ella para extraerla del vehículo, después nos izarían hacia el puente. Bien, el plan estaba claro, ahora todo dependía de la rapidez que me diera para bajar y asegurarla.

—Yo vi a ese mal nacido, yo lo vi todo.

Uno de los policías retuvo al tipo para que no se acercara, pero no me preocupé por él. Miré a Kowa y él me dio el pulgar hacia arriba, la cuerda estaba anclada. Pasé por encima de la abollada barandilla y empecé a deslizarme hacia abajo. Cuando casi llegué hasta la puerta del conductor, mi pie la golpeó sin querer, y una sacudida del metal hizo que el SUV cayera unos centímetros. Las manos de María estaban aferradas a la parte trasera del asiento. Escuché su grito angustiado, pero sabía que no debía dejarme arrastrar por su miedo. El miedo no era bueno, no era mi opción.

—María, cariño. Ya estoy aquí.

Ella deslizó la mirada del vacío a sus pies, de vuelta hacia mí, y de nuevo hacia abajo.

—Mírame, María.

Y ella lo hizo. Podía verla realizando respiraciones lentas y controladas, como seguramente sabía que debía hacer para calmarse. Esa era mi chica. Podía estar asustada como la mierda, pero trabajaría conmigo, lo sabía.

—Bien, ahora quiero que apoyes los pies en la consola frontal del coche, envuelvas esta cuerda a tu alrededor y que sueltes el cinturón

de seguridad. ¿Podrás hacerlo?

Ella asintió con rapidez, colocó los pies como le dije y empezó a pelear con el anclaje del cinturón.

—Está atascado, no puedo soltarlo.

—No te preocupes, yo me encargo de él.

Mis brazos trabajaban para acomodar la cuerda a su alrededor, al tiempo que revisaba el cinto. No, no podía acceder hasta él sin cargar mi peso sobre el vehículo, cosa que no pensaba hacer. No estando tan endeblemente sujeto allí arriba. Saqué el cuchillo de mi cinturón y lo deslicé junto a su cuello, rasgando con rapidez el tejido. Mi chica se quedó quieta, casi rígida mientras realizaba la operación, como si quisiera convertirse en humo mientras trabajaba en liberarla.

—Buena chica, ya casi está.

Sentí su tensión cuando todo su peso reposó sobre sus piernas.

—Ahora necesito sacarte de aquí, así que estira tus brazos hacia mí y envuélvelos en mi cuello.

Ella asintió levemente, soltó las manos de sus anclajes, y con rapidez me atrapó. Podía sentirla temblar a mi alrededor, como un perro mojado bajo una tormenta de aguanieve. El metal crujió y la puerta empezó a descender. Sabía que los cristales de la ventana rota, que no había conseguido retirar del todo, se clavarían como cuchillos en su piel, pero tenía que sacarla de allí, así que tiré, la agarré con toda mi alma y la sostuve mientras el coche caía esos cinco metros que le meterían de lleno contra el lecho seco de allí abajo. Los dos gritamos al sacarla por aquel pequeño agujero, pero ahora la tenía, pegada a mí, a salvo. Cuando levanté mi vista de nuevo hacia ella, su cara estaba pálida, contemplando el retorcido metal a nuestros pies.

—Te dije que te sacaría.

—Os quedasteis sin magdalenas.

¿Y ella se preocupaba por unas magdalenas? Había estado a punto de morir, ¿y lo primero que se le ocurría era pensar en que sus magdalenas se habían estrellado allí abajo? Tuve que reír, no pude evitarlo. Sentí el tirón del arnés empezando a elevarnos, pero no pude parar de reír. Ella estaba viva y sus magdalenas no.

Capítulo 36

Miré por la ventana, maldiciendo estar allí metida perdiéndome ese estupendo día de playa. Pero era consciente de por qué estaba en aquella habitación. Tenía un buen golpe en la cabeza, tres puntos en mi peluda sien lo confirmaban, y no querían dejarme ir a casa hasta que pasara unas cuantas horas en observación. ¡Ja! Como si Tonny me fuera a dejar de observar durante ese tiempo. Después de oírle masacrar sus dientes cada vez que me dieron uno de los diecisiete puntos que necesité, y de obligar al médico a darme calmantes como si fuera a sufrir una operación a pecho abierto, ¿el tipo me iba a dejar de vigilar durante dos minutos? Estuvo tentado de mear en una papelera, antes que dejarme sola el tiempo que le llevara ir al baño y vaciar la vejiga. Ni de coña, había cosas que no iba a consentir. Así que allí estaba, medio atontada, flotando en una cama que me parecía de bolitas de algodón cuando sabía que no lo era. Creo que el pobre aún estaba bajo *shock*, y eso que la que había estado a punto de convertirse en puré de enfermera había sido yo. Podía estar drogada, sentir todo mi cuerpo entumecido por los golpes y los calmantes, pero aún podía apreciar los brazos de Tonny mientras me aferraba a él con fuerza, sus labios en mi boca, robándome el poco aliento que conseguía respirar entre cada uno de sus desesperados ataques. Sandoval tuvo que aguantarle para que el pobre paramédico se encargara de mis heridas y me subieran a una camilla. Si por él fuera, me habría llevado en brazos hasta el hospital. La puerta se cerró y giré mi cabeza para encontrarle, pero no era Tonny el que me miraba con rostro compungido.

—Yo... lo siento.

No pude decir nada, quizás mi lengua estuviese dormida, o fue

verle allí, o simplemente estaba cansada del golpe, de él, de todo.

—Lo siento, María. Yo no quería.

—¿No querías qué?

Esa fue la única manera de hacer que se parase, que no se acercara más a mi cama. Y lo conseguí, porque se detuvo a medio metro de mis pies.

—Yo, creía... creía que era él.

—¿Qué era él?

—Perdóname, por favor, perdóname. Si habría sabido que eras tú quien conducía, yo...

—¡Hijo de puta!

Esa frase podía haber salido de mi boca, podía estar gritándola en mi cabeza, pero nunca habría tenido la rabia y sed de muerte que Tonny le había dado. En dos segundos, tenía al sorprendido veterinario aplastado contra la pared en frente de mí, alejándole. No pude ver su rostro, pero la vena hinchada en su cuello sí. Y si el rostro amoratándose de Noah no fuese suficiente pista, el grito de la enfermera que entró como una bala en la habitación fue definitivo.

—Suéltele.

Un par de celadores entraron y agarraron a Tonny, reteniéndole a duras penas.

—Llaman a la policía, ese tipo casi me mata.

La enfermera no necesitaba saber a qué tipo me refería. No, no era la bestia sedienta de sangre que luchaba por alcanzar al rubio que tosía, medio caído en el suelo. No, ella había estado alabando al atento novio que no me había dejado sola y atendido todas mis necesidades desde que llegué a aquella habitación. Ella sabía que era el hombre al que mis ojos lanzaban dagas asesinas.

—Agarren a ese otro tipo, voy a llamar a seguridad.

—¡¿Qué mierda pasa aquí?!

Alex sostenía la puerta mientras miraba toda la escena con el ceño fruncido. Sabía que no era el mejor momento para las presentaciones, pero tenerle allí era el mejor de los refuerzos. Los dos agentes de seguridad irrumpieron en la habitación seguidos por la enfermera, y pude comprender su desconcierto cuando vieron todo

el jaleo. Un tipo grande y musculoso tratando de acercarse al que los enfermeros sostenían y otro con pintas de poder dar una paliza a todos ellos y cara de pocos amigos. Y es que mi hermano Alex era un calco de Lorenzo Lamas en su versión más sexy del *Renegado*. Con 26 añitos, sí, pero igual de duro. Pelo largo a la altura de los hombros, barba de dos días, *jeans* desgastados, botas de motero y, aunque no se vieran a simple vista, un par de tatuajes que yo conocía muy bien. ¿Quién creen que tuvo que ponerle la crema antibiótica para practicar?

—¡El rubio, es el rubio! —gritó la enfermera.

A la pobre no pude culparle por tardar en reaccionar, pero es que ver a mi hermano Alex causaba esa impresión entre las chicas, les quitaba la voz. Los agentes de seguridad sostuvieron a Noah y le sacaron de la habitación, bajo la atenta mirada de Alex.

—¿Alguien va a decirme lo que pasa aquí?

Un agente de policía apareció en ese momento en la habitación, evitando que diera una respuesta a mi ceñudo hermano.

—Señorita Castillo, ¿podemos hablar?

—Llega a tiempo, agente, el rubio que se llevaban los de seguridad es el que me sacó de la carretera.

—¿Qué?! ¿Noah?

El grito de Alex resonó en la habitación mientras se ponía tenso a mi lado.

—Verá, agente, acaba de confesar que creía que era mi novio Tonny el que estaba en el coche, y que él... quería pedirme perdón por...

—¡Hijo de...! .

Alex se giró hacia la puerta con toda la expresión en la cara de arrancarle las pelotas y algo más a Noah.

—¡Alex, no! Tonny, detén a mi hermano.

Tonny se abalanzó sobre la espalda de Alex y le abrazó con fuerza para evitar que saliera de la habitación.

—¡Suéltame! Yo mato a ese cabronazo.

—Tranquilo, tío. La policía se encargará de él. ¿Verdad, agente?

—Por supuesto. Volveré para más preguntas, pero ahora creo que

mi compañero y yo llevaremos a... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Es mi ex novio, Noah.

Le di todos los datos que recordaba de Noah: su apellido, su dirección, la del trabajo. Todo. El agente se despidió y salió de prisa por el pasillo. Al mirar hacia Alex vi que estaba más tranquilo. Tonny le había soltado, aunque se había interpuesto entre él y la puerta. Hay que ver cómo cambian las cosas: de querer matarle a salvarle la vida en unos segundos.

—A ver, que me aclare. Lo único bueno que he sacado de todo esto es que el pusilánime ese del veterinario ya no es tu novio.

—Aha.

—Y supongo que el tal Tonny es este tipo de aquí, que ha tenido la desfachatez de evitar que le parta la cara al zombi de tu ex.

—Tonny Di Angello.

Tonny le tendió la mano y Alex se la estrechó con fuerza y el ceño aún fruncido. Tonny no se amilanó, y eso seguro era un mérito para mi hermano. La vez que le presenté a Noah, Alex hizo un gesto despectivo. Cada vez que estábamos a solas no hacía más que meterse con el “nenaza” de mi novio.

—Así que tú eres el nuevo novio de mi hermana.

Repasó su uniforme y asintió satisfecho. Tonny gritaba a los cuatro vientos que era bombero, y las siglas del departamento, estampadas en su pecho, eran todo lo que Alex necesitaba. ¿He dicho que mi hermano es muy listo?, pues sí, lo es. Tiene uno de esos CI de más de 130, pero no hubo manera de sacar provecho de él. Bueno, eso dice mi madre, que esperaba un ingeniero aeronáutico o algo así.

—Lo soy.

Alex se volvió hacia mí y sonrió con malicia. Oh, Dios, sabía lo que iba a venir ahora.

—¿Y cuándo vas a presentarle a la familia?

Capítulo 37

—¿Presentar a quién?

Genial, la infantería pesada acababa de entrar por la puerta.

—Hola, mamá.

—¿Dónde está papá?

—Está aparcando, yo no podía esperar a subir. ¿Cómo te encuentras?

—Viva y entera.

Sentí mis huesos a punto de romperse bajo el apretón desmesurado de mi madre. Era escocesa y se notaba sobre todo en el momento que sacaba su genio y daba órdenes. Y cuando se trataba de su familia era un dragón sobreprotector.

—En el instante que me llamó tu padre casi me da un infarto.

—¿Dónde está mi pequeña?

—Hola, papá.

Manuel Castillo entró en la habitación sin prestar atención a nadie más que a mí, su pequeña mariposa. Odiaba ese apelativo, pero no le iba a negar a mi padre que me llamara como quisiera, me consentía demasiado para hacerlo. Su abrazo fue más delicado, y di gracias, porque un abrazo de ese hombre era muy parecido al de una boa constrictor.

—¿Cómo estás?

—Dolorida y magullada.

—¿Y este chico tan guapo?

Estupendo, aparte del radar para descubrir las mentiras de sus hijos, Gwenn Castillo tenía la tendencia de encontrar “parejas” para ellos en todo buen candidato a la vista.

—Él fue el que me rescató, mamá. Salvó mi vida.

Aparte de que era verdad, tenía que poner la mejor carta de presentación encima de la mesa para mis padres, sobre todo para mi padre.

—Antes me empezabas a gustar, ahora es que me caes bien.

—¿Qué me estoy perdiendo?

¿Ves?, ahí estaba el radar de mi madre. Intenta esconderle algo y ¡ZAS!, te pilló.

—Tonny, Tonny es mi novio.

Mi madre cogió la silla y la acercó a mi cama, sentándose cómodamente.

—Uy, aquí hay una historia interesante. Empieza a contar.

—Sí, cuenta, cuenta, hermanita.

Bien, derechita al estrado de los acusados.

—Resumiendo, Noah y yo rompimos, Tonny y yo empezamos a salir y ahora somos novios. A Noah no le ha sentado muy bien y ha intentado tirarme por un puente pensando que yo era Tonny.

Tonny me miraba con una ceja levantada, ¿resumen?, parecía decir. Tampoco era plan de contarles toda la historia y, de todas maneras, había cosas que me daba vergüenza contar, como que mi ex se acostó con mi mejor amiga y compañera de piso mientras era mi novio, y eso les convirtió a ambos en ex, a él en ex novio y a Jane en ex amiga.

—¿Y por qué pensó Noah que era a Tonny al que sacaba de la carretera?

Genial, la mente brillante de mi hermano poniéndose a trabajar. Era listo, sí, pero no tenía ningún tacto.

—Porque conducía su coche.

—Vaya, usas su coche. ¿Y no ibas a presentarlo a la familia? ¿A qué esperabas? ¿A hacerlo cuando se fueran a vivir juntos?

¿Estaba roja?, seguro, como una cereza confitada. Esperé, solo dos segundos, a que el cerebro de mi mamá juntara las piezas.

—¡Oh, Dios!, está viviendo contigo.

—Más bien yo con él, pero sí.

—¿Y cuándo pensabas decírnoslo?

—Bueno, no se presentó la ocasión. ¿En el cumpleaños de Alex?

—Faltan meses para eso, y esta noticia no puede esperar. Mi hija se va a casar, eso es suficiente para reunir a toda la familia.

—Mamá no...

—Manuel, tendrás que llamar a tus hermanas y a tus padres, Alex, llamarás a tu primo. Yo me encargo de la tía Agatha, Henry y los primos Whesley. ¿Cuándo te darán el alta de este hospital? Tengo que prepararlo todo para cuando llegues a casa.

—Eh, mamá, te estás precipitando.

—Oh, sí, es verdad, mejor lo hacemos para el fin de semana próximo. ¿Qué día tienes libre de servicio, Tonny?

—Salgo el sábado de la rotación, así que cualquiera me viene bien.

¿Se estaba aguantando la risa?, le estaban preparando una encerrona familiar y ¿se estaba conteniendo la risa? Puede que fuese italiano, pero no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Mi familia era mitad cubana, mitad escocesa y si unos tenían ron en las venas, los otros tenían whisky, y la palabra fiesta era todo lo que necesitaban para organizar una reunión familiar muy numerosa y muy escandalosa. La última vez que se juntaron las dos partes fue cuando el primo Stuart se casó y ¡oh, Dios!, en la fiesta de petición de mano se sobrepasaron todos los límites. Sí, menos mal que coincidió con el 4 de julio, si no...

—Pues decidido. ¡Ah!, bienvenido a la familia.

Mamá le apretó con ese achuchón suyo y casi pude sentir los chasquidos de la columna de Tonny al realinearse. Solo faltaba la palmada en la espalda de mi padre, y ahí que llegó, sonora, fuerte y saca bolas de pelo de gato. Y el divertido de mi hermano se acercó lo justo para saludarle también, al menos, un poquito más suave.

Bueno, mi vida estaba decidida, qué le iba a hacer.

—¿Dónde está mi pequeña?

Estupendo, la que faltaba. La abuela Caridad y el abuelo Alejandro entrando por la puerta. ¿Cuánto faltaría para que los echaran a todos de la habitación? Esto parecía el camarote de los hermanos Marx. Y lo peor no era eso, era todo lo que venía ahora.

—Drogas, necesito drogas. Muchas drogas.

Fue una mezcla de susurro y súplica mientras me deslizaba hacia

abajo, me tapaba con la sábana y cerraba los ojos. ¡Señor!

Capítulo 38

Caminaba de la mano de Tonny por la acera. Tuvimos que aparcar el auto a dos cuadras de distancia de la casa de mis padres y, a mitad de camino, estaba claro que los Castillo tenían una fiesta montada en la parte de atrás. Menos mal que la vivienda tenía un jardín enorme, que lindaba con un parque público.

Sentí la mano de Tonny temblar y luego aferrarme con un poco más de fuerza. Genial, aquel era el momento en el que se daba cuenta de dónde se había metido.

—Lo siento.

—¿Eh?

—Si quieres nos damos la vuelta, los llamo y les digo que me he puesto enferma o....

—No. Claro que no.

—Estás asustado, no lo niegues.

Tonny dejó salir el aire de sus pulmones, me tomó de ambas manos y se puso a mirar el suelo entre nosotros dos.

—Yo... vamos a entrar ahí, con tu familia, que piensa que nos vamos a casar y yo no puedo...

Estupendo, ahí venía. ¡Saquen los botes salvavidas!, abandonamos el barco.

—... no puedo permitir esa mentira.

Apaguen las luces, la función se terminó. ¿Pero...? ¿Estaba poniendo una rodilla en el suelo? ¿Y qué estaba sacando de su bolsillo?, ¡oh, Dios!, ¡Virgen de la Caridad!

—María Castillo, he tenido guardado este anillo en el cajón de mis calzoncillos desde que lo compré para ti, el día después de hacer el amor por primera vez contigo. Sabía que iba a pedírtelo, sabía que

quería que fueras mi esposa, solo... solo esperaba el momento en que mi proposición tuviese la respuesta que quería, la que quiero. Pero ahora las cosas se han precipitado y aunque no me arrepienta, sí que estoy cagado de miedo. Pero... soy bombero, si me meto en incendios, puedo hacer esto. Así que... ¿te casarás conmigo?

¿Puedes tirar al suelo a un bombero que te dobla el peso? La respuesta es sí. Porque yo estaba encima de mi bombero, espatarrado en el suelo, siendo atacado por una boca hambrienta y desesperada, la mía, y riendo feliz.

—Supongo que eso es un sí.

—Mierda, no.

—¿No?

—No, que no supongas. Que es un Sí.

—Ah, casi me matas.

—¡Uf!, lo siento.

Pero me agarró fuerte y no me dejó levantarme. Estaba atrapada sobre un pecho duro y unos brazos fuertes y tenaces.

—Ahora ya no puedes echarte atrás.

—No quiero echarme atrás.

Me dio un beso rápido y me levantó al tiempo que él lo hacía.

—Bien, porque todavía queda mi familia.

—¿Eh?

Estábamos casi en los escalones de entrada y empezó a sacudirse como un loco.

—¿De qué te ríes ahora?

—De que no tengo ni idea de si podremos encontrar una iglesia en la que quepan todos.

—¿Eh?

—Soy italiano, ¿recuerdas?

—Oh, mierda. Tardaremos años en ahorrar para pagar esta boda.

Tonny volvió a reírse. ¿Qué tenía de gracioso?

—Siempre podemos fugarnos a Las Vegas.

—Sí, boda relámpago y funeral exprés. Genial. Cubanos, escoceses e italianos. ¿Tú sabes lo que estás diciendo?

—No te preocupes, encontraremos la manera.

Sentí su beso en la coronilla, después de que llamara a la puerta. ¡Señor!, dame fuerzas. Miré hacia abajo, parándome a contemplar los detalles de mi anillo de compromiso. Eran dos bandas de platino, con infinidad de pequeños diamantes incrustados entre ellas. Tonny me sorprendió mirándome el dedo.

—Pensé que querías algo que no se enganchara con facilidad. Algo que pudieras llevar en el trabajo.

—Te habrá costado una fortuna.

—Bueno, entre el anillo y el coche nuevo... mi cuenta corriente ha recibido una buena mordida, sí.

—¡Vámonos a Las Vegas!

Tonny rio y se inclinó para besarme. La puerta se abrió en ese momento, deslumbrándonos con la luz interior y envolviéndonos con el ruido atronador de la familia en pleno apogeo.

—¡Eh!, ya están aquí. Entrad, pareja.

—¿Tú de mayordomo, Alex?

—Prefiero esto a atender la barbacoa.

Se dio la vuelta y empezó a caminar. Le seguimos dentro y esta vez era yo la que empezó a temblar. Sentí el brazo de Tonny sobre mis hombros y todo estuvo bien en el universo. Sí, con él a mi lado, todo estaba bien.

Capítulo 39

Hay veces en las que piensas que la vida es perfecta, y que las personas buenas reciben regalos buenos, y las malas acaban pagando por sus pecados. Pero la realidad es que no es así. Como ocurrió con Noah.

Uno piensa, que, ante un intento de asesinato, la ley sería dura e implacable, pero luego llega un abogado de esos que cobra tanto que tienes que hipotecar tu casa para pagar sus honorarios y te aplasta. ¿He dicho que odio a los abogados? Pues ahora sí, menos a mi pobrecita abogada de oficio. Ella hizo todo lo que estuvo en su mano, pero no pudo competir con la retórica y argumentos de la defensa. La experiencia se va adquiriendo con el tiempo, y a veces la pasión no es suficiente. Por eso, en vez de un juicio completo, en el que podíamos haber conseguido una condena contra mi ex, lo único que teníamos era una orden de alejamiento, un curso de control de la ira y servicios comunitarios.

¿Qué ocurrió con Jane? Pues, aunque no quisiera saber más de ella, siendo la hijastra de mi futuro suegro era imposible no hacerlo. Pues bien, ella y Noah intentaron tener una relación, pero estaba claro que iba a ser un fracaso. Cuando basas todo en mentiras y traiciones, ya se sabe que no va a llegar a ninguna parte.

Pero, como decía la abuela Caridad, que cada uno aguante su vela. Con mi vida tenía suficiente como para tener que ocuparme de la de los demás.

—¿Otra vez intentando arreglar el mundo? —Y ahí estaba mi prometido, envolviéndome entre sus brazos, y dándome un suave y tierno beso en mi cuello. Miré mi café, ahora frío entre mis manos, y sonreí.

—No, he decidido que el mundo se las apañe solo.

—Bien, así tienes más tiempo para mí. —Giré sobre mí misma, para que nuestras caras estuviesen una frente a la otra.

—¿Ah, sí?

—Sí. Últimamente me tienes muy desatendido.

—¿Eso crees?

—Siento suplicar, pero... quiero flan de café.

—¿Solo eso? —Mi cintura fue bien ceñida por las fuertes manos de Tonny.

—A estas alturas tendrías que saber que quiero todo lo que tengas para darme.

—Darte, darte, prefiero un intercambio.

—Lo que quieras, es tuyo.

—Tengo que cambiar las sábanas de la cama. Están sucias. —Sus cejas se juntaron al tiempo que fruncía sus labios.

—¿Sucias?, las cambiaste esta mañana.

—Ya, pero es que tengo algo pensado para ensuciarlas ahora mismo. —Y ahí que esas cejas salieron disparadas hacia arriba. Como dice mi padre, a buen entendedor, pocas palabras bastan.

—¿Mucho, mucho?

—Oh, sí. Chocolate líquido incluido.

El gemido salió desde lo más profundo de su pecho, justo antes de que doblara sus rodillas, me cargara sobre su hombro y me subiera a grandes zancadas por las escaleras en dirección a nuestra habitación. Para un hombre goloso, hay algo mejor que un buen postre, y es buen sexo y postre, todo junto.

Epílogo - Adelanto

“¡Préstame a tu cuñado!”

—¿Y cómo va la boda?

Alcé la mirada para ver los dedos de Susan aferrándose al vaso de café, esperando mi respuesta antes de beber.

—Todavía tengo que conocer a la familia de Tonny, darles la noticia y... ¡uf! Cada vez que lo pienso, más ganas de fugarme a Las Vegas me entran.

—Sí, sé lo que son las bodas.

—Pero tú estás soltera.

—Mi hermana se casa en veinte días.

—Ah, no me habías dicho nada.

—Créeme, es un tema del que no me gusta hablar.

—¿Tu hermana y tú no os lleváis bien?

—Cómo explicártelo... —Dejó el café sobre la mesa y soltó el aire—. Tengo una familia muy “conservadora”, en la que las mujeres tienen como única misión en la vida casarse y traer al mundo herederos de buena familia.

—Entonces tú eres la oveja negra.

—Estuvo bien cuando iba a la universidad. Una mujer culta es un valor en alza. Ahora, que trabaje, y encima como médico...

—Ya, entiendo.

—Eso no es lo peor. Para mi familia, no tener pareja, novio, amigo

o como quieras llamarlo, es un síntoma más de que estoy perdida para el mundo.

—Y una boda es el peor lugar para mostrarles que no tienes pareja.

—Eso es. Y, además, el futuro marido de mi hermana es mi ex.

—¡Joder! ¡Uf!, disculpa, se me ha escapado.

—No, si yo también solté algo parecido cuando me enteré.

—Y no puedes decir que no, es tu hermana.

—Exacto.

—Mierda, te van a comer viva.

Vi sus ojos estrecharse y advertí que miraba detrás de mí. Giré la cabeza y vi a mi prometido y a su hermano gemelo caminar hacia nosotras.

—Oye, María, ¿me prestarías a tu cuñado?

Puedes seguir con esta historia en la segunda entrega de la serie *Préstame...*, en *Préstame a tu cuñado*.

Agradecimientos

Gracias a mi marido, por creer en mí.

Gracias a Carmen y María Ángeles, por ser mis primeros conejillos de indias y sufridas amigas.

A Olga por animarme a dar el primer paso y seguir cerca durante el resto del camino.

Y gracias, sobre todo, a aquellas lectoras y seguidoras que me han dado la fuerza para dar el paso y publicar este libro, mi primer libro.



www.terraignotaediciones.com

Síguenos en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[YouTube](#)

[Instagram](#)